



# SAFO



*Alphonse*  
**DAUDET**



Lectulandia

Juan Gaussín, un joven provinciano del sur de Francia, llega a París y donde conoce a Safo, una mujer mayor que él, aún muy hermosa, que ha sido antes amante de varios artistas. Poco a poco los dos quedarán atrapados en una relación convulsa. Demasiadas contradicciones: él se ha criado en el moralismo rural y ella en la bohemia urbana; él busca el amor y en ella encuentra el sexo. Y el personaje de Safo irá convirtiéndose, bajo la mirada cargada de asombro de Daudet, en una mujer independiente, dispuesta a salir a empujones del infierno en el que la sociedad la ha colocado. Safo es una mujer contemporánea capaz de decidir libremente y de sacrificarlo todo por su independencia.

**Lectulandia**

Alphonse Daudet

**Safo**

**Costumbres de París**

ePub r1.0

Titivillus 30.01.2018

Título original: *Sapho*

Alphonse Daudet, 1884

Traducción: Eduardo López Bago

Prólogo: Eugenio de Olavarría y Huarte

Digitalización original perteneciente a los fondos de la Biblioteca Nacional de España y distribuida bajo licencia CC-BY-NC-SA

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



ALFONSO DAUDET

# SAFO



MADRID  
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

*Carrera de San Jerónimo, 3*

1897



Biblioteca Nacional de España



CUARTA EDICION

*PARA MIS HIJOS  
CUANDO CUMPLAN VEINTE AÑOS*

## PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

En la moderna escuela literaria, en esa escuela que, según uno de sus jefes, «consiste en la doble operación de sentir lo que se ve y decir lo que se ha sentido, animándolo todo con la vida particular de un temperamento», nadie más elevado que Daudet, el inspirado autor de *Fromont joven* y el *Nabab*. Ninguna personalidad artística más definida que la suya. Tal como se presenta en su primera novela se mantiene en la última, trazando esos cuadros exuberantes de luz y colorido en que está concentrada toda la vida de París, vista y sentida con todo el fuego de un corazón meridional. Ninguna tampoco más simpática. El que lee sus novelas, le ama, se funde en uno con el autor —cuya presencia adivina en el fondo de cada cuadro, detrás de cada personaje—, y llora ante un episodio triste o se regocija ante un detalle alegre, persuadido de que allí, cerca de él, el autor llora también, o también se regocija.

¡Bello espectáculo la vida del famoso novelista! Como si la fortuna le hubiera agraciado con todos sus dones, sigue desde un principio el camino que se trazó, sin tropezar con obstáculos insuperables que ni un momento le desvíen de él. No hay en su vida contrariedades, ni disgustos, ni derrotas que hagan vacilar, siquiera sea por instantes, la fe de su corazón; no hay tampoco necesidades que le obliguen a abandonar desesperado el campo de batalla para luego volver a él. Sus pequeños artículos, sus cuentos, eran leídos con placer e hicieron conocido su nombre en el periodismo; después, cuando quiso ensanchar la esfera en que se movía, cuando publicó su primera novela *Fromont joven* y *Risler mayor*, el aplauso fue unánime, y la misma Academia le dio un premio, no pudiendo recelar lo que se escondía debajo de aquel drama interesante, con tanta sencillez desarrollado. Treinta años tenía apenas cuando podía escribir al lado de su apellido esa palabra que tanto aprecian los franceses: *decoré*.

Luego, llegó para él esa hora en que el hombre tiene necesidad de crearse una familia, se casó, y la fortuna, que tanto le ha favorecido, no quiso abandonarle en este trance supremo, y le dio una mujer inteligente y de talento que ama a su marido y le comprende hasta el punto de haber sido su colaboradora en algún libro. La confianza que tiene Daudet en el talento de su esposa es conocida de todos, desde que el autor escribió sus *Reyes en el destierro*. El exceso de trabajo había agotado las fuerzas del escritor; la sangre hervía en su pecho, subía en oleadas y amenazaba ahogarle; pero él seguía trabajando, dominado por la fiebre de las ideas, convulso, palpitante, acabando una cuartilla para empezar otra, sin darse un punto de reposo.

Llegó un momento en que los ojos se cerraron, los sentidos dejaron de funcionar y el cuerpo rodó por el suelo: entonces, en aquel supremo instante en que podía sentir cerca de su rostro el hálito helado de la muerte y antes de desvanecerse por completo, tal vez para no despertar jamás, Daudet reunió todas las fuerzas que le abandonaban

ya, para decir a su mujer: «Acaba mi libro». Más tarde, contando él mismo este episodio, ha dicho: «Le hubiera acabado admirablemente. Mi mujer conoce el arte tanto como yo».

La vida de los grandes escritores no puede ser nunca asunto indiferente para aquellos que les admiran: muchas veces se encuentra en ella la clave de sus obras, la razón de su modo de ser y de su modo de pensar. Tratándose de Daudet, el dato es tanto más interesante, cuanto que quizá pueda explicarnos la extraña contradicción que se nota en sus obras.

Daudet es naturalista en toda la extensión de la palabra; naturalista por convicción, que sólo trata de hechos reales en sus novelas; que no presenta más personajes que aquellos con quien se ha codeado en el mundo, y que han vivido en la realidad mucho antes de vivir en la ficción. Zola, juzgando a Daudet, le cree desprovisto de toda fantasía, lo juzga incapaz de imaginar una acción más o menos inverosímil, desarrollándose entre seres que nunca hayan existido. Lleva al libro las personas que le rodean, los hechos de que fue testigo en algún tiempo: al pie de todas las figuras que se mueven en el *Nabab*, la perspicacia parisién puso nombres conocidos, y lo mismo sucede con los *Reyes en el destierro* y *Numa Roumestán*; hablando de *Jack*, dice él mismo en el «Prefacio» que ha puesto a la última edición: «Es un libro cruel, un libro amargo; un libro lúgubre, sí; pero ¿qué es, al lado de la existencia verdadera que acabo de contar?». Todos los sucesos de ese drama íntimo que publicó con el título de *La Evangelista*, le fueron narrados por la madre de la inocente joven, víctima del fanatismo religioso. Y sin embargo, a pesar de esta tendencia a no trabajar sino sobre *documentos humanos*, las obras de Daudet no pueden ser admitidas por la escuela naturalista sin ciertas salvedades y reservas, porque no son francamente naturalistas. En todas ellas hay algo convencional, algo falso, algo de que, es verdad, puede prescindirse en la lectura sin que la acción principal se resienta de la supresión, pero que altera la virtud del procedimiento y forma como una disidencia tanto más terrible, cuanto que la nueva escuela nace ahora, y en la lucha que sostiene debía presentar a todos sus partidarios unidos en un mismo pensamiento y en una misma aspiración, y teniendo todos iguales opiniones sobre aquellos puntos que son fundamentales de su doctrina literaria. Zola lo reconoce así cuando dice: «En la gran lucha de la escuela naturalista con el público, es una fortuna que la novela francesa cuente con un seductor tan grande como el autor de *Fromont joven* y *Risler mayor*, que va delante, sonriendo, encargado de conmover los corazones y abrir la puerta a los novelistas más rudos que le siguen. Acostumbra al público al análisis exacto, a la pintura del mundo moderno, a las audacias del estilo. Al acogerle los burgueses, no sospechan que han dejado entrar en su hogar al enemigo, al naturalismo; porque cuando M. Alfonso Daudet haya pasado, los otros pasarán».

Pues bien; quizá la vida del autor da la clave de esta contradicción —así debe llamarse— que se advierte en sus obras. De un lado está la convicción, presentando la



naturaleza tal como es, sin desfigurarla, «sin teñirla de color de rosa», para que parezca bella; de otro el temperamento, la inclinación invencible, reservándose un pequeño rincón del vasto lienzo para hermosearle con los sueños de una fantasía risueña. Figuraos un mar tumultuoso en que riñen los elementos, en que hay seres que mueren y maldicen y blasfeman, en que se representan cien y cien trágicas escenas que amedrentan el corazón, y todo esto ocupando el vasto escenario; y aquí, en primer término para que se vea bien, a un lado, un paisaje de primavera lleno de calma y de dulzura, un mar tranquilo reflejando un cielo sin nubes, el sol radiante alumbrando con sus rayos de oro la felicidad de unos cuantos personajes, y tendréis la copia exacta de una novela de Daudet. Sus obras todas son noches oscuras en que, sin embargo, nunca falta un rayo de luz; desiertos inacabables, que encierran siempre un oasis. Y si en la noche, si en el desierto están sus mejores figuras, en la luz, en el oasis, tenéis las más delicadas. Aquéllas son más humanas; éstas son más atractivas. Y por muy naturalista que seáis, nunca borraríais una siquiera de estas últimas, porque guardan el secreto de vuestras más puras emociones; porque habéis llorado con Desideria Delobelle, habéis reído con Alina Joyeuse, habéis saludado con respeto a la pobre reina de Iliria arrodillada junto a la cuna de su hijo. Y esto puede consistir en que Daudet, que no ha sufrido, que no tiene amarguras que recordar, admite que en el mundo hay maldad, porque la ve, pero no quiere negar que hay también algo bueno, seres felices, porque él es uno de ellos. Por esos sus cuadros no están exclusivamente dedicados a la pintura de lo malo.

Explicada o no, esta contradicción forma el carácter distintivo de Daudet; marca su verdadera significación en el naturalismo; le da fisonomía propia, aquí donde tan fácil es caer en la imitación y dejarse llevar al extravío; Zola ha hecho en dos líneas el retrato literario del autor de SAFO: «La naturaleza, benévola —dice—, le ha puesto en ese punto imperceptible en que acaba la poesía y empieza la realidad. A un mismo tiempo aporta el documento exacto y añade a él una nota personal». Trata lo malo, lo feo, porque no rehuye nada; pero sabe detenerse a tiempo para no verse obligado a profundizar y sacar a luz algo más feo, algo más malo todavía. Si encuentra en su camino un estanque de agua corrompida, marca su situación y lo describe, pero no se complace en revolver las turbias aguas para aspirar todas sus emanaciones. Sus personajes hablan el lenguaje que se usa en el mundo, pero no emplean esas palabras de mal sonido que Zola oye y anota en su libro de memorias. Daudet las oye también, pero prescinde del detalle innecesario, y la palabra fea no aparece.

Y no es que él no tenga energía suficiente para dar relieve a los hechos y personajes que describe; nada de eso. La Sidonia del *Fromont joven* es el tipo de adúltera más acabado que puede presentar la literatura moderna; nada más banal que el duque de Mora del *Nabab*; nada más sencillamente ridículo que el d'Argenton de *Jack*; nada tampoco más sombrío que la Mme. d'Authemnan, la fanática sectaria de *La Evangelista*. En la paleta de Daudet se encuentran todos los colores, desde el más risueño al más obscuro, pero emplea unos y otros a la vez, sin hacer exclusivo gasto

de uno de ellos. El naturalismo, volviendo por los fueros de la verdad, desconocida por las exageraciones románticas, pone a discusión el hombre tal como es, con sus nervios y sus músculos, con sus vicios y sus virtudes, con sus defectos y sus cualidades; estudia el medio en que se mueve para deducir de aquí la influencia que sobre él ejerce este medio, y no cargarle en cuenta culpas que no sean suyas; pero en la disección detenida que se hace del organismo humano, un detalle escapa al escalpelo, y ese detalle es algo que no puede acusarlo la observación, porque no está en los nervios ni en los músculos. Por eso en las novelas naturalistas en que todo es fatal, en que todo está previsto de antemano, el público indiferente echa de menos una cosa; precisamente el lado bonito de las novelas de Daudet; el vaso de agua que, calmando su sed en los momentos más penosos, le da fuerzas y aliento para proseguir la jornada; un pequeño rincón del mundo en que el hombre no se siente inclinado forzosamente al mal, en que los seres humanos pueden ser buenos y felices; cifra simbólica de una aspiración al bien que existe en todas las almas.

De aquí que, examinado en conjunto, el mundo de Daudet parezca más verdadero que el de Zola, y, en general, el del naturalismo. Quizá sea menos científico, pero de seguro es más posible. La familia Joyeuse, la familia Delobelle, la familia de los Lori-Dufresne, consideradas cada una en la novela de que forman parte, pueden ser un defecto, una contradicción; reunidas todas ellas, dan a la acción en que figuran un sello de verdad indiscutible, porque sin ellas la pintura de la humanidad no sería completa. Alguien ha dicho, hablando de *Pot-Bouille*, que la casa de M. Duveyrier es un lupanar, un hospital y un presidio suelto; si Daudet hubiera tratado ese asunto, la casa famosa sería una casa habitada por gente de todas condiciones, porque habría puesto en ella personajes que no fueran locos, enfermos y malvados. Y el mundo es eso precisamente; seres que necesitan un médico, y seres que piden una cadena; seres a quien hay que llevar a un manicomio, y seres que merecen subir al cielo vestidos y calzados, tal cual los sorprenda la hora de su muerte.

Precisamente las cualidades de la novela de Daudet son las que, forzosamente, ha de reunir toda la que aspire a conquistar al público. Tiene del naturalismo lo que quedará de esta evolución literaria: el procedimiento, la manera de ver las cosas y sentirlas, para luego decir lo que ha sentido, animándolo todo con la vida particular de su temperamento; tiene, de las leyes fundamentales de todo género literario, el secreto de conmover o interesar. Pero si sigue al naturalismo en sus aciertos, se aleja de él en sus errores. El ideal del naturalismo es la falta de acción, y él desarrolla siempre una acción, aunque poco complicada; el naturalismo proscribía el interés, él lo excita; para el naturalismo los detalles lo son todo; para Daudet los detalles no son más que los detalles; les concede más importancia de la que ayer se les concedía, pero no toda la que le otorgan Zola y los Goncourt. Nada puede asegurarse tratándose de géneros literarios en que entran una porción de elementos a cual más complejos y menos propios a sujetarse a reglas fijas; pero cuando el calor de la lucha haya pasado, cuando las exigencias disminuyan y la exageración no entre para nada en el mérito o

demérito de una obra, es muy posible que la novela que quede victoriosa del combate hoy emprendido se parezca más a la novela de Daudet que a la de Zola. La personalidad del autor de *Pot-Bouille* será siempre más grande que la del autor del *Fromont joven*; pero la obra de éste será más duradera que la de aquél, no porque sea mejor, sino porque es más humana.

Vengamos ahora a la novela, causa original de este prólogo; es la última que ha producido su autor, y brillan en ella con delicados matices todas las cualidades de Daudet; tiene su estilo fluido y fácil, sus episodios llenos de ternura, sus tormentos indecibles. Tiene también —¿cómo no?— su pequeño rincón de poesía, poblado de personas honradas, a las que llegan las pútridas emanaciones de París, pero sin manchar la limpidez de su frente ni alterar la tranquilidad de su conciencia.

Esta vez el autor no se ha contentado con hacer una obra buena, y ha querido también hacer una buena obra, una obra moral, pero cuya moralidad no estuviera encerrada en un fárrago de frases indigestas, si no se desprendiera de los hechos; y, naturalmente, el libro ha resultado tal y como el autor lo concibió en esas horas penosas que preceden al alumbramiento intelectual. SAFO es una lección dada a la juventud por un hombre que ha vivido bastante —aunque sólo tenga ahora cuarenta años— y que durante su jornada ha visto a muchos infelices rodando por pendientes resbaladizas hasta el fondo cenagoso de los abismos, y les ha seguido en su descenso, les ha preguntado la causa de su caída, y ahora escribe lo que ellos le dijeron, como Dante, de vuelta del infierno, escribió los suplicios que sufrían los condenados.

¿Y qué más infierno que la unión ilegítima, que trae apareada la vergüenza, que es dogal al cuello que hace bajar los ojos y les impide ver el sol, que seca poco a poco la fuente del corazón, de donde mana todo sentimiento honrado y noble? ¿Qué más infierno que verse condenado por la fatalidad a fingir amor a una mujer cuyos amantes de ayer señalan con el dedo al amante de hoy y le anuncian los amantes de mañana?

Y ésta es la situación en que el autor nos presenta a su héroe Juan Gaussín, carácter apático y débil, no escaso de inteligencia para comprender que obra mal, pero falto de energía para marchar decididamente al bien. Una noche, en un baile, una mujer se sienta a su lado, le habla, le pide el brazo, y acaba por irse con él a su casa. Riendo como locos llegan al pie de la escalera, y él, galante, ofrece a su compañera subirla en brazos; ella acepta, y comienza la ascensión. Pero la habitación está muy alta y hay muchos escalones que subir. Hasta el primer piso la sube de una vez, sin detenerse para tomar aliento, dichoso por llevar el peso que dos brazos frescos y desnudos le anudan al cuello. El segundo tramo es más largo; la mujer se hace más pesada cada vez; sus pendientes, que antes acariciaban la frente del estudiante, se le hunden ahora en la carne. Al llegar al tercer piso le faltaba el aliento, no podía más, respiraba ruidosamente, y los últimos escalones, que subía uno a uno, le parecían de una escalera gigantesca que se prolongaba en una espiral interminable. No era una mujer lo que llevaba, sino una carga horrible, que se sentía tentado a dejar caer con

cólera, a riesgo de matarla. Cuando llegaron a la estrecha meseta frente al cuarto de Juan, «¡Ya!» dijo ella; y él pensó: «¡Por fin!» pero no hubiera podido decirlo, porque estaba sin voz, muy pálido, y se apretaba con ambas manos el pecho, que parecía próximo a estallar. —Esta escalera subida de este modo, a la claridad gris de la mañana— añade Daudet —es toda su historia—. Y es, por lo tanto, toda la novela.

Después del enlace bochornoso hecho en un momento de impremeditación, vienen sus consecuencias naturales; después de la culpa el castigo, pero el castigo insufrible, abrumador, que Juan Gaussín no puede soportar. Aquella mujer, a la que está unido para siempre, no es la mujer que debía ser su esposa, santa como su madre, pura como la virgen que ve en sueños un adolescente; es una cualquiera, una desgraciada nacida en el arroyo, criada en los talleres de los artistas de fama, embustera de amor y vendedora de placeres infamantes; es Safo, la célebre modelo que prestó su cuerpo a todas las libertades de los artistas y a todas las licencias de los libertinos. En todas partes, en los escaparates de las tiendas de lujo, sobre la chimenea de las casas adornadas, está el torso admirable que él estrecha en sus brazos, y en el que no hay nada que pueda ser exclusivamente suyo. En seguida viene el contraste: otra mujer que le ama y puede hacerle dichoso, le sale al paso, le ofrece su amor, y con su amor la felicidad. Esta mujer es buena, es pura, puede ser la amada de su corazón al mismo tiempo que la madre de sus hijos... Pero él no es libre, no puede disponer de sí ni pensar en emanciparse del vergonzoso yugo a que voluntariamente se sujetó. Safo le pesa como en la noche inolvidable en que la conoció, cuando la subía en brazos para que no la fatigase la escalera; ahora, como entonces, siente impulsos de arrojar al suelo su carga para respirar libremente...; pero no puede hacerlo. Y lo peor es que aquella escalera tenía un último peldaño, mientras la que ahora sube sólo acaba en la muerte. Pocos asuntos habrá más interesantes que éste; pocos estarán desarrollados en forma más dramática. El lector comprende a Juan Gaussín, le compadece, lamenta su desgracia, porque es humana, porque es verdadera; porque cada cual ha sido actor o testigo en un poema semejante. El final es admirable. Hay críticos que le censuran; a mí me parece lo más hermoso de la obra. Safo sigue el camino que la traza su vida toda entera; Juan Gaussín, truncada su existencia, destruido su porvenir, habiéndose desligado de todos los vínculos que ataban su corazón a las afecciones humanas, queda anonadado, *stupide*, ante el mar azulado y sin límites, leyendo una y otra vez la carta en que aquella mujer, a quien todo lo ha sacrificado, le abandona para siempre, dejándole solo en la inmensa playa desierta, sin voz, sin pensamiento... La novela termina como debía terminar.

Y lo que le acontece a Gaussín no es una excepción, sino un caso de la regla general. Todo el que se une a cualquiera de esas infelices, es contagiado de desgracia. Todas las uniones ilegítimas de que en SAFO se hace mención, son otros tantos ejemplos de esta verdad. Se ve artistas célebres detenidos, estancados a mitad del camino, cuya gloria, manchada, no les sirve ya de estímulo; hombres de genio embrutecidos por el abuso del placer; desterrados del jardín de la felicidad que vagan

por el mundo indiferentes, echando de menos, de cuando en cuando, las delicias del Paraíso en que hubieran podido vivir. Y esto no sucede porque las mujeres a quien se enlazan sean malas; nada de eso; estas infelices son como deben ser: como las circunstancias de su vida las han hecho. Algunas nacieron para ser buenas y honradas, y al destino, y no a ellas, debe culparse si no lo son. Y aquí pone el autor el episodio conmovedor de la pobre Alicia Doré que, sacada momentáneamente de la abyección en que vivía, se mata antes de volver a ella.

No está menos cuidado que en otras obras lo que puede llamarse el *lado bonito* de las novelas de Daudet. Todos los personajes que en él figuran son igualmente interesantes, excepción hecha del tío Cesáreo, que es un pobre de espíritu, sin voluntad y sin inteligencia. Irene Bouchereau, la joven enamorada de Gaussín, pronta a entregarle su corazón y su cariño; las dos niñas místicas que quieren irse por el mundo a predicar el Evangelio como nuestra Santa Teresa de Jesús cuando tenía la edad de ellas; la pobre madre, clavada eternamente en su sillón de enferma, a quien se ocultan las desgracias que sin embargo, su instinto maternal la hace presentir; el viejo cónsul, empeñado en luchar con la filoxera que destruye su fortuna; y, sobre todo, Divonne, la mujer honrada, la mujer inteligente, la mujer capaz de amar y hacer feliz a su marido. El autor ha tenido que recargar el cuadro para que la oposición, y por lo tanto el castigo, sean mayores, para que Gaussín aprecie más todo lo que ha perdido. Y la oposición resulta, y la lección moral se desprende por sí sola. Daudet dedica la novela a sus hijos «cuando tengan veinte años». Si la saben leer, pocos libros de educación pueden superarle en enseñanza; enseñanza verdad, deducida del relato de hechos reales, y no de los sofismas de una argumentación empalagosa. Por eso he dicho más arriba que, en SAFO, el autor no sólo ha hecho una obra buena, sino también una buena obra. Lo primero bastaba para su gloria, y es obra del novelista; lo segundo lo ha hecho el padre, y no es menos digno de aplauso.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE



# I

—Vamos a ver, míreme usted... me gusta el color de esos ojos... ¿Cómo se llama usted?

—Juan.

—¿Juan a secas?

—Juan Gaussín.

—Meridional, lo deduzco del apellido...

—¿Edad?

—Veintiún años.

—¿Artista?

—No, señora.

—¡Ah! Más vale así...

Estos fragmentos de diálogo, casi inteligibles en medio de los gritos, risas y bailables de un sarao de trajes, cruzábanse una noche de junio entre un gaitero italiano y una labradora egipcia en el invernáculo de palmeras y helechos arborescentes que servía de fondo y término al estudio de artista de Déchelette.

Al insistente interrogatorio de la egipcia, contestaba el gaitero con la ingenuidad de sus pocos años, con el abandono y el desahogo de un meridional que ha enmudecido largo rato. Extraño a toda aquella sociedad de pintores y escultores, habiendo perdido de vista, desde que entró, al amigo que hasta allí lo condujo, dos horas llevaba de consumir su paciencia paseando su lindo rostro rubicundo, curtido y dorado por el sol, con sus cabellos de rizo apretado y corto como las pieles de cordero de su disfraz: y una ovación de que no se daba cuenta, surgía y cuchicheaba alrededor suyo.

Las espaldas de los que bailaban empujábanle rudamente; risas de aprendices se burlaban de la gaita que llevaba en banderola y de su espolio montañés, pesado e incómodo para aquella noche de estío.

Una japonesa, de mirar callejero, cuyo rodete sostenían muy subido unos cuchillos de acero, provocándole, tataba la copla *¡ah!, ¡qué guapo, qué guapo es el postillón!*... mientras que una desposada española, al pasar del brazo de un jefe de la tribu apache, le encajaba en las narices violentamente su ramo de jazmines blancos.

Nada comprendía, a pesar de estas insinuaciones: creíase por todo extremo ridículo, y se acogió a la fresca sombra de la galería de cristales que bordeaba un vasto diván, bajo las plantas verdes. Vino inmediatamente aquella mujer y se sentó a su lado.

¿Era joven? ¿Hermosa? No lo hubiera podido decir... De la envoltura de lana azul en que ondulaba, amplio, su desenvuelto busto, salían los brazos redondos y finos, desnudos hasta los hombros; y sus manos pequeñas, sobrecargadas de sortijas,

sus ojos pardos, rasgados y engrandecidos por los raros adornos de hierro que caían sobre la frente, componían un armónico conjunto.

Era indudablemente una actriz: acudían muchas a casa de Déchelette; y este presentimiento no era lo más a propósito para que su turbación desapareciese, puesto que tal especie de individuos inspiróle siempre algo de miedo. Hablaba muy de cerca, apoyando el codo en la rodilla y la cabeza en la mano, con grave dulzura y cierto cansancio... «¿Conque del Mediodía? ¿De veras?... ¿Y con esos cabellos tan rubios?... ¡Eso sí que es un extraordinario!».

Y quiso saber si llevaba mucho tiempo de residencia en París, si era muy difícil el examen de la carrera consular para el cual se estaba preparando, si conocía ya mucha gente y por qué se encontraba en el sarao de Déchelette, en la calle de Roma, tan lejos de su barrio latino.

Cuando pronunció el apellido del estudiante que le hubo presentado en el baile... «La Gournerie... pariente del escritor... Ella quizás lo conociera...» la expresión de aquel rostro femenino cambió, y repentinamente púsose sombrío; pero él no paró mientes en tal cosa, pues estaba en la edad en que los ojos brillan sin ver nada. La Gournerie habíale prometido que estaría allí su primo, y que se lo presentaría. «Me gustan tanto sus versos... tengo tantos deseos de conocerle...».

Sonrió compadeciendo su candor; encogióse lindamente de hombros, mientras que apartaba con su mano las ligeras hojas de un bambú, mirando a la concurrencia para tratar de distinguir entre la gente al hombre célebre.

En aquel momento la fiesta brillaba animada y movida como la apoteosis de una magia. El estudio o taller, mejor dicho el salón, puesto que en él no se trabajaba, desenvolviéndose por toda la altura del hotel, para no formar más que una habitación inmensa, recibía sobre sus tapices claros, ligeros, estivales, sus cortinillas de resorte de paja fina o de gasa, sus biombos de laca, su cristalería multicolor, y sobre el cerco de rosas amarillas que guarnecían el hogar de una alta chimenea Renacimiento, el alumbrado vario y caprichoso de inmensas linternas, chinas, persas, moriscas, japonesas, unas de hierro encalado, cortadas en forma ojival como la puerta de una mezquita, otras de papeles de color semejando frutos, y otras desplegadas en abanico, afectando formas de flores, de ibis, de serpientes, y de improviso grandes arranques de luz eléctrica, rápidos y azulados, hacían palidecer aquellos millares de luces y resquebrajaban con una claridad lunática los rostros y los hombros desnudos, toda la fantasmagoría de telas, plumas, talcos y cintas que se arrugaban en el baile, y se sobreponían en la escalera holandesa de ancho tramo que empezaba desde las galerías del primer piso, por las cuales veíanse sobresaliendo los clavijeros de los contrabajos y el frenético compás llevado por la batuta del director de orquesta.

Desde su asiento, miraba el joven todo aquello a través de una red de ramas verdes y de bejucos floridos, que se confundían con la decoración, la cercaban, y por una ilusión de óptica lanzaban en el vaivén del baile guirnaldas de glicinas sobre la cola de plata de un traje de princesa, o cubrían otras veces con una hoja de dragena, a

manera de toca, un lindo palmito de pastora de la época de la Pompadour; y ahora el interés del espectáculo hallábase para él duplicado por el encanto de saber por su egipcia los nombres, todos gloriosos, conocidos todos, que ocultaban aquellos disfraces de tan divertida y caprichosa variedad.

Aquel pertiguero, con su látigo perrero en banderola, era Jadín; y un poco más allá, aquella sotana rapada de cura de aldea, disfrazaba al viejo Isabey, que parecía más alto merced a una baraja metida, a guisa de plantilla, en sus zapatos de lazo. El tío Corot sonreía bajo la enorme visera de su gorra de inválido. Le enseñó también a Tomás Couture, disfrazado de *bulldog*, a Jundt de alguacil y a Cham de papagayo.

Y otros disfraces históricos y serios, un Murat empenachado, un príncipe Eugenio, un Carlos I, con lo que se vestían pintores jóvenes, demostrando a las claras la diferencia entre dos generaciones de artistas, estos últimos, serios, fríos, cabezas de bolsistas avejentadas con esas arrugas especiales que ahondan las preocupaciones del dinero, y los primeros aniñados, con mucha más traza de chicuelos, de aprendices alborotadores y desenfrenados.

A pesar de sus cincuenta y cinco años y los lauros del Instituto, el escultor Caoudal, vestido de húsar de feria, desnudos los brazos hasta mostrar sus hercúleos bíceps, batiendo sus largas piernas a guisa de portapliegos una paleta de pintor, contoneaba un solo de caballero del tiempo de la *Grande Chaumière* frente a frente del maestro compositor De-Potter, disfrazado de muezín en día de huelga, con el turbante ladeado, no permitiéndole su obesidad otra cosa que la mímica del baile y vocinglando el *¡La Allah, el Allah!* con voz de falsete.

Rodeaba la gente a estos ilustres jocosos, formando gran círculo, que hacía detenerse a los demás bailarines; en primera fila, Déchelette, el dueño de la casa, recogía la vista, y bajo su alto gorro persa, destacaba su nariz de kalmuco, su barba canosa, viéndosele complacido ante la alegría de los demás, divirtiéndose extraordinariamente, sin aparentarlo en manera alguna.

El ingeniero Déchelette, un tipo del París artístico de hace diez o doce años, muy bondadoso, muy rico, con veleidades de arte, y aquellos sueltos modales, aquel desprecio de la opinión que se adquieren en la vida de viajero y célibe, tenía entonces la empresa de una línea férrea de Tauris a Teherán: y todos los años, para reanimarse de los diez meses de trabajo de noche, bajo la tienda de campaña, de galopes febriles a través de arenales y pantanos, regresaba una vez para pasar los dos meses de grandes calores en este hotel de la calle de Roma, construido con arreglo a planos hechos por él mismo, amueblado como residencia veraniega, y en el cual reunía a los hombres de talento y a las mujeres bonitas, pidiendo a la civilización que le diere concentrada, en unas cuantas semanas, la esencia de lo picante y sabroso que hay en ella.

«Déchelette ha vuelto». Tal era la noticia que circulaba por los estudios de artista, en cuanto miraban levantarse, como el telón de un teatro, el inmenso cortinón de cutí sobre los cristales del hotel. Aquello significaba que daba comienzo la fiesta, y que

había ya por delante dos meses de músicas y banquetes, bailes y francachelas, todo lo cual interrumpía el silencioso sopor del barrio de Europa en aquella época de veraneo y baños de mar.

Déchelette no intervenía personalmente, poco ni mucho, en aquella bacanal que retumbaba en su casa día y noche. Este jaranero incansable aportaba al placer un frenesí en frío, una mirada vaga y regocijada, como narcotizada por el *hatschis*, pero imperturbable por su tranquilidad y lucidez. Buen amigo, dando lo que le pedía sin contar, tuvo hacia las mujeres el menosprecio del hombre de Oriente; desdén que era un compuesto de indulgencia y cortesía; y entre todas las que allí acudieron atraídas por su gran fortuna y lo alegre del fantástico medio ambiente, ni una sola pudo vanagloriarse de haber sido su favorita más de un día.

—A pesar de todo, es buen hombre... —añadió la egipcia, que daba estos informes a Gaussín. E interrumpiéndose de pronto—. Ahí tiene usted a su poeta...

—¿Dónde está?

—Delante de nosotros... disfrazado de novio de aldea...

El joven no pudo reprimir un «¡oh!» de desencanto.

¡Su poeta! Aquel hombre grueso, sudoso, luciente, haciendo gala de su pesada gracia, envuelta en el cuello postizo de dos puntas y el chaleco rameado de Juanón... Viniéronsele a la memoria las grandes exclamaciones desesperadas del *Libro del Amor*, del libro que no pudo leer nunca sin sentir algo de fiebre, y en voz alta, maquinalmente, recitó:

Para animar el mármol soberbio de tu cuerpo  
¡oh Safo! di la sangre caliente de mis venas.

Volvióse ella con viveza, haciendo sonar sus bárbaros adornos.

—¿Qué dice usted?

Eran versos de La Gournerie: extrañóse de que no lo supiera.

—No me gustan los versos... —replicó con sequedad; y quedóse en pie, con las cejas fruncidas, mirando el baile y estrujando nerviosamente los hermosos racimos de lilas que colgaban a su alcance. Luego, haciendo todo el esfuerzo que debió costarle semejante decisión:

—Buenas noches —dijo; y desapareció.

El pobre gaitero quedóse estupefacto. «¿Qué le ha dado? ¿Qué he dicho yo?». Devanóse los sesos, no halló nada, y pensó a la postre que sería lo mejor irse a acostar. Recogió melancólicamente su gaita, y reapareció en el baile, menos inquieto por la fuga de la egipcia que por todo aquel gentío, por en medio del cual érale preciso atravesar para llegar a la puerta.

El sentimiento de su obscuridad entre tantas ilustraciones, hacía más tímido. No bailaban ya: algunas parejas desbandadas se encarnizaban con los últimos compases de un vals que agonizaba, y entre ellas Caoudal, maravilloso y gigantesco, giraba con

la frente erguida, sosteniendo en sus brazos colorados una linda calcetera, cuya cofia movía el aire agitado de la danza.

Por las grandes vidrieras del fondo, abiertas de par en par, entraban ráfagas de aire y rayos de luz matinales y blanquecinos, agitando las hojas de las palmeras, tendiendo las llamas de las bujías como si se propusieran apagarlas. Un farolillo se quemó: estallaron algunas arandelas, e instalaron en la sala, los criados, veladores redondos como en las galerías de los cafés. Siempre cenaban así, en grupos de cuatro o cinco, en casa de Déchelette; y en aquellos momentos, buscábanse y reuníanse las simpatías.

Entonces se oían gritos y llamamientos feroces; el siseo de la calle de París contestando al tableteo de las jóvenes de Oriente, y coloquios en voz baja, risas voluptuosas de mujeres, a las que llevaban sujetas con una caricia.

Gaussín se aprovechaba del tumulto para deslizarse hacia la salida, cuando su amigo, el estudiante, le detuvo, sofocado, desencajados los ojos, con una botella bajo cada brazo. «¿Pero dónde se mete usted?... Le estoy buscando por todas partes... Tengo mujeres... la Bachellery, la de los Bufos... la que va de japonesa, ya sabe usted..., me encarga que le lleve conmigo. Venga usted pronto...».

Y volvió a marcharse corriendo.

El gaitero italiano tenía sed: además le incitaba la embriaguez del baile y el palmito de la comiquilla que le hacía señas desde lejos. Pero una voz seria y dulce murmuró: «No vayas».

Estaba allí la de antes, a su lado, llevándole hacia fuera, y la siguió sin vacilar. No fue por el atractivo de aquella mujer; apenas la había mirado, y la otra que le llamaba desde el fondo levantando con la cabeza los cuchillos de acero de su cabellera, le gustaba mucho más. Pero obedecía a una voluntad superior a la suya, a la violencia impetuosa de un deseo.

—¡No vayas!...

Y de improviso, halláronse los dos en la calle de Roma. Los coches de alquiler esperaban parroquianos, envueltos en la niebla de la madrugada. Los barrenderos, los obreros que iban a su trabajo, miraban aquella fiesta atronadora y desbordada, aquella pareja de máscaras, un martes de Carnaval en pleno verano.

—¿A su casa de usted, o a la mía?... —le preguntó. Sin explicarse la razón, pensó que sería mejor en su casa; dio las señas de su lejano domicilio al cochero, y durante el trayecto, que fue largo, hablaron poco.

Retuvo ella únicamente una mano entre las suyas, que le hicieron la impresión de ser pequeñas y estar heladas, y a no existir el frío de este enlace nervioso, hubiera podido figurarse que dormía reclinada en el fondo del coche, resbalando por su rostro el reflejo azulado de la cortinilla de resorte.

Detuviéronse en la calle de Jacob, delante de una casa de estudiantes. Había que subir, cuatro pisos; era alto y cansaba. «¿Quieres que te suba?» dijo riendo, pero en voz baja, por no despertar a nadie en aquella casa dormida. Envolvióle en una



espaciosa mirada, menospreciadora y tierna, una mirada experta que le sondeó y significaba claramente: «¡Pobre niño!...».

Entonces, con un hermoso arrebató, propio de su edad y del Mediodía, la cogió, la levantó como a una chicuela, porque era sólido y rehecho, a pesar de su cutis blanco de señorita, y subió el primer piso de un tirón, dichoso por aquel peso que le ataba al cuello dos hermosos brazos, frescos y desnudos.

El segundo piso le resultó más largo y sin encanto. La mujer se abandonaba, hacía cada vez más pesada. El hierro de sus colgajos de adorno, que al principio acariciábale como un cosquilleo, entraba poco a poco y cruelmente en sus carnes.

En el tercero respiraba anheloso como un cargador de pianos: faltábale el aliento; mientras que ella, encantada, entornados los párpados: «¡Oh, querido, qué bueno es esto... qué bien se va!...». Y los últimos peldaños que iba subiendo uno a uno, antojáronsele los de una gigantesca escalera, cuyas paredes, tramos y estrechas ventanas daban vueltas en espiral inacabable. No era ya una mujer lo que llevaba, sino más bien una cosa pesada, horrible, que le ahogaba y que a cada instante veíase tentado a soltar, a tirar lejos de sí con ira, a riesgo de un choque brutal.

Al llegar al estrecho descansillo: «¡Ya!», dijo ella abriendo los ojos, Y él pensaba «¡por fin!» pero no pudo decirlo, muy pálido, llevándose ambas manos al pecho que estallaba.

Toda su historia fue aquella subida de la escalera, en medio de la tristeza gris de la mañana.

## II

Túvola él dos días: fuese después, dejándole una impresión de cutis suave y de ropa blanca fina, sin más informes que su nombre, las señas de su casa y estas palabras: «Cuando usted me desee, llámeme...; siempre estaré pronta a venir».

En la pequeñísima tarjeta, elegante y perfumada, se leía:

Fanny Legrand

*Calle de la Arcada, 5*

La colocó en la luna de su espejo, entre una invitación para el último baile del Ministro de Estado y el programa coloreado y caprichoso de la velada de Déchelette, que eran las dos únicas fiestas de sociedad a que había asistido en aquel año; y el recuerdo de la mujer que durante algunos días vagaba alrededor de la chimenea como aquel delicado y ligero perfume, se evaporó con él, sin que Gaussín, serio, trabajador, desconfiando siempre, más que de nada, de las seducciones de París, experimentase el capricho de renovar amoríos de una noche.

El examen ministerial se verificaría en noviembre. Quedábanle tres únicos meses para prepararse. Luego seguiría al examen una residencia de tres o cuatro años en las oficinas del servicio consular; después iríase a cualquier parte, muy lejos. Esta idea de emigración no le asustaba, porque en la familia Gaussín de Armandy, antigua en Aviñón, la tradición era que el primogénito de los hijos siguiese lo que se llama *la carrera*, con el ejemplo, estímulo y protección moral de los que en ella le precedieron. Para este provinciano, París era únicamente la primera escala de una larguísima travesía, impidiéndole, por tanto, trabar ninguna relación seria de afectos en amores y amistad.

Una o dos semanas después del baile de Déchelette, y una noche que Gaussín, encendida la luz y preparados los libros sobre la mesa, empezaba a trabajar, llamaron tímidamente, y al abrir la puerta, presentósele una mujer con traje elegante y claro. No la reconoció hasta que se levantó el velillo.

—Heme aquí, soy yo... vuelvo...

Pero apercibiéndose en seguida de la mirada inquieta, mortificado, que lanzó sobre la tarea dispuesta: «¡Oh! no le molestaré a usted... ya sé lo que es eso...». Desató su sombrero, apoderóse de una entrega del *Viaje alrededor del mundo*, instalóse y no se movió ya, absorta aparentemente en la lectura; pero cada vez que él levantaba los ojos, encontraba su mirada.

Y a la verdad, érale precisa mucha energía para no cogerla en seguida en sus brazos, porque estaba muy incitante y tenía grande encanto con su cabecita de frente

pequeña, de nariz corta y labio sensual y bondadoso, y la flexible madurez de su talle, dentro de aquel vestido de confección parisiense, menos terrible a la vista que su espolio de mujer egipcia.

Marchóse a la mañana siguiente muy temprano, volvió varias veces durante la semana, y siempre se presentaba con la misma palidez, las mismas manos, húmedas y frías, la misma voz entrecortada por la emoción.

—¡Oh, ya conozco que te fastidio —decíale—, que te canso! Yo debiera ser más activa... ¡Si supieras! Todas las mañanas, cuando me separo de ti, juro no volver; luego por la noche, esto me ataca otra vez, como una locura.

Mirábala, divertido, y por su desdén hacia la mujer, sorprendido de aquella persistencia amorosa. Las que conociera hasta aquel entonces, mujerzuelas de la cervecería, de los patines, a veces jóvenes y lindas, dejábanle siempre la repulsión de su risa estúpida, de sus manos de cocineras, sus instintos y conversación groseros, por todo lo cual necesitaba renovar el aire cuando se marchaban. En sus creencias de inocente, figurábase parecidas y semejantes a todas las mujeres de vida airada. Sorprendíale, pues, hallar en Fanny una dulzura, una reserva verdaderamente señoriles, con la ventaja —sobre las burguesas que trató en provincias en casa de su madre— de un barniz artístico, un conocimiento de todo, lo cual daba a sus diálogos interés y variedad.

Además, era filarmónica, acompañábase al piano y cantaba con una voz de contralto algo gastada y desigual, pero educada, romanzas de Chopin o de Schumann, tonadillas del Berry, borgoñonas o picardas, de las que tenía un repertorio completo.

Gaussín, que deliraba por la música, ese arte de holganza y aire libre en que se deleitan los de su tierra, exaltábase con los sonidos a las horas del trabajo, y arrobaba en ellos sus ocios con delicia. Era esto lo que más le encantaba en Fanny. Se mostraba maravillado de que no estuviese ajustada en algún teatro, y de aquí llegó a saber que había cantado en el Lírico. «Pero no me duró mucho tiempo... me aburría demasiado...».

Y, con efecto, nada había en ella de lo estudiado y convencional de que adolecen las mujeres de teatro, ni siquiera la más leve sombra de vanidad o engaño, aunque sí únicamente cierto misterio acerca de cómo vivía lejos de él, misterio cerrado hasta en las mismas horas de pasión, en el que no intentaba penetrar su amante por no sentir curiosidad ni celos, dejándola venir a la hora prefijada, sin mirar siquiera el reloj, ignorando todavía la sensación de la espera, esas grandes alarmas con que golpean a sus anchas en el pecho el deseo y la impaciencia.

De vez en cuando, por ser el verano muy hermoso en aquel año, íbanse a la descubierta de todos esos lindos retiros de los alrededores de París, cuya posición geográfica precisa y detallada ella conocía. Confundíanse con las expediciones numerosas y turbulentas, en las estaciones del arrabal exterior; almorzaban en algún ventorrillo situado a la linde de los bosques o del agua corriente, evitando tan sólo ciertos sitios muy frecuentados. Un día propúsola ir a Vaux-de-Cernay. «No, no... allí

no... van muchos pintores...».

Y esta antipatía a los artistas hízole recordar que fue la que marcaba los comienzos de su mutuo amor. Ocurriósele preguntar la causa. «Son —le contestó— viciosos, enredadores, que cuentan siempre mucho más de lo que es cierto... me han hecho mucho daño...».

Protestó: «Sin embargo, el arte es hermosa cosa... Nada sirve mejor que el arte para embellecer y ensanchar la vida».

—Escucha, querido; lo que es hermoso, es ser sencillo y probo como tú, tener veinte años y amarse mucho...

¡Veinte años! Nadie la hubiera calculado otra edad al verla tan viva, tan lista siempre, riéndose por todo, y encontrándolo todo bien.

Una tarde, en Saint-Clair, en el valle de Chevreuse, hubieron de llegar la víspera de la fiesta, y no encontraron un cuarto para hospedaje. Era tarde y precisaba atravesar una legua de bosque durante la noche para detenerse en el inmediato pueblo. Les ofrecieron, por último, un catre que estaba desocupado en la habitación extrema de la granja, donde dormían unos albañiles.

—Vamos allá —dijo ella riéndose—; esto me recordará mi época de miseria.

Había conocido la miseria.

Se deslizaron a tuestas por entre los catres ocupados en la gran sala blanqueada, en la que humeaba una lamparilla dentro de una celdilla hecha en la pared: y estrechándose uno contra otro toda la noche, ahogaban sus besos y risas, oyendo roncar y gemir de cansancio aquellos camaradas, cuyos chaquetones y pesados zapatos de trabajo veíanse colgados o tirados muy cerca del traje de seda y las finas botinas de la parisiense.

Al amanecer abrióse una gatera en lo bajo de la ancha puerta: un destello de luz blanca rozó el lienzo de los catres y la tierra removida, mientras que una voz bronca gritaba: «¡Eh, los de la cuadrilla!...». Luego armóse en la granja, vuelta a las tinieblas, un tumulto penoso y lento; bostezos, desperezos, toses fuertes, los tristes ruidos humanos de un rancho que se despierta; y pesados, silenciosos, los Limosinos se fueron uno tras otro, sin sospechar que habían dormido cerca de una mujer hermosa.

Se levantó en seguida, púsose el traje a tuestas, se recogió de prisa el cabello. «Quédate aquí... vuelvo...». Y volvía al poco rato, con un enorme brazado de flores del campo, cuajadas de rocío. «Ahora durmamos...» dijo, esparciendo sobre la cama aquella olorosa frescura de la flora matinal, que purificaba la atmósfera en que estaban respirando. Y nunca le pareció tan linda como en aquella cuadra de granja, risueña al amanecer, con sus finos cabellos desordenados y con sus hierbas silvestres.

Otra vez, almorzaban en Ville-d'Avray delante del estanque. Una mañana de otoño envolvía en nieblas el agua tranquila y el añublo de los bosques que se veían enfrente; y solos en el jardincito del restaurant, abrazábanse comiendo peces de río; de pronto, desde un pabellón rústico, puesto entre las ramas del plátano a cuyo pie

tenían ellos su mesa, una voz fuerte y burlona les llamó:

—Oigan, vecinos, cuando acaben de arrullarse...

Y el rostro leonino, el rojo bigote del escultor Caoudal asomóse a la ventana formada con troncos en su chalet.

—Me dan ganas de bajar a almorzar con vosotros... Me aburro como un búho en mi árbol...

Fanny no contestó, visiblemente molestanda por aquel encuentro; él, por el contrario, aceptó en seguida, lleno de curiosidad con respecto al artista célebre, y halagado por tenerle a su mesa.

Caoudal, muy presumido con el aparente descuido de su traje, en el que todo estaba calculado, desde la corbata blanca de crespón de la China para aclarar su tez entrevelada de arrugas y barros, hasta el chaquetón ajustado a la cintura, aún esbelta, y a los salientes de los músculos, Caoudal parecióle más viejo que cuando lo vio en el baile de Déchelette.

Pero lo que le sorprendió y llegó a turbarle un tanto, fue el tono de intimidad que adoptó el escultor de su querida. Llamábala Fanny, la tuteaba.

—No sabes —la decía colocando su cubierto en el mantel—; no sabes que soy viudo desde hace quince días. María se fue con Morateur. Al principio tomé la cosa con calma... pero esta mañana, al entrar en el estudio, sentíme decaído como nunca... era imposible trabajar... Entonces abandoné el grupo que estoy haciendo y me vine a almorzar al campo. Mala idea, cuando se viene uno solo... He estado a punto de llorar sobre mi guisado de conejo...

Luego, mirando al provinciano, cuyo vello de barba y cabellos rizados tenían el color del vino de Sauterne en las copas:

—¡La juventud sí que es bella!... No haya miedo de que a éste le abandonen... Y lo mejor es que se pega... Ésta parece tan joven como él...

—¡Bribón!... —replicó ella riéndose.

Y su risa era, en efecto, la seducción, que no tiene edad; la juventud de la mujer que ama y quiere hacerse amar.

—¡Sorprendente... asombrosa! —murmuraba Caoudal examinándola mientras comía, con una arruga de tristeza y de envidia, que gesticulaba en el extremo de sus labios. «Dime, Fanny: ¿te acuerdas de un almuerzo aquí... hace muchos años...? ¡Diantre!... estábamos Ezano, Dejoie, toda la pandilla... tú te caíste al estanque. Te vestimos de hombre con el traje del guarda. Te sentaba ricamente bien...».

—No me acuerdo... —contestó secamente y sin mentir, porque estas criaturas tornadizas y del azar no están nunca más que en lo que hacen de presente a la hora de su amor. No tienen memoria de lo que precede, ni temor de lo que pueda suceder.

Caoudal, por el contrario, consagrado al pasado, contaba a tragos de Sauterne sus hazañas de robusta juventud, de amor y bebida, giras campestres, bailes en la Ópera, cargas de estudio, luchas y conquistas. Pero al volverse para mirarlos, encendida de nuevo en sus ojos la chispa de todas aquellas llamas que removía, apercibióse de que



no le escuchaban poco ni mucho, entretenidos en desgranar, el uno en los labios del otro, las uvas de un racimo.

—¡Qué tonto es lo que estoy contando!... Sí, sí, os estorbo... ¡Ah, voto al diablo!... Ser viejo es lo más estúpido...

Se levantó, tiró su servilleta. «¡Yo pago el almuerzo, compadre Langlois!...» gritó yendo hacia el restaurant.

Alejóse tristemente, arrastrando los pies, como roído por un mal incurable. Los enamorados siguieron con la vista largo rato su alta estatura, que se inclinaba bajo los ramajes de color de oro.

—¡Pobre Caoudal!... cierto es que se aplana... —murmuró Fanny con acento de dulce conmiseración; y como Gaussín se mostrara indignado de que María, una mujerzuela, una modelo, pudiese divertirse con los sufrimientos de un Caoudal y preferir al gran artista... ¿quién?... Morateur, un pintorcillo sin talento, que no tenía en favor suyo más que su juventud; echóse a reír: «¡Ah, inocente... inocente!...» y cogiéndole la cabeza con ambas manos, echándole sobre su falda, aspiraba y respiraba sus ojos, sus cabellos, todo él, como un ramo de flores.

Aquel día, pasó Juan la noche por primera vez en casa de su querida, que le torturaba con este deseo desde tres meses antes: «Pero, bueno, ¿por qué no quieres?».

—No lo sé... me molesta.

—Puesto que te digo que soy libre, que estoy sola...

Y secundando el cansancio de la gira, llevóselo a la calle de la Arcada, junto a la estación. En el entresuelo de una casa burguesa de honrado y silencioso aspecto, una criada vieja con toca campesina y áspero gesto les abrió la puerta.

—Es Machaume... ¡Hola, Machaume! —dijo Fanny abalanzándose a su cuello—. No sabes, helo aquí, mi amado, mi rey... lo traigo... Pronto, enciéndelo todo, embellece la casa...

Quedó Juan solo en un saloncito de ventanas abovedadas y bajas, cuyas colgaduras eran de la misma seda azul clara que tapizaba los divanes y algunos muebles barnizados de laca. En las paredes, tres o cuatro paisajes alegraban y decoraban la tela; todos tenían la dedicatoria: «A Fanny Legrand». «A mi querida Fanny...».

Sobre la chimenea se veía un mármol de medio tamaño, reproducción de la *Safo*, de Caoudal, cuyo bronce está por doquiera, y que Gaussín, desde muy niño, había visto en el despacho de su padre. Y a la luz de la única bujía colocada cerca del pedestal, apercibióse de la semejanza afinada y como rejuvenecida entre su amada y esta obra de arte. Aquellas líneas del perfil, aquel movimiento del busto bajo los ropajes, aquella redondez errática de los brazos enlazándose a las rodillas, éranle cosas conocidas e íntimas: la saboreaban sus ojos con el recuerdo de las más tiernas sensaciones, Fanny, al encontrarle en éxtasis ante el mármol, exclamó con desenvoltura: «Tiene algo de mí ¿no es cierto?... la modelo de Caoudal se me parecía...». Y llevóle inmediatamente a su alcoba, donde Machaume, refunfuñando,

había puesto dos cubiertos sobre un velador. Encendidos todos los candelabros, hasta los brazos del armario de espejo, y con un hermoso fuego de leña, alegre como la primera fogata que ardía detrás del guardachispas, tenía aquello el conjunto y aspecto del cuarto de una mujer que se viste para ir al baile.

—He querido cenar aquí... —dijo riéndose—, con eso estaremos más pronto en la cama.

Nunca vio Juan mobiliario más cuco. Las sedas chinas de Luis XVI, las muselinas claras de las alcobas de su madre y de sus hermanos, no daban idea de aquel nido enguatado, acolchado, en que la madera se ocultaba bajo los delicados rasos, en que la cama misma no era más que un diván más ancho que los otros, puesto en el fondo sobre pieles blancas.

Aquella caricia de luz y de calor, de reflejos azules que se extendían en los espejos biselados, era deliciosa después de su correría a campo traviesa, de la turbonada que había tenido que soportar y el barro de los caminos hondos a la luz dudosa del crepúsculo. Impedíale no obstante, saborear, como verdadero provinciano, aquel *confort* de ocasión, el mal genio de la criada, la mirada recelosa que en él tenía fija, hasta el punto de que Fanny la despidió concisamente: «Déjanos, Machaume... ya nos serviremos nosotros...». Y como la campesina diera un portazo al irse: «No hagas caso; se opone a que te quiera... dice que pierdo mi vida... estas gentes del campo son tan rapaces. Su culinaria vale más que ella... Prueba este pastel de liebre...».

Cortaba el pastel, destapaba el Champagne, olvidaba servirse para mirarle comer, haciendo a cada ademán subir hasta el hombro las mangas de un *gandura* argelino de lana suelta y blanca, que se ponía siempre para andar por casa, Recordábale así su primer encuentro en casa de Déchelette: y estrechándose para caber en un solo sillón, comiendo en el mismo plato, hablaron de aquel baile.

—¡Oh! yo —decía ella— desde que te vi te deseé... Hubiera querido cogerte, llevarte conmigo en seguida para que las otras no te poseyeran... Y tú, ¿qué pensaste cuando me viste?...

Primero habíale inspirado miedo: luego sintióse lleno de confianza, en completa intimidad con ella. «Y por cierto, añadió, que no te he preguntado todavía una cosa... ¿Por qué te enfadaste... por dos versos de La Gournerie?...».

Tuvo el mismo entrecejo que en el baile, y luego, moviendo la cabeza: «¡Por tonterías!... no hablemos de ello...». Y echándole los brazos al cuello: «Es que yo también tenía mi poquito de miedo... quería huir, dominarme... pero no pude, no podré jamás...».

—¡Oh, jamás!

—Ya lo verás.

Se limitó a responder con la sonrisa escéptica de su edad, sin parar mientes en el acento apasionado, casi amenazador, con que se le dijo este «ya lo verás...». ¡Aquel abrazo de mujer era tan dulce, tan sumiso! Creía firmemente que un solo gesto suyo

bastaba para desatar el nudo.

¿Y para qué libertarse?... Estaba tan bien en el regalo de esta alcoba voluptuosa, tan deliciosamente aturdido por aquel aliento, caricia de sus párpados que se agitaban con la pesadez del sueño, llenos de visiones fugitivas, bosques añosos, prados, molinos, fuentes, todo su día de amor en el campo...

Por la mañana le despertó sobresaltado la voz de Machaume, gritando a los pies de la cama, sin el menor misterio: «¡Ahí está... quiere hablarla a usted!...».

—¡Cómo! ¿Qué quiere? ¿De manera que yo no estoy ya en mi casa... y tú le dejas entrar?...

Enfurecida saltó, escapóse de la alcoba, medio desnuda, con la batista abierta. «No te muevas, querido... vuelvo...». Pero él no la esperó, y no se tranquilizó hasta que, levantado a su vez y vestido, vióse calzado y a pie firme.

Recogiendo las prendas de su traje en la alcoba herméticamente cerrada en que la lamparilla alumbraba aún el desorden de la cena, oía el ruido de una disputa terrible, que ahogaban los tapices del salón. Una voz de hombre, irritada primero, luego suplicante, cuyos gritos acababan en sollozos, en lacrimosas debilidades, altercaba con otra voz que no reconoció al pronto, dura y ronca, cargada de odio y de frases innobles, llegando ambas hasta él como una reyerta de mujeres de cervecería.

Y todo aquel amoroso lujo se deslustraba con ella; degradábase con una salpicadura de manchas en la seda; la mujer, mancillada también, estaba al nivel de las otras que él despreciara antes.

Volvió a entrar palpitante, recogiendo con un hermoso ademán su cabellera esparcida: «¿Hay nada más tonto que un hombre que llora?...». Luego, viéndole en pie, vestido, lanzó un grito de coraje: «¡Te has levantado!... vuelve a acostarte... en seguida... lo quiero...». Dulcificando de improviso su acento, y acariciando con la expresión y con la voz: «No, no te vayas... no puedes irte así... sobre todo, porque estoy segura de que ya no volverás».

—Sí... ¿por qué no?

—Jura que no te has enfadado, que vendrás... ¡Oh, es que yo te conozco!

Juró lo que ella quiso, pero no volvió a acostarse, a pesar de sus súplicas y de las reiteradas seguridades de que ella estaba en su casa, y era libre en su vida y en sus actos. Al fin pareció resignarse a verle partir y le acompañó hasta la puerta, sin que reapareciese la fauna delirante, antes por el contrario, muy humilde, tratando de hacerse perdonar.

Una larga y profunda caricia de despedida los retuvo en el recibimiento.

—Conque... ¿hasta cuándo?... —le preguntaba fijos los ojos en sus ojos. Iba a contestar, a mentir sin duda, en su prisa por verse fuera, cuando un campanillazo le detuvo. Machaume salió de su cocina, pero Fanny la detuvo con una seña: «No... no abras...». Y quedáronse allí los tres, inmóviles, sin hablar.

Oyóse un gemido ahogado, luego el roce de una carta que se deslizaba por debajo de la puerta, y pasos que bajaban lentamente, «¡Bien te decía yo, que era libre!...

¡Toma!». Y entregó a su amante la carta que acababa de abrir, una pobre carta de amor, muy baja, muy cobarde, escrita con lápiz, deprisa, sobre una mesa de café, y en la que el desdichado pedía perdón por su locura de la mañana, reconociendo no tener sobre ella ningún derecho más que el que ella tuviera a bien concederle; suplicaba con las manos juntas que no se le desterrase para siempre, prometiendo aceptarlo todo, ¡resignarse a todo!... ¡pero no perderla, Dios mío, no perderla!...

«¿Qué tal?...» díjole con malévola risa: y esto acabó de cerrarla el corazón que ella quería conquistar. A Juan le pareció cruel. Ignoraba todavía que la mujer que ama no tiene entrañas más que para su amor, y todas sus fuerzas vitales de caridad, bondad, compasión y abnegación están absortas en provecho de un ser, de uno solo.

—Haces mal en burlarte... Esta carta es horriblemente hermosa y desgarradora... —Y en voz baja, grave, cogiéndola las manos—: Vamos a ver... ¿por qué le despides?...

—Porque no le quiero ya... no le amo.

—Sin embargo, era tu amante... Te ha dado este lujo con que vives, con que has vivido siempre, que te es necesario.

—Querido —replicó con su acento franco—, cuando yo no te conocía, todo esto me pareció muy bien... Ahora es una fatiga, una vergüenza: se me revolvió el estómago... ¡Oh! ya lo sé, vas a decirme que lo tuyo no es serio, que tú no me quieres... Pero eso es asunto mío... Quieras o no, yo te obligaré a que me ames.

No contestó; convino en una cita para el día siguiente y huyó dejando a Machaume, en pago de su pastel de liebre, algunos luisés, que eran el fondo de su bolsa de estudiante. Por su parte, aquello había concluido. ¿Con qué derecho iba a turbar esta existencia de mujer, y qué podía ofrecerla en cambio de lo que la hiciera perder?

Escribiósele así en el mismo día, tan dulce y sinceramente como le fue posible, pero sin confesar que de sus relaciones, de aquel capricho amable y ligero, había sentido desprenderse de improviso algo violento y malsano, oyendo después de su noche de amor aquellos sollozos de amante engañado que alternaban con la risa de ella y sus palabrotas de lavandera.

En aquel mocetón, desarrollado lejos de París, en pleno apartado provincial, algo había de la rudeza paterna, y todos los nerviosismos, todas las delicadezas de su madre, a la cual se parecía como un retrato. Y para defenderle contra los arrebatos del placer, uníase a esto el ejemplo de un hermano de su padre, cuyos desórdenes y locuras casi arruinaron a su familia y pusieron en peligro el honor del apellido.

¡El tío Cesáreo! Sólo con estas palabras y el drama íntimo que evocaban, podían exigírsele a Juan sacrificios mucho más temibles que el de aquel amorío al que nunca dio importancia. No obstante, fue más difícil romper que lo que él se imaginaba.

Formalmente despedida, volvió sin desanimarse ante sus negativas de verla, su puerta cerrada, sus consignas inexorables. «Yo no tengo amor propio...» le escribía. Acechaba la hora de sus comidas en el restaurant, y lo esperaba delante del café

donde él leía sus periódicos. Y todo ello sin lágrimas ni escenas. Si iba acompañado, contentábase con seguirle, espiando el momento en que se quedara solo.

«¿Quieres poseerme esta noche?... ¿No?... Entonces, otra vez será». Y se marchaba con la resignada dulzura del buhonero que vuelve a abrochar las correas de su fardo, dejándole el remordimiento de sus durezas y la humillación de la mentira que balbuceaba a cada uno de estos encuentros. «Se acercaba la fecha del examen... No tenía tiempo... Después, más adelante, si ella seguía encaprichada...». En realidad pensaba, en cuanto fuese aprobado, tomarse un mes de vacaciones en el Mediodía, contando con que le olvidaría durante este tiempo.

Desgraciadamente, después del examen, Juan cayó enfermo. Una angina que cogió en uno de los pasillos del ministerio, descuidóla, y se empeoró. No conocía a nadie en París, excepción hecha de algunos estudiantes de su misma provincia, de los que su exigente amor había separado, dispersándolos. Por otra parte, era en este caso preciso mayor abnegación que la corriente y vulgar, y desde la primera noche Fanny Legrand fue la que se instaló a la cabecera del lecho, sin separarse de él durante diez días, cuidándole sin cansancio, ni miedo, ni asco, diestra como una hermana de la caridad, con mimos tiernos que a veces en las horas de fiebre le recordaban una grave enfermedad de su niñez, y le hacían llamar a su tía Divonne; decir: «Gracias, Divonne», cuando sentía las manos de Fanny sobre la humedad de su frente.

—No es Divonne... soy yo... yo te velo...

Salvábale de cuidados mercenarios, de la lumbre mal apagada, de las tisanas fabricadas en la caseta del portero; y Juan se maravillaba de lo alerta, ingenioso y expeditivo que eran aquellas manos de indolencia y voluptuosidad. Por la noche dormía dos horas sobre el diván, un diván de casa amueblada para estudiante, tan mullido como el banco de un puesto de prevención de policía.

—¿Pero tú no vas nunca a tu casa, mi pobre Fanny? —la preguntó un día—. Ahora estoy mejor... Necesitarás tranquilizar a Machaume.

Echóse a reír. Ya había llovido desde que despidió a Machaume, y con ella toda la casa. Lo vendió todo: los muebles, los trapos viejos, hasta la ropa de cama. No le quedaba más que lo puesto y un poco de ropa blanca, salvada por la doncella... Ahora, si él la rechazaba, se encontraría en medio del arroyo.



### III

—Ahora sí creo, haberlo encontrado... En la calle de Amsterdam, enfrente de la estación... Tres habitaciones y un balcón grande... Si quieres, iremos a verlo después de tu oficina... Está alto; cinco pisos... pero tú me subirás. ¡Qué bueno fue aquello! ¿Te acuerdas?... —Y divertida con este recuerdo, frotábase con él, abrazábase a su cuello, buscaba allí el antiguo sitio, su sitio.

Para ellos dos, en la casa de vecindad, con las costumbres del barrio, aquellas idas y venidas por la escalera de mujerzuelas casi sin vestir, en redecilla y babuchas; aquellos tabiques, de papel detrás de los cuales movíanse otras parejas; aquella promiscuidad de llaves, de candeleros, de botinas, la vida era intolerable. No ciertamente para ella; con Juan, el tejado, la cueva, la misma alcantarilla, todo le parecía bien para anidar. Pero la delicadeza del amante asustábase de ciertos contactos, en los que, estando solo, ni siquiera pensaba. Aquellos amancebamientos de una noche le molestaban, deshonoraban el suyo, causábanle en cierto modo la tristeza y la repugnancia de la jaula de los monos en el Jardín de Plantas, imitando todos los gestos y expresiones del amor humano. También le aburría el restaurant, esa comida que era preciso ir a buscar dos veces al día al boulevard Saint-Michel, en una gran sala llena de estudiantes, de alumnos de bellas artes, pintores, arquitectos, que sin conocerle habíanse habituado a su rostro durante un año que comía allí.

Avergonzábase —al empujar la puerta— de todos los ojos que se volvían hacia Fanny; entraba con el agresivo malestar de los jovenzuelos que acompañan a una mujer: y temía también el encuentro con alguno de sus jefes del Ministerio o con alguno de su tierra. Vino luego la cuestión de economía.

—¡Qué caro es esto!... —le decía a cada momento, llevándose y comentando la cuenta de la comida...—. Si estuviéramos en nuestra casa, habría tenido para comer tres días con este dinero.

—Pues bien; ¿quién nos lo impide?... —Y empezaron las investigaciones para instalarse.

Éste es el lazo. Todos caen en él, los mejores, los más honrados, por ese instinto de limpieza, ese amor al *home*<sup>[1]</sup> que en ellos ha desarrollado la educación de familia y el templo del hogar.

La morada de la calle de Amsterdam se alquiló en seguida y la encontraron encantadora, a pesar de sus habitaciones en fila, que daban —la cocina y la sala a un patio interior, húmedo, por el que subían de una taberna inglesa olores de enjuagaduras y de cloro—, y el cuarto que daba a la calle en pendiente y lleno de ruido que producían a todas horas los choques de los furgones, camiones, coches de alquiler, ómnibus, los silbidos de llegada y salida, todo el barullo de la estación del

Oeste, que desplegaba enfrente sus techos de cristal, color de agua sucia. La ventaja estaba en tener el tren a la puerta y Saint Cloud, Ville d'Avray, Saint-Germain, las verdosas estaciones de las orillas del Sena, casi estaban bajo su azotea. Porque tenían una azotea ancha y cómoda, que conservaba de la munificencia de los antiguos inquilinos un pabellón de pintado zinc, imitando lienzo rayado, mojado y triste bajo el gotear de las lluvias de invierno, pero en el cual se estaría muy bien en estío para comer al aire libre, como en un chalet de la montaña.

Ocupáronse de los muebles. Habiendo participado Juan a su familia su proyecto de instalación, la tía Divonne, que era como la intendente de la casa, envió el dinero necesario: y su carta anunciaba al mismo tiempo la próxima llegada de un armario, una cómoda y un gran sillón de vaqueta, sacados del «Cuarto del viento», con destino al parisién.

Este cuarto, que él veía al extremo de un corredor de Castelet, siempre inhabitado, con las puertas-ventaneras cerradas por medio de una barra, la puerta cerrada también con cerrojo, estaba condenada, por su exposición a las ráfagas del mistral, que lo hacían crujir como una garita de faro. Amontonábanse allí las antiguallas, lo que cada generación de habitantes relegaba al pasado ante las nuevas adquisiciones.

¡Ah! ¡Si Divonne hubiera sabido para qué extrañas siestas serviría el sillón de vaqueta, y cuántas faldas de surah y pantalones de guarnición llenarían los cajones de la cómoda, del gusto del Imperio!... Pero los remordimientos de Gaussín aun en este punto hallábanse perdidos entre los mil goces pequeños de la instalación.

Era tan divertido, después de la oficina, al oscurecer, emprender grandes carreras, del brazo los dos, e irse a cualquier calle del arrabal, a escoger un comedor —el aparador, la mesa y media docena de sillas, o los cortinajes de cretona de flores para la colgadura de la cama. Aceptábalo todo a ojos cerrados; pero Fanny miraba por los dos, probaba las sillas, hacía correr los batientes de la mesa, mostraba la experiencia del comprador.

Ella conocía las casas en que se tenía a precio de fábrica una batería de cocina completa para un matrimonio, las cuatro cacerolas de hierro, la quinta esmaltada para el chocolate del desayuno, de cobre nunca, porque es muy enojoso de limpiar. Seis cubiertos de metal blanco, con el cucharón de la sopa, y dos docenas de platos de loza inglesa, sólida y alegre a la vista, todo ello contado, preparado, empaquetado como una cocinilla de muñeca. Para la lencería, servilletas, ropa de tocador y de mesa, conocía un comerciante, el representante de una gran fábrica de Roubaix, en cuyo establecimiento se pagaba un tanto al mes: y siempre mirando los escaparates, acechando las liquidaciones, esos restos de naufragio que París lleva siempre en la espuma de sus olas, descubría en el boulevard de Clichy la ocasión de una soberbia cama, casi nueva y tan ancha, que en ella podían acostarse en fila las siete señoritas del Ogro<sup>[2]</sup>.

También al volver de la oficina trataba de comprar algo; pero no entendía de ello,

no sabía decir que no, ni irse con las manos vacías. Habiendo entrado una tarde en casa de un quincallero para comprar unas vinagreras antiguas que ella le encargó, llevóse, en lugar de este objeto vendido ya, una araña de salón con colgantes de cristal, completamente inútil, puesto que no tenían salón.

—La pondremos en el pabellón de la azotea... —dijo Fanny para consolarle.

Y de aquí la felicidad de tomar medidas, las discusiones acerca del sitio que debía ocupar un mueble: y los gritos, las risas locas, con los brazos levantados al techo, cuando se apercibían de que a pesar de todas sus precauciones, a pesar de la muy completa lista de compras indispensables, siempre se les había olvidado alguna cosa.

Así sucedió con el rallador de azúcar. ¡Es posible creer que haya gente que ponga casa sin comprar rallador de azúcar!...

Luego, una vez comprado todo y puesto en su sitio, colgadas las cortinas, metida la mecha en el quinqué nuevo, ¡qué buena fue la noche de la instalación definitiva, la revista minuciosa de las tres habitaciones antes de acostarse, y cómo se reía ella alumbrándole mientras que él cerraba la puerta, «otra vuelta, dale otra vuelta a la llave... cierra bien... ¡Que estemos muy bien metidos en nuestra casa...!»!

Llevaron entonces una vida nueva, deliciosa. Al dejar su trabajo, regresaba pronto, con prisa de llegar, y verse en zapatillas junto a la lumbre. Y en el inseguro andar chapoteando por el fango de la calle, figurábase su cuarto alumbrado y caliente, alegre con sus viejos muebles provincianos, que Fanny creyó de desecho y que luego resultaron ser muy lindas antigüedades; sobre todo el armario, una alhaja Luis XVI, con sus tableros pintados, representando fiestas provenzales, pastores con chaquetas floridas, bailes de chifla y tamboril. La presencia, a sus ojos familiar, de estas antiguallas fuera de moda, recordábale la casa paterna, y consagraba su nuevo domicilio, cuyo bienestar estaba entonces saboreando.

Desde su primer campanillazo, corría Fanny a abrir, aseada, galana, «sobre las armas», como ella misma decía, con su vestido de lana negra muy tejida; pero cortado por los patrones de un buen corte, una sencillez de mujer que ha tenido trajes, las mangas remangadas, un gran delantal blanco; porque ella cocinaba y se contentaba con una asistenta para los trabajos rudos que hieren las manos o las deforman.

Y puede decirse que lo entendía mucho; sabía una multitud de recetas, platos del Norte y del Mediodía, variados como su repertorio de coplas populares que, al acabar la comida, colgado el delantal blanco detrás de la puerta cerrada de la cocina, cantaba con su voz de contralto gastada y apasionada.

Allá abajo la calle retumbaba, atronaba como un torrente. La fresca lluvia resonaba sobre el zinc del pabellón; y Gaussín, con los pies ante el hogar, instalado en su sillón, miraba frente a sí los cristales de la estación, y los empleados encorvados escribiendo bajo la luz blanca de los grandes reflectores.

Encontrábase bien, se dejaba ir. ¿Enamorado? No; pero agradecido al amor que le envolvía, a esta ternura siempre igual. ¿Cómo había podido privarse tanto tiempo de

esta dicha, por el temor —de que ahora se reía— de un encanallamiento, de una traba cualquiera? ¿Acaso no era hoy más decente su vida que cuando iba de una mujerzuela a otra, exponiendo su salud?

No había peligro para más adelante. Al cabo de tres años, cuando se fuera, la ruptura haríase por sí sola y sin sacudida, Fanny estaba advertida: hablaban de ello juntos, como de la muerte, de una fatalidad lejana; pero ineludible. Quedaba únicamente el gran disgusto que tendrían en su casa al saber que no vivía solo: la cólera de su padre, tan rígido y tan impetuoso.

Pero ¿cómo iban a saberlo? Juan no veía a nadie en París. A su padre «el cónsul», como le llamaban por allá, reteníale todo el año la vigilancia del dominio, muy considerable, que hacía prosperar, y sus rudas luchas con el viñedo. La madre, baldada, no podía sin ayuda dar un paso ni hacer un gesto, dejando a Divonne la dirección de la casa, el cuidado de las dos hermanitas gemelas, Marta y María, cuyo doble nacimiento, de sorpresa, acabó para siempre con sus fuerzas activas. En cuanto al tío Cesáreo, al marido de Divonne, era un niño grande, a quien no dejaban viajar solo.

Y con esto Fanny conocía a toda la familia. Cuando recibía una carta de Castelet, en cuya parte inferior las gemelas habían puesto con sus dedos pequeños unas letras muy gruesas, leíala por encima de su hombro, y se enternecía con él. En cambio, nada sabía él de su vida, no se informaba. Tenía el hermoso e inconsciente egoísmo de su juventud, sin celos, ni inquietudes de ningún género. Satisfecho con su propia vida, dejábala desbordarse, pensando en voz alta, entregándose por entero, mientras que la otra permanecía muda.

Y así todos los días; transcurrían las semanas en dichosa quietud, sólo turbada un momento por una circunstancia que los conmovió mucho, pero de diverso modo. Creyóse embarazada, y se lo dijo con tal alegría, que él no participó de ella. En realidad, tenía, miedo. Un hijo a su edad... ¿Qué iba a hacer con él?... ¿Debía reconocerlo?... ¡Qué lazo entre ellos dos, y qué complicación para el porvenir!

De improviso descubrió la cadena, pesada, fría y soldada. Por la noche, ni él ni ella durmieron; y el uno junto al otro en su cama de matrimonio, pensaban, abiertos los ojos, mediando mil leguas entre sus dos pensamientos.

Por fortuna, aquella falsa alarma no se renovó, y reanudaron su manera de vivir tranquila, cerrada herméticamente. Luego, terminado el invierno, la vuelta del verdadero sol embelleció más su casa, que se ensanchó con la azotea y el pabellón. Por la noche comían allí, bajo el cielo entonado de verde, que rayaba como un araño el silbido de las golondrinas.

La calle enviábales sus calientes bocanadas, y todos los rumores de las casas vecinas; pero el menor soplo de aire era para ellos, y pasábanse allí las horas muertas enlazados los muslos, sin ver ya. Juan recordaba noches pasadas a orillas del Ródano, soñaba consulados lejanos en países muy cálidos, puentes de navío en franquía, en que la brisa tendría ese largo soplo que estremecía la cortina del pabellón. Y cuando

una invisible caricia murmuraba en sus labios: «¿Me quieres...?» volvía siempre de muy lejos para contestar: «¡Oh! sí, te quiero...». Eso es lo que tiene el cogerlos tan jóvenes: tienen muchas cosas en la cabeza.

En el mismo balcón, separado del suyo por una verja de hierro guarnecida de plantas trepadoras, otra pareja se arrullaba: el señor y la señora Hettema, casados, gentes obesas cuyos besos sonaban como bofetones. Maravillosamente apareados, en conformidad de edades, de gustos, de pesadas aposturas, era conmovedor oír a los tales enamorados, ya en el fin de la juventud, cantar a dúo en voz baja, apoyándose en la balaustrada, antiguas romanzas sentimentales.

Pero le escucho, suspira en la sombra,  
Si esto es un sueño; dejadme dormir.

Agradaban a Fanny; hubiera querido conocerlos. Algunas veces las dos vecinas cambiaban por encima del ennegrecido hierro de la escalera una sonrisa de mujeres enamoradas y felices; pero los hombres, como siempre, continuaban afectando más tiesura, y no se hablaron.

Juan volvía de la calle de Orsay una tarde, cuando oyó que le llamaban en la esquina de la calle Real. Hacía una tarde admirable: con la caliente claridad París se desplegaba en esta esquina del boulevard, que al crepúsculo, a la hora del Bosque, es un espectáculo que no tiene en el mundo semejanza.

—Véngase acá, hermosa juventud, y beba usted, algo... me alegra los ojos verle a usted.

Dos robustos brazos le atraparon, sentáronle bajo las cortinas de un café que invadía la acera con tres hileras de mesas. Dejóse llevar, halagado al oír a su alrededor aquel público de provincianos, extranjeros, con chaquetas rayadas y sombreros hongos, que cuchicheaban curiosamente el nombre de Caoudal.

El escultor, sentado ante un vaso de ajeno que corría parejas con su apostura militar y su roseta de oficial, tenía a su lado al ingeniero Déchelette, recién llegado la víspera, siempre el mismo, curtido y cetrino, con sus pómulos salientes, sobre los que se veían sus ojillos bondadosos y su nariz de goloso que olfateaba a París. En cuanto el joven se sentó, Caoudal, exhibiéndolo con un furor cómico:

—¡Qué hermoso es este animal!... ¡Y decir que yo tuve su edad y el pelo rizado como él!... ¡Oh, la juventud, la juventud!

—¡Lo de siempre! —dijo Déchelette acogiendo con una sonrisa la manía de su amigo.

—Querido, no se ría usted... Todo lo que yo tengo, lo que soy, las medallas, las cruces, el Instituto, el terremoto lo daría por esos cabellos y esa cara de sol... — Luego, volviéndose a Gaussín con sus bruscos modales—: Y la Safo, ¿qué hace usted con ella?... No se la ve.

Juan abría los ojos sin comprender.

—¿Ya no está usted con ella? —Y ante su aturdimiento, Caoudal añadió con tono impaciente—: Sí, hombre, la Safo, veamos... Fanny Legrand... Ville d'Avray.

—¡Oh, aquello acabó hace mucho tiempo!

¿Cómo se le ocurrió esta mentira? Por cierta vergüenza y malestar que sintió al oír este nombre de Safo dado a su querida; por la turbación de hablar de ella con otros hombres, y acaso también por el deseo de saber de cosas que, sin esto, no le hubiera dicho.

—¡Calle, la Safo!... ¿Todavía corretea? —preguntó Déchelette distraído, entregado por completo a la embriaguez de volver a ver la escalera de la Magdalena, el mercado de las flores y la larga hilera de los boulevares entre dos filas de ramaje verde.

—¿No recuerda usted que estuvo en su casa el año pasado?... Estaba magnífica con su túnica de labradora egipcia... Y en una de estas mañanas de otoño, cuando me la encontré yo almorzando con este lindo mozo en casa de Langlois, hubiera usted creído ver una desposada de quince días.

—¿Qué edad tiene?... A juzgar por el tiempo que hace que se la conoce...

Caoudal alzó la cabeza para calcular. «¿Qué edad?... ¿Qué edad?... Vamos a ver; diecisiete años el 53, que fue cuando me servía de modelo para mi figura... estamos en el 73, conque eche usted la cuenta». De pronto, sus ojos se reanimaron: «¡Ah, si la hubieran ustedes visto hace veinte años... alta, delgada, la boca arqueada, pulida la frente!... Brazos y hombros un poco delgados aún, pero que sentaban muy bien para el ardor de Safo... Y la mujer, la querida... ¡Qué de cosas había en aquella carne de placer! ¡Cuánto se sacaba de aquel eslabón, con aquel teclado en que no faltaba ni una nota... toda la lira... como decía La Gournerie!».

Juan, muy pálido, preguntó: «¿Ése también ha sido su amante?».

—¿La Gournerie?... ¡Ya lo creo! Bastante sufrí yo por ello... Llevábamos cuatro años viviendo juntos como marido y mujer; cuatro años mimándola, esforzándome por satisfacer todos sus caprichos... maestros de canto, de piano, de equitación... ¡qué sé yo!... ¡Y cuando la pulí bien, la amasé, la tallé como una piedra preciosa, encontrada en el arroyo de donde yo la recogí una noche delante del baile Ragache, ese belitre pulidor de rimas vino a quitármela a mi casa, en la mesa amiga donde se sentaba convidado todos los domingos!

Respiró muy fuerte, como para expeler este rencor de antiguos amores, que vibraba todavía en su voz, y luego añadió más tranquilo:

—Pero su canallada no le aprovechó... Sus tres años de amancebamiento fueron un infierno. Este poeta, de aspecto modrego, era caprichoso, malo, maniático. ¡Había que ver cómo se tiraban de los pelos!... Cuando se iba a su casa, la encontraban con una venda en el ojo y a él con la cara llena de arañazos... Pero lo bueno fue cuando quiso dejarla. Agarrábase como una lapa, le seguía, forzaba su puerta, esperábale acostada sobre su jergón. Una noche, en pleno invierno, estuvo cinco horas abajo, en casa de la Farcy, a donde había ido toda la pandilla... Era una compasión... Pero el

poeta elegíaco era implacable, hasta el día en que para desembarazarse de ella hizo entrar en juego a la policía. ¡Oh! un cumplido caballero... Y como el acabóse y acción de gracias a esta muchacha, que le había dado lo mejor de su juventud, de su inteligencia y de su carne, la vació sobre la cabeza un tomo de versos rencorosos, babosos, llenos de imprecaciones, de lamentaciones. *El libro del amor...* su mejor libro.

Inmóvil e inclinada la espalda, escuchaba Gaussín, aspirando a sorbitos con una paja larga la bebida helada que estaba ante él. Algún veneno, a no dudar, que le servían y que le helaba desde el corazón hasta las entrañas.

Tiritaba a pesar del caluroso día; veía, en un retroceso pálido de las sombras que iban y venían una cubeta de riego parada delante de la Magdalena, y aquel entrecruzamiento de vehículos que rodaban sobre la blanda tierra silenciosamente como sobre engruate. Ya no había ruido en París ya no oía nada de lo que se decía en la mesa. Ahora Déchelette era el que hablaba, el que vertía el veneno.

—¡Qué cosa más atroz son esas rupturas!... —y su voz tranquila y burlona adoptaba una expresión de dulzura y compasión infinitas...—. Se ha vivido juntos, años; háse dormido el uno junto al otro; confundiendo sus sueños, su sudor. Se ha dicho todo, todo se ha dado. Se han adoptado costumbres, manera de ser, de hablar, hasta rasgos de las facciones uno de otro. Está uno cogido desde la cabeza hasta los pies... ¡El lío, en una palabra!... Después se separan bruscamente, se despegan... ¿Cómo lo hacen? ¿Cómo tienen ese valor?... Yo no podría nunca... Sí; engañado, ultrajado, manchado de ridículo y de lodo, la mujer lloraría, me diría «quédate», y no me iría... y he aquí por qué, cuando me llevo alguna, sólo es por una noche... No admito el día siguiente, como decía la antigua Francia... o para eso el matrimonio. Eso es definitivo y más decente.

—No hay día siguiente... no hay día siguiente... habla usted a sus anchas. Hay mujeres a las que no les basta una noche... Ésa por ejemplo...

—Yo no la di un minuto de gracia... —dijo Déchelette con una plácida sonrisa, que le pareció asquerosa al pobre amante.

—Entonces sería porque usted no era su tipo, sin lo cual... Es mujer que cuando ama se agarra... Le gusta vivir en familia... Por lo demás, no tiene suerte en sus instalaciones. Se enreda con Dejoie el novelista, y muere Dejoie... Con Ezano; se casa... Después le sucedió el hermoso Flamant, el grabador, el antiguo modelo — porque siempre ha tenido inclinación al talento o la belleza—, y ya sabéis qué espantosa aventura...

—¿Qué aventura?... —preguntó Gaussín con la voz ahogada y volviendo a aspirar su paja, escuchando el drama de amor que apasionó a París hace algunos años.

El grabador era pobre, estaba loco por esta mujer: y temiendo que le dejase, para sostener su lujo, hizo billetes de Banco falsos; descubriéronle casi inmediatamente, encarceláronle con su querida, y fue condenado a diez años de prisión preventiva y ella a seis meses en San Lázaro, hasta que se probó su inocencia.

Y Caoudal recordaba a Déchelette —que había seguido con atención el proceso— lo linda que estaba con su cofia de San Lázaro, lo animosa, sin llorar, fiel a su amante hasta el fin... Y su respuesta a aquel bolonio del presidente y el beso que envió a Flamant por encima de los tricornos de los gendarmes, gritándole con voz capaz de enternecer a las piedras: «¡No te aburras, dueño mío!... ¡Volverán los buenos tiempos, y nos amaremos todavía!»... Sin embargo, aquello había disgustado un tanto a la pobre muchacha de los amancebamientos.

—Luego, lanzada al mundo elegante, ha elegido amantes de un mes, de una semana, pero nunca artistas... ¡Oh! A los artistas les tiene un miedo... Yo era el único ¡ya lo creo! a quien ha seguido viendo... De vez en cuando venía a fumar su cigarrillo a mi taller. Después he pasado meses sin saber de ella hasta el día en que la volví a encontrar almorzando con este hermoso jovencuelo, comiendo uvas en su boca. Y pensé para mis adentros; ya está la Safo cogida de nuevo.

Juan no pudo escuchar más. Sentíase morir con todo el veneno que había aspirado. Después del frío que antes sintió, una quemazón le abrasaba el pecho, subía a su cabeza atontada y pronta a estallar como una plancha de hierro calentada hasta el rojo blanco. Atravesó la calle, tambaleándose entre las ruedas de los coches. Los conductores le gritaban. ¿Con quién querían disputar aquellos imbéciles?

Al pasar por el mercado de la Magdalena, turbóle un olor de heliotropo, el olor favorito de su querida; apresuró el paso para huir, y furioso, extenuado, pensaba en vez alta: «¡Mi querida!... sí, bonita basurera... Safo, Safo... ¡y decir que yo he vivido un año con eso!...». Repetía el nombre con coraje, recordando haberlo leído en los periodiquillos entre otros apodos de mujerzuelas, en el grotesco Almanaque-Gotha de la busconería; Safo, Cora, Caro, Friné, Juana de Poitiers, Foca...

Y con las cuatro letras de su mote odioso, toda la vida de esta mujer pasaba ante sus ojos como el desagüe de una letrina... El taller de Caoudal, las riñas en casa de La Gournerie, las guardias de noche entre las zahúrdas o sobre el jergón del poeta... Luego el hermoso grabador, las falsificaciones, el tribunal... y la gorrita de la cárcel que le sentaba tan bien, y el beso enviado al falsario: «No te aburras, dueño mío...». ¡Dueño mío! ¡El mismo nombre, la misma caricia que tenía para él!... ¡Ah! ¡Qué vergüenza!... ¡Ah! ¡Qué bonitamente iba a barrer todas aquellas porquerías!... Y siempre el mismo olor de heliotropo que le perseguía en un crepúsculo del mismo color lila pálido de la floreciila.

De pronto se apercibió que se estaba paseando por el mismo mercado, como por el puente de un buque. Empezó de nuevo su camino, llegó de una carrera a la calle de Amsterdam, muy decidido a echar a aquella mujer de su casa, a ponerla en la escalera sin más explicaciones, escupiéndola su apodo a la espalda. Delante de la puerta vaciló, reflexionó, dio algunos pasos más. Ella iba a gritar, a sollozar, soltando por la casa su vocabulario de la calle, como allá abajo, en la calle de la Arcada... ¿Escribir?... sí, eso es, era mejor escribir; ajustarla su cuenta en cuatro palabras muy feroces. Entró en una taberna inglesa, desierta y sombría, bajo los mecheros de gas



que se encendían, sentóse ante una mesa pegajosa, cerca del único consumidor, una mujerzuela que devoraba salmón ahumado, sin beber. Pidió un bock de cerveza inglesa, no lo probó siquiera, y empezó una carta. Pero se agolpaban muchas palabras en su cabeza, todas querían salir a la vez, y la tinta, descompuesta y borrosa, las trazaba lentamente a su capricho.

Despedazó dos o tres comienzos de carta, íbase ya sin escribir, cuando en voz baja, junto a él, una boca llena y voraz preguntó tímidamente: «¿No bebe usted?... ¿Me lo deja usted?...». Hizo un ademán de asentimiento. Arrojóse la mujer sobre el vaso, y lo vació de un trago, que demostraba la sed de aquella desdichada, que llevaba en el bolsillo lo justo para aplacar el hambre pero no para beber un poco de cerveza. Acometióle una conmiseración que lo apaciguó, haciéndole conocer pronto las miserias de la vida de la mujer, y empezó a juzgar con más humanidad, a razonar su desgracia.

Después de todo, ella no le había mentado; y si no sabía nada de su vida, era porque nunca se preocupó de saberlo. ¿Qué era lo que él la reprochaba?... ¿La estancia en San Lázaro?... ¡Pero si la habían absuelto, llevándola casi en triunfo a la salida!... Entonces, ¿qué? ¿Los otros hombres antes que él? ¿No lo sabía acaso?... ¿Por qué odiarla más, por ser conocidos, célebres, los nombres de esos amantes, por poderse encontrar con ellos, hablarles, mirar sus retratos en los escaparates? ¿Debía considerar como un crimen que hubiese preferido a estos hombres?

Y en lo íntimo de su ser, alzábase una vanidad mala, inconfesable, la de gozarla como aquellos grandes artistas, y decirse asimismo que ellos la hallaron bella. A su edad nunca se tiene certeza, nunca se sabe bien. Se ama la mujer, el amor; pero faltan los ojos y la experiencia, y el amante joven que os enseña un retrato de su querida, busca una mirada, una aprobación que le tranquilicen. La figura de la Safo parecíale engrandecida con una aureola desde que sabía que la cantó en sus versos *La Gournerie*, y la esculpió Caoudal en mármoles y bronces.

Pero acometido de furor, bruscamente, abandonó el banco en que su meditación lo había arrojado en uno de los boulevares exteriores en medio de los gritos de niños y las chismografías de mujeres de obreros, en aquella polvorosa noche de junio: y tornó a pasear y hablar en voz alta coléricamente... Era muy lindo el bronce de Safo... bronce de venta que está en todas partes; banal como una tocata de organillo, como esa misma palabra *Safo* que, a fuerza de rodar por los siglos, ha envilecido su primitiva gracia con leyendas inmundas, convirtiéndose, de nombre de diosa, ¡en etiqueta de una enfermedad!... ¡Qué asco daba todo aquello, Dios mío!...

Dejábase ir así, alternativamente, apaciguado o furioso en esta remoción de ideas y sentimientos contrarios. Oscurecióse el boulevard, quedándose desierto. Una insípida, acre emanación, vagaba en la caliente atmósfera, y reconoció la puerta del gran cementerio donde estuvo el año anterior, para asistir con toda la juventud a la inauguración del busto de Caoudal sobre la tumba de Dejoie, el novelista del barrio latino, el autor de *Cenderinette*. ¡Dejoie, Caoudal! ¡Qué extraño acento tenían para él

aquellos dos nombres desde dos horas antes, y qué embustera y lúgubre le parecía la historia del estudiante y de su amancebamiento, ahora que conocía sus tristes bajas, y sabía por Déchelette el feo apodo que se daba a estos casamientos de la calle!

Toda aquella sombra, más negra en la vecindad de la muerte, le asustaba. Volvió sobre sus pasos, rozando blusas que rondaban silenciosas como alas nocturnas, faldas sórdidas a la puerta de zahúrdas, cuyos deslustrados cristales destacaban grandes luces de linterna mágica por donde pasaban parejas abrazándose... ¿Qué hora sería? ... Sentíase quebrantado como un recluta al fin de la etapa, y de su aturdido dolor no le quedaba más que la lasitud en las piernas. ¡Oh! acostarse, dormir... y luego, al despertar, fríamente, sin cólera, diría a la hembra: «Oye, sé lo que eres... No es culpa tuya ni mía; pero ya no podemos vivir juntos. Separémonos...». Y para ponerse al abrigo de sus persecuciones iría a dar un abrazo a su madre y a sus hermanas, purificándose al viento del Ródano, en el libre y vivificante maestral, de las manchas y el terror de su pesadilla.

Habíase acostado, cansada de esperar, y dormía, cayéndola de lleno la luz del quinqué, con el libro abierto sobre las sábanas ante ella. Su llegada no la despertó, y de pie, junto al lecho, mirábala curioso como una mujer nueva, como una extraña que hubiese encontrado allí.

Hermosa, ¡oh! hermosa, los brazos, el pecho, las espaldas, de un ámbar fino, sólido, sin mancha ni hendidura. Pero sobre sus enrojecidos párpados —acaso la novela que leía, tal vez la inquietud de la espera— sobre sus facciones distendidas en el reposo, no animadas ya, por el acre deseo de la mujer que quiere ser amada, ¡cuánto cansancio había y cuántas confesiones! Su edad, su historia, sus mudanzas, sus caprichos, sus líos; y San Lázaro, los golpes, las lágrimas, los terrores, todo se veía, se exponía; y las maceraciones violáceas del placer y del insomnio, y el pliegue del hastío bajando su labio inferior, gastada, cansada como un brocal en que ha venido a beber todo el común de vecinos, y la incipiente hinchazón que afloja las carnes, preparándolas para las arrugas de la vejez.

Esta traición del sueño, y el silencio de muerte que le envolvía, era grandioso, era siniestro: un campo de batalla, por la noche, con todo el horror que se ve y el que se adivina en los vagos movimientos de la sombra.

Y de improviso acometió al pobre niño grande y sofocante deseo de llorar.

## IV

Acababan de comer con la ventana abierta ante el largo silbido de las golondrinas, que saludaban la caída de la tarde. Juan no hablaba, pero iba a hablar, y siempre de la misma cosa cruel que le perseguía, y con la que torturaba a Fanny, desde su encuentro con Caoudal. Ella, viendo sus ojos bajos y el tono fingidamente indiferente que adoptaba para nuevas preguntas, lo adivinó y le previno:

—Escucha; sé lo que vas a decirme... evitémoslo, te lo ruego... al fin se cansa una... puesto que todo eso ha muerto y no quiero a nadie más que a ti, puesto que para mí no hay nada más que tú en el mundo...

—Si estuviera muerto, como tú dices, todo ese pasado —y la miraba en el blanco de los ojos, de pupilas pardas, temblorosas, que cambiaban su tono de color a cada impresión— no guardarías cosas que te lo recuerdan... Sí, allá arriba, en el armario...

El color pardo se aterciopeló, haciéndose un negro de sombra.

—¡Ah! ¿Lo sabes?

Todo aquel fárrago de cartas de amor, de retratos, aquellos archivos galantes y gloriosos, salvados de tantas batallas, iba a ser preciso deshacerse de él.

—¿Y me creerás al menos?

Y ante una sonrisa incrédula que la desafiaba, corrió en busca del cofrecillo de laca, cuyos cincelados broches, metidos entre las pilas delicadas de su ropa blanca, habían intrigado tanto a su amante desde hace algunos días.

—Quema, rompe; es tuyo...

Pero no se daba él prisa en dar vuelta a la llavecita; miraba los cerezos con frutos de nácar sonrosado y los vuelos de cigüeñas incrustados en la tapa, que hizo saltar bruscamente... Todos los tamaños, todos los caracteres de letra, papeles de color con membrete dorado, antiguos billetes amarillentos rotos en los dobleces, notas hechas con lápiz sobre hojas de cartera, tarjetas en montón, sin orden, como en un cajón registrado y movido a menudo donde él mismo hundía sus trémulas manos.

—Vé dándomelos. Yo los quemaré a tu vista.

Hablaba febrilmente, acurrucada delante de la chimenea, con una bujía encendida, puesta en el suelo junto a ella.

—Dame...

Pero él dijo:

—No; espera...

Y más bajo, como avergonzado:

—Quisiera leer...

—¿Para qué? Vas a sufrir más...

No pensaba más que en su sufrimiento, y no en la falta de delicadeza que había, al entregar así los secretos de pasión, las confesiones hechas en la almohada por todos

aquellos hombres que la habían amado; y acercándose, de rodillas siempre leía a la par que él; espiábale de reojo.

Diez páginas, firmadas La Gournerie, 1861, con una letra larga y felina, en las cuales el poeta, enviado a Argelia para la crónica oficial y lírica del viaje del emperador y la emperatriz, hacía a su querida una deslumbradora descripción de las fiestas.

Argel desbordante y bullicioso, verdadero Bagdad de *Las mil y una noches*; África entera acudiendo, aglomerándose alrededor de la ciudad, golpeando sus puertas a pique de romperlas, como un simoun. Caravanas de negros y camellos cargados de goma, tiendas de piel enclavadas; un olor de almizcle humano sobre toda aquella banda de monos que vivaqueaba a orillas del mar, bailaba por la noche alrededor de grandes hogueras, se separaba todas las mañanas ante la llegada de los jefes del Sur, semejantes a Reyes Magos con la pompa oriental, las músicas discordes, flautas de caña, tamboriles broncos; y las tropas argelinas rodeando el estandarte tricolor del Profeta; y detrás, llevados de la brida por negros, los caballos destinados como regalo al *Emberour*<sup>[3]</sup>, con jaeces de seda y sillas de plata, agitando a cada paso cascabeles y bordados...

El genio del poeta hacía viviente y presente todo aquello: las palabras brillaban en la página, como esas piedras sin montura que sobre un papel blanco colocan y miran los joyeros. Verdaderamente podía enorgullecerse la mujer sobre cuya falda se echaban todas aquellas riquezas. Era preciso que la amasen, puesto, que, a pesar de la curiosidad de estas fiestas, el poeta no pensaba más que en ella, se moría por no verla.

«¡Oh, esta noche estaba yo contigo en el sofá de la calle de la Arcada! Tú estabas desnuda, estabas loca, gritabas de alegría bajo mis caricias, cuando me desperté sobresaltado, envuelto en un tapiz sobre mi azotea, en plena noche estrellada. El grito del muezzín subía de un minarete próximo, claro y límpido como una exhalación voluptuosa más que devota, y era tu voz la que yo oía también al despertar de mi sueño...».

¿Qué mal impulso le llevaba a continuar su lectura, a pesar de los horribles celos que palidecían el color de sus labios y contraían sus manos? Dulcemente, con mimo, procuraba Fanny recogerle la carta; pero la leyó, hasta el fin, y tras ésta otra, y luego otra, dejándolas caer a medida que las iba leyendo, con un gesto de desprecio, de indiferencia, sin mirar la llama que se avivaba en la chimenea con las efusiones líricas y apasionadas del gran poeta, y algunas veces, en el desbordamiento de este amor exagerado en la temperatura africana, el lirismo del amante manchábase con alguna grosera obscenidad de cuerpo de guardia, de que se hubieran mostrado sorprendidas y escandalizadas las mundanas lectoras del *Libro del amor*, de refinado espiritualismo, inmaculado como la cima de plata del Yungfrau.

¡Miseria del corazón! En estos pasajes era en los que Juan se detenía sobre todo, en estas manchas de la página, sin apercibirse de los estremecimientos nerviosos que agitaban sus facciones a cada instante. Hasta tuvo valor para reírse con esta postdata

que seguía al brillante relato de una fiesta de Aissaouas: «Vuelvo a leer mi carta... hay cosas que no están del todo mal: guárdala aparte; podría servirme de ella...».

—Un caballero que no dejaba de aprovechar nada —dijo pasando a otra página de la misma letra, en la que con el tono helado del hombre de negocios, La Gournerie reclamaba una colección de canciones árabes y un par de babuchas de paja de arroz. Era la liquidación de sus amores. ¡Ah! Ése supo marcharse; era fuerte aquel hombre.

Y sin detenerse, Juan continuaba desecando aquel pantano, del que surgía un hálito cálido e insalubre. Al llegar la noche, puso la vela sobre la mesa y siguió leyendo billetes muy cortos, y visiblemente trazados como con punzón por dedos demasiado gruesos que a cada momento, en un arranque de deseo o de cólera, agujereaban o desgarraban el papel. Eran los primeros tiempos de sus relaciones con Caoudal, citas, cenas, giras campestres, luego enfados, suplicantes reconciliaciones, gritos, injurias innobles y bajas de obreros, interrumpidas con chuscadas, frases chistosas, reproches sollozados, toda la debilidad del gran artista puesta al desnudo ante la ruptura y el abandono.

Cogía esto la lumbre, y prolongaba sus llamas, en que humeaban y se tostaban la carne, la sangre y las lágrimas de un hombre de genio; pero ¿qué le importaba a Fanny, absorta en su amante joven, a quien observaba, y cuya ardiente fiebre la quemaba a través de sus vestidos? Acababan de encontrar un retrato a pluma, firmado por Gavarni, con esta dedicatoria: *A mi amada Fanny Legrand, en una posada de Dampierre, un día que llovía*. Una cabeza inteligente y dolorida, con los ojos hundidos, cierta expresión de una cosa amarga y desolada.

—¿Quién es éste?

—Andrés Dejoie... Lo guardaba por la firma.

Dijo un «Guárdalo, eres muy dueña», tan forzado, tan infeliz, que cogió ella el dibujo, echólo al fuego hecho una pelota, mientras que él se absorbía en la correspondencia del novelista, una desconsoladora serie, fechada en playas de invierno, en establecimientos balnearios donde el escritor, enviado allí por su falta de salud, desesperábase por su miseria física y moral, perforándose el cráneo para encontrar una idea lejos de París, y mezclaba con pedidos de medicinas, recetas e inquietudes de dinero o de profesión, envíos de pruebas de imprenta, de pagarés renovados, y siempre el mismo grito de deseo y de adoración para aquel hermoso cuerpo de la Safo que le prohibían los médicos.

Juan, rabioso y cándido, murmuraba:

—¿Pero qué les dabas a todos para estar así contigo?...

Éste era para él único significado de aquellas cartas desoladas, en que se confesaba el desarreglo de esas existencias gloriosas que envidian los jóvenes y con las que sueñan las mujeres románticas... Sí: ¿qué les daba a todos? ¿Qué les hacía beber...? Experimentaba el atroz sufrimiento del hombre agarrotado que ve ultrajar en su presencia a la mujer que ama; y sin embargo, no podía resolverse a vaciar de un golpe y a ojos cerrados el fondo de aquella caja.

Ahora tocábale el turno al grabador, que, miserable, desconocido, sin más celebridad que la de la *Gaceta de los Tribunales*, no debía su sitio en el relicario más que al grande amor que por él sintieron. Deshonrosas eran aquellas cartas fechadas en Mazas, y estúpidas, torpes, sentimentales como las del soldado a su novia del pueblo. Pero sentíase en ellas, a través de los calcos de novela, un acento sincero en la pasión, un respeto a la mujer, un olvido de sí mismo que distinguía de los otros a aquel presidiario; así, cuando pedía perdón a Fanny por el crimen de haberla amado mucho, o cuando desde la escribanía mayor del Palacio de Justicia, inmediatamente después de su sentencia, escribía su regocijo al saber que su querida estaba absuelta y libre. No se quejaba de nada; había tenido al lado suyo, gracias a ella, dos años de una dicha tan completa, tan profunda, que el recuerdo bastaría para llenar su vida, alentar el horror de su suerte, y terminaba pidiéndola un favor:

«Ya sabes que tengo en mi tierra un niño cuya madre ha muerto hace mucho tiempo; vive en casa de una parienta anciana, en un rincón tan olvidado, que no sabrán allí nada de lo que ha sucedido. El dinero que me quedaba se lo he enviado, diciendo que me marchaba muy lejos de viaje, y cuento contigo, mi buena Nini, para que de vez en cuando te informes de ese niño infeliz y me des noticias tuyas...».

Como prueba del interés de Fanny, venía después una carta de agradecimiento y otra muy reciente, que apenas tenía seis meses de fecha.

«¡Oh, qué buena has sido con venir a verme!... ¡Qué hermosa estabas, qué bien olías ante mi traje de preso, de que me daba tanta vergüenza!...».

Y Juan se interrumpió furioso:

—¿De manera que sigues viéndole?

—Muy de tarde en tarde, por caridad...

—¿Hasta cuando estabas conmigo?

—Sí, una vez, una sola en el locutorio... no se les ve más que allí.

—¡Ah, eres una buena muchacha!...

La idea de que, a pesar de sus amores, visitaba a este falsario, exasperábale más que nada. Era muy orgulloso para decirlo; pero un paquete de cartas, el último, atado con una cinta azul, sobre caracteres finos e inclinados, una letra de mujer, desencadenó toda su cólera.

«Cambio de túnica después de la carrera de carros... ven a mi cuarto...».

—¡No, no... no leas eso!...

Y saltó sobre él, arrancóle y tiróle al fuego todo el legajo, sin que él comprendiera al pronto, ni aun al verla de rodillas, enrojecida por el reflejo de la llama y la vergüenza de su confesión.

—Yo era joven; Caoudal tiene la culpa... ese loco... Yo hacía lo que él quería.

Sólo entonces comprendió; púsose muy pálido.

—¡Ah, sí... Safo... toda la lira!...

Y rechazándola con el pie, como a una bestia inmundada:

—Déjame, no me toques; me levantas el estómago.

Se ahogó un grito en un espantoso crujido de trueno prolongado e inmediato a ellos, al par que un vivo resplandor iluminaba el cuarto... ¡Fuego!... Irguióse ella aterrada, cogió maquinalmente la jarra que estaba sobre la mesa, y la vertió sobre aquel montón de papeles, cuya llama abrasaba el hollín del último invierno; luego la botella de agua, los cántaros; y al verse impotente, volando ya las pavesas hasta el centro del cuarto, corrió al balcón gritando: «¡Fuego, fuego!».

Los Hettema llegaron los primeros, después el portero, los guardias de orden público. Gritaban unos:

—¡Bajar la placa... subir al tejado... agua, agua... no, una manta!

Asustados miraban su domicilio invadido y manchado: luego, terminada la alarma y apagado el fuego, cuando abajo se deshizo el negro gentío bajo los mecheros de gas de la calle, tranquilizados los vecinos y vueltos a su piso, los dos amantes, en medio de aquel lodazal de agua, hollín y barro, de muebles derribados y mojados, sintiéronse descorazonados y cobardes, sin fuerzas para reanudar la querrela ni limpiar el cuarto a su alrededor. Algo siniestro y bajo acababa de entrar en su vida, y aquella noche, olvidando sus antiguas repugnancias, fuéronse a dormir a la casa de huéspedes.

El sacrificio de Fanny no debía servir para nada. De aquellas cartas desaparecidas, quemadas, frases enteras recordadas de memoria, turbaban la imaginación del enamorado, subíansele al rostro en oleadas de sangre, como ciertos pasajes de malos libros. Y aquellos antiguos amantes de su querida eran casi todos hombres célebres. Los muertos sobrevivían; y de los vivos veíanse sus retratos y sus nombres en todas partes, hablábase de ellos delante de él, y siempre experimentaba un malestar como el del lazo de familia roto dolorosamente.

Afinábale el mal, la imaginación y los ojos, y pronto llegó a encontrar en Fanny la huella de las influencias primeras, y las frases, las ideas, las costumbres que de ellas conservó. Aquella manera de adelantar el pulgar como para modelar y amasar el objeto de que hablaba con un «¿No lo ves desde aquí?...» pertenecía al escultor. De Dejoie pegósele la manía de los finales de frase y las coplas populares cuya colección publicó, colección célebre en todos los puntos de Francia; a La Gournerie tomóle su entonación altanera y desdeñosa, la severidad de sus juicios acerca de la literatura moderna.

Todo esto se lo había asimilado, sobreponiendo lo más diverso, por ese mismo fenómeno de estratificación que permite conocer la edad y las revoluciones de la tierra en sus diferentes capas geológicas, y acaso no era tan inteligente como se lo figuró en un principio. Pero no era de la inteligencia de lo que se trataba: tonta como ninguna, vulgar y con diez años más de vejez, hubiérale aprisionado lo mismo por la fuerza de su pasado, por aquellos celos bajos que le roían, y cuyas irritaciones y rencores no callaba ya, estallando a cada paso contra todos.

Las novelas de Dejoie ya no se vendían; toda la edición andaba por la calle a veinticinco céntimos. Y ese viejo loco de Caoudal, empeñado en amores a su edad...

«¿Sabes que ya no tiene dientes?... Le estuve observando cuando almorzó en Ville-d'Avray... Come, como las cabras, con la parte de delante de la boca». También se acabó el talento. ¡Qué caída su Fauna, en la última Exposición! «No se sostenía aquello...». Frase que había aprendido de ella. «Aquello no se sostenía...» y que ella misma aprendió del escultor. Cuando la emprendía así con uno de sus rivales del pasado, Fanny le hacía coro para agradarle; era cosa de oír aquel mozalbete, ignorante del arte, de la vida, de todo, y aquella mujerzuela superficial, frotada por un poco de talento de estos artistas famosos, juzgándolos altaneramente, condenándolos con tono doctoral.

Pero el íntimo enemigo de Gaussín era Flamant, el grabador. De éste sabía únicamente que era muy guapo, rubio como él, que le decían «dueño mío», que iban a verle a escondidas, y que cuando lo atacaba como a los otros llamándole «El presidiario sentimental» o «El lindo preso», Fanny volvía a otra parte la cabeza sin contestar. Pronto acusó a su querida de ser indulgente con aquel bandido, y tuvo que explicárselo dulcemente, pero con cierta firmeza.

—Bien sabes que ya no le amo, Juan, puesto que te amo a ti... Ya no voy allá abajo, no contesto a sus cartas; pero nunca me harás hablar mal del hombre que me ha adorado hasta la locura, hasta el crimen... —A este acento de franqueza, lo mejor que ella tenía, Juan no protestaba, pero sufría con un odio celoso, aguzado de inquietud, que le hacía volver a la calle de Amsterdam, a medio día, para sorprenderla. «¡Si hubiera ido a verle!».

La encontraba siempre allí, casera, inactiva en su morada pequeña como una mujer del Oriente, o bien sentada al piano, dando una lección de canto a su gruesa vecina, la señora Hetteema. Habíanse relacionado desde el día del fuego con aquellas buenas gentes, plácidas y pictóricas, que vivían en una corriente de aire perpetua, con las puertas y ventanas abiertas de par en par.

El marido, dibujante en el Museo de Artillería, traía trabajo a su casa, y cada noche de la semana, y los domingos todo el día, veíasele inclinado sobre una ancha mesa de caballete, sudando, soplando en mangas de camisa, sacudiendo éstas para que corriera el aire, y barbudo con vello hasta en los ojos. Junto a él su obesa mujer, en chambra, se aireaba también, aunque no trabajase nunca en nada; y para refrescarse la sangre, empezaban de vez en cuando uno de sus dúos favoritos.

Pronto reinó intimidad entre los dos menajes. Por la mañana, a eso de las diez, la fuerte voz de Hetteema gritaba delante de la puerta: «¿Está usted listo, Gaussín?». Y hallándose hacia el mismo lado sus oficinas, hacían el trayecto juntos. Muy pesado, muy vulgar, colocado algunos grados sociales más bajo que su joven camarada, el dibujante hablaba poco, tartamudeaba como si hubiera tenido tanta barba dentro de la boca como en las mejillas, pero conocíasele su hombría de bien, y el desarreglo moral de Juan necesitaba aquel contacto. Le interesaba esta amistad, sobre todo a causa de su querida, que vivía en una soledad poblada de recuerdos y pesares, más peligrosos tal vez que las relaciones a que había renunciado voluntariamente y que encontraba



en la compañía de la señora Hettema, sin cesar preocupada de su marido y de la golosina de sorpresa que pensaba hacerle para la comida, de la nueva romanza que le cantarían a los postres, y era, en fin, una relación de amistad honrada y sana.

Sin embargo, cuando se estrechó el afecto hasta el punto de los convites recíprocos, acometióle un escrúpulo. Estas gentes debían creerlos casados; su conciencia repugnaba la mentira, y encargó a Fanny que advirtiera a la vecina, para que no hubiese engaño. Hízola reír mucho esto... ¡Pobre nene! ¡Él era el único capaz de tales inocentadas!... «¡Pero si ni por un minuto han creído que estábamos casados!... ¡Y bastante les importa esto!... ¡Si tú supieras adónde ha ido él a buscar a su mujer!... Todo lo que yo he hecho son tortas y pan pintado, comparándome con ella. No se ha casado más que por tenerla para él solo, y ya ves que el pasado no le molesta lo más mínimo...».

No volvía él de su sorpresa. Era, pues, una zorra vieja aquella buena mujer de ojos claros, de risita de niña en sus facciones, de carne tierna, de provincialismos rezagados, y para la cual ninguna romanza era bastante sentimental, ninguna frase bastante escogida; ¡y él, el hombre, tan tranquilo, tan cierto de su bienestar amoroso! Mirábale andar a su lado, con la pipa en los dientes, con aspiraciones cortas de beatitud, mientras que él pensaba siempre en el ayer, se ahogaba con su impotente rabia.

—Eso se te pasará, dueño mío... —decíale Fanny dulcemente en las horas en que se dice todo; y le apaciguaba, tierna y encantadora como el primer día, pero con cierto abandono que Juan no sabía cómo definir.

Era la apostura más libre y la manera de expresarse, la conciencia de su poder, confianzas extrañas que él no pedía acerca de su vida pasada, sus antiguos excesos, sus locas curiosidades. Ya no se privaba de fumar; arrollaba entre sus dedos, dejaba encima de todos los muebles el eterno cigarrillo que envilece los días de las mujercuelas, y en sus discusiones emitía, acerca de la vida, la infamia de los hombres, la tunantería de las mujeres, las teorías más cínicas. Hasta sus ojos cambiaban de expresión, entorpecidos como con una emanación de agua estancada, por la que pasaba el relámpago de una risa libertina.

Y la intimidad de su ternura se transformaba asimismo. Mostrábase al principio reservada con la juventud de su amante, cuya primera ilusión respetaba; pero luego la mujer no se molestó, después de haber visto en aquel niño el efecto que había producido su pasado bruscamente descubierto, la fiebre palúdica que hizo arder su sangre. Y las pervertidas caricias contenidas por tanto tiempo; todas aquellas palabras de delirio que, apretando los dientes, detuvo al paso, dábales suelta ahora, instalándose y entregándose en su plenitud de cortesana enamorada y experta en toda la horrible gloria de Safo.

Pudor, reserva, ¿para qué? Todos los hombres son iguales, hidrófobos de vicio y corrupción; aquel niño lo mismo que los otros. Cebarlos con lo que les gusta, es siempre el mejor medio de conservarlos. Y lo que sabía, aquellas depravaciones del

placer que la inocularon, Juan lo aprendió a su vez para enseñárselo luego a otras más tarde. Así va el veneno, se propaga, quemadura del cuerpo y del alma, semejante a las antorchas de que habla el poeta latino y que corrían de mano en mano por el estadio.

## V

En su cuarto, al lado de un hermoso retrato de Fanny, hecho por James Tissot, resto del naufragio de los antiguos esplendores de la cortesana, había un paisaje del Mediodía, negro y blanco, hecho groseramente al sol por un fotógrafo de campo.

Una costa pedregosa, que escalaban los viñedos, apuntalada con peñascos de piedra, y luego en lo alto, detrás de las hileras de cipreses contra el viento del Norte, acortándose con un bosque de pinos y mirtos claros de reflejo, la gran casa blanca, entre granja y castillo, de ancha escalinata, techumbre italiana, puertas blasonadas, que continuaban las rojas paredes de la *masía* provenzal, los percheros para los pavos reales, el pesebre para los ganados, el vano negro de los cobertizos, abierto sobre los lucientes de los arados y de los rastrillos. La ruina de antiguas murallas, una torre enorme recostada sobre un cielo sin una nube, dominándolo todo con algunos tejados y el campanario romano de Châteauneuf des Papes, donde los Gaussín d'Armandy habían vivido siempre.

Castelet, cercado y posesión, rico con sus famosos vinos como los de la Nerta y de l'Ermitage, transmitíase de padre a hijo, indiviso entre todos los herederos, pero siempre haciéndolo prosperar el menor por esa tradición de familia que enviaba al mayor a los consulados. Desdichadamente la naturaleza opónese a menudo a estos proyectos; y si hubo alguna vez un ser incapaz de dirigir una posesión o de dirigir la más mínima cosa, éste fue ciertamente Cesáreo Gaussín, a quien incumbía a los veinticuatro años tan pesada responsabilidad.

Libertino, parroquiano de garitos y andador de malos pasos en los pueblos, Cesáreo, por otro mote el *Fénat*, el tuno, el bribón, para conservarle su apodo de la juventud, acentuaba ese tipo contradictorio que aparece de vez en cuando en las familias más austeras, de la que es como válvula de escape.

En algunos años de incuria, de dilapidaciones imbéciles, de ruletas desastrosas en los casinos de Aviñón y de Frange, vióse el cercado hipotecado, secas las bodegas de reserva, vendidas por adelantado las cosechas futuras; luego un día, en vísperas de un embargo definitivo, el *Fénat* imitó la firma de su hermano, hizo tres letras pagaderas en el consulado de Shang-Hai, confiando en que antes del vencimiento encontraría dinero para recogerlas; pero llegaron con toda regularidad a su hermano, con una carta desesperada confesando la ruina y la falsificación. El cónsul acudió a Châteauneuf, puso remedio a esta situación desesperada, con ayuda de sus economías y la dote de su mujer, y viendo la incapacidad del *Fénat*, renunció a la carrera, que sin embargo abríase brillante para él, y se hizo simplemente viticultor.

Aquél era un verdadero Gaussín, tradicional hasta la manta, violento y tranquilo a la manera de los volcanes apagados que guardan siempre amenazas y reservas de erupción, y con todo ello laborioso y muy entendido en la labranza. Merced a él, Castelet prosperó, se engrandeció con otras tierras hasta el Ródano, y como las suertes humanas van siempre acompañadas, vino al mundo Juanito bajo los mirtos de

la posesión. En este transcurso de tiempo, el *Fénat* vagaba por la casa, abrumado por el peso de su falta, atreviéndose apenas a levantar los ojos para mirar a su hermano, cuyo despreciativo silencio le desesperaba; no respiraba más que en los campos, de caza, de pesca, cansando su disgusto con ineptas ocupaciones, recogiendo caracoles, cortándose soberbios bastones de mirto o de caña, y almorzando solo fuera de casa, con un espetoncillo de asador, picazas que él mismo cocía ante un fuego de raíces de olivo en medio del erial. Por la noche, al regresar a comer a la mesa fraterna, no pronunciaba una palabra a pesar de la indulgente sonrisa de su cuñada, que compadecía al desdichado y le proveía de dinero para el bolsillo a hurtadillas de su marido, que era muy riguroso con el *Fénat*, menos por sus tonterías pasadas que por las que pudiese cometer; y en efecto, remediada la gran locura primera, vióse sometido a nueva prueba de orgullo del mayor de los Gaussín.

Tres veces a la semana venía a coser a jornal a Castelet una linda muchacha hija de unos pescadores, Divonne Abrieu, nacida en el mimbreral a la orilla del Ródano, verdadera planta fluvial de talle flexible y largo. Bajo su *catalana* de tres piezas, que encerraba sus cabellos, y cuyas bridas echadas hacia atrás, dejaban admirar la juntura del cuello, ligeramente sombreado como el rostro, hasta los delicados nevados del seno y de los hombros, hacía pensar en alguna *dona* de las antiguas cortes de amor que se celebraron antaño en los alrededores de Châteauneuf, en Courthezón, y en Vacqueiras, en aquellos viejos torreones cuyas ruinas se desparramaban por las colinas.

Este recuerdo histórico no entró para nada en el amor de Cesáreo, alma sencilla, ajena a ideales y lectura; pero siendo bajo de cuerpo, le gustaban las buenas mozas y se enamoró desde el primer día. El *Fénat* era práctico en estas aventuras aldeanas; una contradanza en el baile del domingo, un regalo de casa y luego, al primer encuentro en el campo, el brutal ataque, tumbándola boca arriba sobre el espliego o la encarnadura. Pero aconteció que Divonne no bailaba, que devolvió la caza a la cocina y que, sólida como uno de esos álamos de la ribera blancos y flexibles, tiró rodando al seductor a diez pasos de ella. Desde entonces mantúvole a distancia con la punta de las tijeras colgantes de su cintura en un llavero de acero, volvióle loco de amor hasta tal punto que habló de casarse con ella, y se confió a su cuñada. Ésta, conociendo a Divonne Abrieu desde la infancia, sabiendo que era seria y delicada, parecióle en lo íntimo de su corazón que este casamiento desigual sería quizás la salvación del *Fénat*, pero el orgullo del cónsul sublevábase ante la idea de un Gaussín casándose con una campesina. «Si Cesáreo hace eso, no vuelvo a verle...». Y cumplió su palabra.

Casado Cesáreo, salió de Castelet, yéndose a vivir a orillas del Ródano a casa de los padres de su mujer, con una corta renta que le señaló su hermano y que le llevaba todos los meses la indulgente cuñada. Juanito acompañaba a su madre en estas visitas, encantado con la cabaña de los Abrieu, especie de rotonda ahumada, sacudida por la tramontana y el maestral y a la que sostenía una viga única y vertical como un

mástil. La puerta abierta cerraba la pequeña bahía donde estaban las redes puestas a secar, y donde lucía y bullía el azogue y el nácar de las escamas; abajo, dos o tres lanchones flotando y chirriando sobre sus amarras, y el gran río alegre, ancho, luminoso, refluyendo con el viento contra sus islas, en que había espesuras de un verde pálido. Y desde pequeño, Juan educaba allí su afición a los viajes lejanos y al mar, que todavía no había visto.

Este destierro del tío Cesáreo duró dos o tres años, y no hubiese terminado nunca tal vez a no ser por un acontecimiento de familia, el nacimiento de las dos gemelas, Marta y María. La madre cayó enferma a consecuencia de este doble parto, y Cesáreo y su mujer tuvieron permiso para venir a verla. La reconciliación de los dos hermanos siguió a esto, sin razonar; instintiva, por la omnipotencia de la misma sangre: el matrimonio vivió en Castelet, y como una incurable anemia, complicada a poco con la gota reumática, inmovilizara a la pobre madre, Divonne vióse encargada del cuidado de la casa, de velar por el alimento de los niños y el personal numeroso, de ir a ver a Juan dos veces a la semana al colegio de Aviñón, sin contar con que el cuidado de la enferma la reclamaba a todas horas.

Mujer de orden y de entendimiento, suplía la instrucción que le faltaba con su inteligencia, su disposición de campesina, los retazos de estudios que quedaban en el cerebro del *Fénat* domado y disciplinado. El cónsul descansaba en ella de todos los gastos de la casa, cuenta muy enojosa por las crecientes cargas y las rentas que disminuían de año en año, por roer las vides la filoxera. Toda la llanura estaba atacada de este mal, pero el cercado resistíase aún, y ésta era la preocupación del cónsul: salvar el cercado a fuerza de investigaciones y de experimentos.

Aquella Divonne Abrieu, que permanecía fiel a sus cofias, a su traje de artesana, y conservaba tan modestamente su puesto de ama de gobierno, de señora acompañanta, defendió la casa de la estrechez en aquellos años de crisis, rodeando a la enferma de los mismos costosos cuidados, educando a las niñas cerca de su madre como unas señoritas, pagando regularmente la pensión de Juan, primero en el Liceo, luego en Aix, donde terminó sus estudios de Derecho, y, por último, en París, adonde fue a concluirlos.

Todos, incluso ella misma, ignoraban por qué milagros de orden y de vigilancia consiguió esto. Pero cada vez que Juan pensaba en Castelet, y alzaba la vista hacia la fotografía, de pálidos reflejos, de borrosa luz, la primera figura evocada, el primer nombre que pronunciaba era el de Divonne, la campesina de gran corazón que veía oculta detrás del castillo señorial, sosteniéndolo en pie por el esfuerzo de su voluntad. Desde algunos días antes, desde que sabía lo que era su querida, evitaba pronunciar aquel nombre venerado ante ella, así como tampoco el de su madre ni el de ninguno de los suyos; hasta incomodábale ver la fotografía, viéndola fuera de su sitio, mal colocada, perdida en aquella pared, encima de la cama de Safo.

Un día, al regresar a la hora de comer, hallóse sorprendido viendo tres cubiertos, en lugar de dos, y sorprendióle más aún encontrar a Fanny jugando a las cartas con un

hombrecillo a quien al principio no reconoció; pero que al volverse le enseñó los ojos claros de cabra montés, la gran nariz de conquistador, en su rostro pequeño y curtido, el cráneo calvo y la barba de confederado del tío Cesáreo. Al grito de su sobrino, contestó sin dejar las cartas:

—Ya ves que no me aburro; juego una brisca con mi sobrina.

¡Su sobrina!

¡Y Juan trataba de ocultar tan cuidadosamente sus amores a todo el mundo! Esta familiaridad le disgustó, y las cosas que Cesáreo le dijo en voz baja mientras que Fanny se ocupaba de la comida:

—Mi enhorabuena, pequeño... los ojos... los brazos... un bocado de rey.

Mucho peor fue cuando, en la mesa, el *Fénat* empezó a hablar sin reserva alguna de los negocios de Castelet, de lo que le traía a París.

El pretexto del viaje era un dinero que tenía que cobrar, ocho mil francos que prestó en otra época a su amigo Courbebaisse, y que no contaba ya con recuperar, cuando una carta del notario le había noticiado la muerte de Courbebaisse ¡*carape!* y el reembolso de los ocho mil francos, que estaban a su disposición. Pero el verdadero motivo —porque hubieran podido girarle este dinero— «el verdadero motivo, es la salud de tu madre, hijo...; desde hace algún tiempo se debilita mucho, y a veces pierde la cabeza; se la olvida todo, hasta el nombre de las niñas. La otra noche salía tu padre de su cuarto, y preguntó ella a Divonne quién era aquel buen señor que venía a verla tan a menudo. Hasta hoy nadie más que la tía se ha apercibido de esto, y no me ha hablado de ello más que para decidirme a venir para consultar a Bouchereau acerca del estado de la pobre mujer a quien curó en otro tiempo».

—¿Ha habido ya locos en vuestra familia? —preguntó Fanny con tono doctoral y grave, su tono de La Gournerie.

—Nunca —dijo el *Fénat*, añadiendo con una sonrisa maliciosa, abierta hasta las sienes, que él había estado algo loco en su juventud...—. Pero mi locura no disgustaba a las damas, y no hubo necesidad de encerrarme.

Mirábalos Juan, afligido. Al pesar que le causaba la triste noticia, uníase un malestar que le oprimía oyendo a aquella mujer hablar de su madre, de sus enfermedades, de edad crítica, con el desembarazado lenguaje y la experiencia de una matrona, apoyando los codos en el mantel y haciendo un cigarrillo. Y el otro, charlatán, indiscreto, se abandonaba, decía los secretos íntimos de la familia.

—¡Ah, las viñas, las viñas están perdidas!... Y el mismo coto no tenía vida para mucho tiempo: la mitad de las cepas estaba ya devorada, y el resto sólo se conservaba por milagro, cuidando cada racimo, cada grano como si fueran niños enfermos, con drogas que costaban muy caras. Lo terrible era que el cónsul se empeñaba siempre en plantar nuevas cepas, que atacaba al gusano, en lugar de dejar para el cultivo de los olivos y alcaparros todo aquel buen terreno, ahora inútil y cubierto de pámpanos leprosos y quemados.

Afortunadamente conservaba él, Cesáreo, algunas hectáreas a orillas del Ródano,

las que cuidaba por inmersión, brillante descubrimiento aplicado sólo a los terrenos bajos. Animábase una buena cosecha que había obtenido ya, de un vinillo no muy alto, «vino de ranas», como le llamaba el cónsul con desdén; pero *Fénat* se aferraba a su idea, y con los ocho mil francos de Courbebaisse iba a comprar la Piboulette.

—¿Sabes, pequeño? La primera isla del Ródano por bajo de los Abrieu...; pero esto quede aquí entre nosotros: no hace falta que en Castelet sospechen nada todavía.

—¿Ni tampoco Divonne, tío? —preguntó Fanny sonriendo...

Al nombre de su mujer, los ojos del *Fénat* se humedecieron.

—¡Ah! Divonne, no hago nada sin ella. Además, tiene fe en mi idea, y sería muy dichosa si su pobre Cesáreo rehiciera la fortuna de Castelet, después de haber empezado su ruina.

Juan tembló: ¿iría a hacer una confesión, y a contar aquella lamentable historia de las falsificaciones? Pero el Provenzal, entregado por completo a su ternura por Divonne, había empezado a hablar de ella, de la felicidad que le procuraba. Y añádase a esto lo hermosa que era, lo bien construida.

—Tome usted, sobrina; usted que es mujer, debe ser inteligente en esto.

Y la entregaba un retrato tarjeta que sacó de su cartera, y del que no se separaba nunca.

En el acento filial de Juan cuando hablaba de su tía, en los consejos maternos de la campesina, escritos con torpe letra, un poco temblona, Fanny habíase figurado que ésta era una de esas aldeanas de pañoleta, de la provincia de Seine-et-Oise, y quedóse sorprendida ante aquel lindo rostro de líneas puras, esclarecido por la estrecha cofia blanca, y ante el cuerpo elegante y flexible de una mujer de treinta y cinco años.

—Muy hermosa es, en efecto —dijo mordiéndose los labios y con una entonación particular.

—¡Y un armazón! —agregó el tío, que gustaba de sus símiles.

Pasaron luego al balcón. Después de un caliginoso día, de resultados del cual el zinc del pabellón quemaba todavía al tacto, una nube errante vertía una lluvia fina de regadera, que refrescaba el aire, goteaba alegremente sobre los tejados y rebotaba en las aceras. París se sonreía bajo este aguacero, y el ir y venir del gentío, los coches, todo ese rumor ascendente, embriagaba al provinciano, removía en su cabeza, hueca y movable como un cascabel, recuerdo de juventud, una residencia de tres meses que realizó, treinta años antes, en casa de su amigo Courbebaisse.

—¡Qué jarana, hijos míos, qué hazañas!... —Y refirió su entrada en el Prado una noche del tercer jueves de Cuaresma<sup>[4]</sup>, Courbebaisse, disfrazado de Chicard, y su querida la Mornas, de vendedora de coplas; un disfraz que la dio suerte, porque llegó a ser más adelante una celebridad de los cafés cantantes. Él mismo, el tío, daba el brazo a una arrapieza del barrio, a la que llamaban Película... Y completamente rejuvenecido, reíase desde la boca hasta las orejas, tarareaba compases de baile, y bailaba con su sobrina a este compás. A las doce, cuando los dejó para regresar al hotel Cujas, el único que conocía en París, cantaba a gritos por la escalera, enviaba

besos a su sobrina, que le alumbraba, y gritaba a Juan:

—¡Oye, ten mucho ojo!...

En cuanto se marchó, Fanny cuya frente conservaba una arruga de preocupación, pasó vivamente a su tocador, y por la puerta entreabierta, mientras que Juan se acostaba, empezó a decirle con indolente voz: «Oye, tu tía... es muy bonita, ya no me sorprende que hablaras de ella tan a menudo... Debéis haberle hecho llevar un lindo peso a ese pobre *Fénat* en la cabeza... tiene cara de eso...».

Protestaba él con toda su indignación... ¡Divonne! que había sido para él una segunda madre, que cuando pequeño le cuidaba, le vestía... Ella, que le había salvado en una enfermedad de muerte... No; jamás le acometería la tentación de semejante infamia.

—Vaya, vaya —continuaba diciendo la voz estridente de la mujer, con las horquillas entre los dientes—; no me harás creer nunca que con aquellos ojos y el hermoso armazón de que hablaba ese imbécil, su Divonne haya podido vivir sin un deseo junto a un lindo rubio, de cutis de mujer, como tú... Escucha; las de las orillas del Ródano y las de otra parte, todas somos lo mismo.

Lo decía con convicción, creyendo su sexo entero fácil a todo capricho y vencido desde el primer deseo.

Él se defendía; pero turbado, interrogando sus recuerdos, preguntándose si alguna vez el roce de una inocente caricia había podido advertirle de cualquier peligro, y aunque no encontraba nada, el candor de su afecto quedó herido, y el puro camafeo rayado con un araño.

—¡Oye!... mira... la cofia de tu tierra...

Sobre sus hermosos cabellos, peinados en dos largos bandos, había prendido una pañoleta blanca que imitaba bastante bien *la catalana*, la papalina de las tres piezas de las muchachas de Châteauneuf; y erguida ante él, en los lechosos pliegues de su batista de dormir, con la mirada ardiente, le preguntaba:

—¿Me parezco a Divonne?

—¡Oh! no —de manera alguna: no se parecía más que a ella misma bajo aquel gorrillo que recordaba el otro, el de San Lázaro, que la sentaba tan bien, según decían, mientras que enviaba a su presidiario un beso de despedida en pleno tribunal: «No te aburras, dueño mío; volverán los buenos tiempos...».

Y este recuerdo causóle tanto daño, que en cuanto su querida se acostó, apagó presurosamente la luz para no seguir viéndola.

Al día siguiente, temprano, entró de nuevo el tío alborotador, con el bastón en alto gritando: «¡Eh, chiquillos!» con la entonación retozona y protectora que tenía Courbebaisse en otro tiempo cuando venía a buscarlo y lo encontraba en brazos de Película. Parecía más excitado aún que la víspera: el hotel Cujas, sin duda, y sobre todo los 8.000 francos plegados en su cartera. El dinero de la Piboulette, carape; pero era muy dueño de él y podía distraer algunos luises para ofrecer un almuerzo en el campo a su sobrina.



—¿Y Bouchereau? —observó el sobrino, que no podía dejar de asistir a su oficina dos días seguidos. Convínose en almorzar en los Campos Elíseos, y que los dos irían después a la consulta.

No era esto lo que el *Fénat* había soñado; figurándose la llegada a Saint Cloud en coche de alquiler de lujo, llenos de champagne los asientos; pero el almuerzo fue encantador a pesar de todo, sobre la terraza del restaurant, sombreada de acacias y zumaques, adonde llegaban los acordes de un ensayo de día en el inmediato café cantante. Cesáreo, muy charlatán, muy galante, sacó a relucir todas sus gracias para deslumbrar a la parisiense. «Atrapaba» a los camareros, cumplimentaba al cocinero por su salsa de setas, y Fanny se reía con arrebatado estúpido y forzado, con un idiotismo de cuarto particular de fonda, que disgustaba a Gaussín, tanto como la intimidad que se estableció entre el tío y la falsa sobrina.

Hubiérase dicho que eran amigos de veinte años.

El *Fénat*, a quien los vinos de postre pusieron sentimental, hablaba de Castelet, de Divonne y también de su sobrinillo Juan: complacíale saber que estaba metido con ella, una mujer seria que le impediría hacer tonterías. Y acerca del carácter un poco sombrío del joven y la manera de conllevarlo, dábala consejos como a una recién casada, dándola también palmaditas en los brazos, espesándosele la lengua, apagándose y humedeciéndose las pupilas.

Se le quitó la borrachera en casa de Bouchereau. Dos horas de espera en el piso primero de la plaza de Vendôme, en aquellos grandes salones, altos de techo y fríos, llenos de una muchedumbre silenciosa y angustiada: el infierno del dolor cuyos círculos recorrieron sucesivamente, pasando de una en otra habitación hasta el gabinete del ilustre sabio.

Bouchereau, con su prodigiosa memoria, acordóse muy bien de la señora Gaussín, cuando fue de consulta a Castelet, diez años antes, al principio de la enfermedad: hízose relatar las diferentes fases de ésta, leyó de nuevo las recetas antiguas, y en seguida tranquilizó a los dos hombres, acerca de los accidentes cerebrales que acababan de producirse y que atribuyó al empleo de ciertos medicamentos. Mientras que inmóvil, con sus gruesas cejas que bajaban sobre sus ojillos agudos e investigadores, escribía una larga carta a su colega de Aviñón, el tío y el sobrino escuchaban, conteniendo el aliento, el chirrido de esta pluma que para ellos cubría por sí solo todos los rumores del lujoso París: y de improviso se les apareció el poder del médico en los modernos tiempos, último sacerdote, creencia suprema, invencible superstición...

Cesáreo salió de aquel sitio serio y frío.

—Vuelvo al hotel para cerrar mi maleta; el aire de París es malo para mí, ¿sabes... pequeño? si continuase aquí, haría locuras. Esta tarde me meteré en el tren de las siete; discúlpame con mi sobrina, ¿eh?

Juan guardóse mucho de disuadirle, asustado de sus niñerías, de su ligereza; y al día siguiente, al despertarse, felicitábase de figurárselo ya en su casa, bajo llave, junto

a Divonne, cuando lo vieron aparecer con el rostro demudado, y el traje en desorden.

—¡Dios mío! Tío, ¿qué le pasa a usted?

Desplomado en una butaca, sin voz y sin movimiento al principio, pero animándose poco a poco, el tío contó un encuentro del tiempo de Courbebaïsse, la comida demasiado copiosa, los 8.000 francos perdidos por la noche en un garito... ¡Ni un cuarto, nada!... ¡Cómo volver allá abajo y contar esto a Divonne! Y la compra de la Piboulette... De pronto, acometido de una especie de delirio, poníase las manos en los ojos, tapándose las orejas con los pulgares, y gritando, sollozando, descompuesto, el meridional se apostrofaba, sacaba a relucir su remordimiento en una confesión general de toda su vida. Era la vergüenza y la desgracia de los suyos: tipos como él en las familias; había derecho para matarlos como a lobos. Sin la generosidad de su hermano, ¿dónde estaría él?... En presidio con los ladrones y falsificadores.

—¡Tío, tío! —exclamaba el desdichado Gaussín, procurando detenerle.

Pero el otro, ciego y sordo voluntariamente, deleitábase en aquel testimonio público de su crimen, contado en sus menores detalles, mientras que Fanny le miraba con una compasión en que había algo de admiración. Aquél era un apasionado, un apuracabos, como después de todo le gustaban a ella: y conmovida en sus entrañas de buena muchacha, buscaba un medio para salvarle. Pero ¿cuál? Hacía un año que no veía a nadie; Juan no tenía ningún amigo... De improviso vínole un nombre a la memoria: ¡Déchelette!... Debía estar en París en aquella época, y era tan bondadoso...

—Pero si apenas le conozco... —dijo Juan.

—Yo iré.

—¡Cómo!, ¿quieres?...

—¿Y por qué no?

Cruzáronse sus miradas y se comprendieron. Déchelette también había sido su amante, el amante de una noche de que ella se acordaba apenas. Pero él no olvidaba a ninguno: todos estaban en hilera en su cabeza, como los santos de un almanaque.

—Si eso te disgusta... —dijo un poco contrariada.

Entonces Cesáreo, que durante este corto debate había dejado de gritar, muy animoso, volvió hacia ellos tal mirada de súplica desesperada, que Juan se resignó, consintió entre dientes...

¡Qué larga encontraron ambos aquella hora, destrozados por pensamientos que no se decían apoyados en el balcón, acechando el regreso de la mujer!

—¿Vive, pues, muy lejos ese Déchelette?...

—Al contrario, en la calle de Roma, a dos pasos de aquí —respondió Juan furioso, pareciéndole también que Fanny tardaba mucho en volver, Procuró tranquilizarse con la divisa amorosa del ingeniero: «Nada de día siguiente», y el despreciativo lenguaje con que le oyó hablar de Safo, como de una veterana de la busconería; pero su orgullo de amante se sublevaba, y casi hubiera deseado que

Déchelette la hallase aún bella y apetecible... ¡Ah! Maldita la necesidad que tenía ese viejo loco Cesáreo de volver a abrir de este modo todas sus llagas...

Por fin la manteleta de Fanny vióse que volvía por la esquina de la calle. Venía radiante.

—Hecho... tengo el dinero.

Puestos delante de sus ojos los 8.000 francos, lloraba el tío de alegría; quería extender un recibo, fijar los intereses, la fecha del reembolso.

—Es inútil, tío... No he pronunciado el nombre de usted. Me los han prestado a mí; este dinero me lo debe usted a mí, y puede ser la deuda de todo el tiempo que usted quiera.

—Servicios de esta clase, hija mía —replicó Cesáreo transportado de agradecimiento— se pagan con una amistad que no concluye nunca...

Y en la estación, adonde Gaussín le acompañó para tener ya esta vez la certeza de su marcha, repetía con lágrimas en los ojos: «¡Qué mujer, qué tesoro!... Es preciso que la hagas feliz... ¿Sabes?...».

Quedóse Juan muy enojado con esta aventura, sintiendo que su cadena, ya pesada, se soldaba cada vez más, confundiéndose dos cosas que en su innata delicadeza siempre conservó separadas y distintas: la familia y sus relaciones. Ahora Cesáreo escribía a su querida poniéndola al corriente de sus trabajos, de sus plantaciones, dándole noticia de todo Castelet, y Fanny criticaba la obstinación del cónsul en el asunto de las viñas, hablaba de la salud de la madre, irritaba a Juan con su solicitud y consejos fuera de lugar. Jamás hubo una alusión al favor hecho, ni a la pasada aventura del *Fénat*, a esta merma de la fortuna d'Armandy, que el tío confesó delante de ella. Una sola vez la convirtió en arma para contestar a un ataque, y he aquí en qué circunstancias aconteció:

Regresaban del teatro, y subían a un coche envueltos en lluvia, en una parada del boulevard. El vehículo era uno de esos carricoches que no circulan hasta después de las doce, tardo en arrancar, con su conductor dormido, y el caballo balanceando su saca de pienso. Mientras que esperaban a cubierto en el vehículo, un cochero viejo, que estaba atando una mecha de tralla a su látigo, se acercó tranquilamente a la portezuela con el hilo entre los dientes, y dijo a Fanny con una voz cascada que olía a vino:

—Buenas noches... ¿Cómo estamos?

—¡Calle! ¿Es usted?

Sintió un sobresalto, reprimido muy pronto, y en voz baja dijo a su amante: «¡Mi padre!...».

Era su padre, aquel belitre que vestía un levitón de antigua librea, manchado de lodo, con los botones de metal arrancados, y que mostraba a la luz de gas de la calle una cara hinchada, apoplética por el uso del alcohol, en la que Gaussín creyó encontrar vulgarizado el perfil regular y sensual de Fanny: ¡sus rasgados ojos de gozadora! Sin ocuparse del hombre que acompañaba a su hija, y como si no lo

hubiera visto, el tío Legrand daba noticias de su casa: «La abuela está en Necker...<sup>[5]</sup>, desde hace quince días, mala; está hilando el último copo... Anda, ve a verla cualquier jueves: eso la dará valor... Yo, a Dios gracias, tengo los huesos duros: buena vara y buena tralla. Pero el comercio no anda bien... Si necesitas un buen cochero por meses, eso me vendría de perilla... ¿No? Peor que peor, y hasta la vista...».

Estrecháronse la mano, y el vehículo arrancó velozmente.

—¡Eh!, ¿qué te parece? —murmuró Fanny: y sin pausa púsose a hablarle extensamente de su familia, cosa que siempre evitó... «¡Era tan feo, tan bajo!...», pero ya se conocían mejor, ya no tenían por qué ocultarse nada. Nació ella en Moulin aux Anglais, en las afueras; su padre era un antiguo dragón que tenía el servicio de coches de París a Châtillon, y su madre, la criada de una posada, que él conquistó en una de las idas y venidas desde su mesa al mostrador. No conoció a su madre, que murió de parto; pero los dueños de la posta, gentes de bien, obligaron al padre a reconocer a su hija y a pagar los meses de lactancia. No se atrevió a negarse, porque debía mucho en la casa, y cuando Fanny tuvo cuatro años la llevaba en el coche como un perrito, subida en lo alto, en la baca, divirtiéndose en rodar así por los caminos, en ver la luz de los faroles que corría por los costados, en ver también a esta luz cómo humeaba el lomo de las caballerías, y el dormirse en lo oscuro, a la intemperie, oyendo sonar los cascabeles.

Pero el tío Legrand cansóse muy pronto de aquellas andanzas de paternidad: por poco que le costara, ello es que era preciso dar de comer, y vestir a esta gandula. Además, le estorbaba para su casamiento con la viuda de un hortelano cuyas campanas de melón y coles alineadas en su itinerario, codiciaba mucho. Tuvo entonces la intuición clara de que su padre quería perderla. Era su idea fija, de borracho, desembarazarse de la niña a toda costa, y a no ser por la misma viuda, la buena tía Machaume, que tenía a la chicuela bajo su protección...

—Es verdad que tú la has conocido, Machaume —dijo Fanny.

—¡Cómo! ¿Aquella criada que vi en tu casa?...

—Era mi madrastra... ¡Había sido tan buena conmigo cuando yo era niña! La recogí para separarla del pillastrón de su marido, que, después de comerse toda su hacienda, la mataba a golpes, obligándola a servir a una puerca con la que él vivía... ¡Ah, pobre Machaume! Ésta sí que sabía lo que cuesta un buen mocito. Pues bien, cuando la despedí yo, a pesar de todo lo que la dije, corrió a reconciliarse con él, y ahora está en el hospital. ¡Cómo correteará sin ella el viejo belitre! ¡Qué cochino era! ¡Qué cara de perdido! ¡No tiene más que su látigo!... ¿Has visto qué derecho lo llevaba?... Cuando se cae de borracho, lo lleva por delante como un cirio; lo guarda en su cuarto; eso es lo único que tiene siempre limpio... «buena vara y buena tralla»: ésa es su muletilla.

Seguía inconscientemente hablando de él como de un extraño, sin repugnancia ni vergüenza, y Juan se asombraba de oírla. ¡Qué padre!... ¡Qué madre!... ¡Frente a

frente de la postura severa del Cónsul, y de la angelical sonrisa de la señora Gaussín!... Y comprendiendo de pronto lo que significaba el silencio de su amante, la náusea de aquella basura social que le salpicaba por amarla; «después de todo, dijo Fanny con tono filosófico, de esto hay una muestra en todas las familias; no es uno responsable de ello... Yo tengo en la mía a mi pobre Legrand; tú tienes en la tuya al tío Cesáreo».

## VI

Querido niño; Te escribo temblando aun por el gran disgusto que hemos tenido; las gemelas desaparecieron, estuvieron perdidas, ausentes de Castelet un día, una noche y la mañana del día siguiente...

El domingo, a la hora de almorzar fue cuando nos apercebimos de que no estaban las niñas. Yo las había vestido para ir a misa de las ocho, a las que debió llevarlas el cónsul, luego ya no me ocupé de ellas por estar cuidando a tu madre, que estaba más nerviosa que otras veces, como presintiendo la desgracia que rondaba alrededor nuestro. Ya sabes que siempre le ha pasado eso en su enfermedad; presiente lo que va a pasar, y cuanto menos se mueve, trabaja más su cabeza.

Tu madre estaba en su cuarto afortunadamente, y figúrate a todos nosotros en la sala esperando a las niñas; las llamamos por el soto, el pastor sopló en su caracol como cuando recoge las ovejas, luego Cesáreo por un lado y yo por otro, Rouseline, Tardive, todos nos echamos a correr por Castelet, y cuando nos encontrábamos: «¿Qué hay? No he visto nada». Por fin, no nos atrevimos a preguntar; y con el corazón palpitante íbamos al pozo, debajo de las ventanas altas del granero... ¡Qué día!... Y a cada instante érame preciso subir a ver tu madre, sonreír con aire tranquilo, explicar la ausencia de las niñas diciendo que yo las había enviado a que pasaran el domingo en casa de su tía de Villamuris. Parecía creerlo, pero ya muy tarde por la noche, mientras que yo la velaba, acechando por detrás de las vidrieras las luces que corrían por el llano y sobre el Ródano en busca de las niñas; la vi que lloraba dulcemente en su cama, y habiéndola interrogado. «Lloro por una cosa que me ocultan, y que sin embargo he adivinado...» me contestó con esa voz de niña que se le ha quedado a fuerza de sufrir; y sin hablarnos más nos inquietábamos las dos a solas con nuestra pena...

Por fin, hijo, mío, por no prolongar este triste relato, el lunes por la mañana nos trajeron a las niñas los braceros que su tío ocupa en la isla, los cuales las habían encontrado sobre un montón de sarmiento pálidas de frío y hambre, después de aquella noche a la intemperie, en medio del agua. He aquí lo que nos contaron con la inocencia de sus corazoncitos: Hace tiempo que las atormentaba la idea de hacer lo que hicieron sus patronas Marta y María, cuya historia habían leído; irse en un barco sin velas, ni remos, ni provisiones de ninguna especie, a predicar el Evangelio en la primera orilla a que las llevase el aliento de Dios. Así, pues, el domingo después de la misa, desatando una barca de pesca y arrodillándose dentro de ella como las santas mujeres, mientras que se las llevaba la corriente, fueron dulcemente a encallar en el cañaveral de la Piboulette, a pesar de la gran corriente propia de la estación, las rachas de viento y los *remolinos*... Sí, el buen Dios las guardaba y Él es quien las ha devuelto ¡pobrecillas! habiéndose sólo arrugado un poco sus trajes del domingo y echado a perder los dorados de sus libros de misa. No hemos tenido valor para reñirlas, y las hemos dado muchos besos y abrazos abiertos; pero todos estamos malos del miedo que hemos pasado.

La que más ha sufrido es tu madre, que, sin que la hayamos contado nada, ha sentido, como ella dice, pasar la muerte por Castelet, y persiste, ella tan tranquila, tan alegre por lo general, en una tristeza que no cura nada, a pesar de que tu padre, yo, todo el mundo, la rodeamos de ternura... ¡Y si yo te dijera, Juan, que sobre todo por quien se inquieta es por ti! No se atreve a confesarlo delante de tu padre, que quiere te dejen tranquilo en tus trabajos; pero no has venido después de tu examen, como lo habías prometido. Danos esta sorpresa para Navidad, para que nuestra enferma recobre su buena sonrisa. Si tú supieses cómo se siente, cuando ya no le viven a uno estos viejos, no haberles consagrado más tiempo...

De pie, junto a la ventana, por la que se filtraba un perezoso día de invierno entre la niebla, leía Juan esta carta, saboreando su perfume selvático, los queridos recuerdos de cariño y de sol.

—¿Qué es eso?... Déjame ver...

Fanny acababa de despertarse a la amarillenta claridad de la cortina levantada, e hinchada de sueño, extendía maquinalmente la mano hacia el paquete de tabaco de hebra que estaba siempre sobre su mesa de noche. Él, conociendo los celos que exasperaban a su querida al solo nombre de Divonne, vaciló; pero ¿cómo ocultar la carta, cuya procedencia conocía por la forma?

Primero, la escapatoria de las niñas la conmovió mucho, mientras que con los

brazos y el pecho al aire, incorporada sobre la almohada en la onda de sus cabellos castaños, leía, arrollando al par un cigarrillo; pero el final la irritó hasta el furor, y estrujando y tirando la carta por el cuarto: «¡Ya te daría yo mujeres virtuosas!... ¡Todo eso son invenciones para que vayas! Le hace falta su bello sobrino *a esa*...».

Quiso contener, detener la palabrota que salió, y otras muchas más, en sarta. Nunca se había acalorado tan groseramente delante de él, con aquel desbordamiento de cólera fangosa, de letrina reventada que suelta su limo y su fetidez. Todo el calor de su pasado de mujerzuela y granuja hinchaba su cuello y daba suelta a su labio.

No era malicia suponer lo que querían todos allá abajo... Cesáreo había hablado, y se combinaba en familia el medio de romper sus relaciones con ella, de atraerlo a la tierra con la hermosa armazón de la Divonne por cebo.

—Por lo pronto, si te vas, sabes, se lo escribo todo a tu cornudo... ¡Te lo advierto! ... ¡Pues no que no!... —Hablando de este modo, se recogía rencorosamente en la cama, lívida, con la cara demudada, las facciones agrandadas como una fiera pronta a saltar.

Y Gaussín recordaba haberla visto así en la calle de la Arcada; pero hoy era contra él aquel odio rugiente que le daba tentaciones de saltar contra su querida y pegarla; porque en estos amores de la carne, en que la estimación y el respeto del ser querido son nulos, la brutalidad surge siempre en la cólera o las caricias. Tuvo miedo de sí mismo, huyó a su oficina; y por el camino se indignaba de aquella vida que él mismo se había creado. ¡Esto le enseñaría a entregarse en brazos de una mujer semejante!... ¡Cuántas infamias, cuántos horrores!... Sus hermanas, su madre, había tela para todo el mundo... ¡Pues qué! ¿No tenía ni siquiera derecho de ir a ver a su familia? ¡En qué presidio estaba metido! Y toda la historia de sus amores se le aparecía; veía de qué modo los hermosos brazos desnudos de la egipcia, enlazados a su cuello la noche del baile, habíanse colgado a él despóticos y fuertes, aislándole de sus amigos, de su familia. Ahora estaba formada su resolución. Aquella misma noche, costara lo que costase, partiría para Castelet.

Despachados algunos asuntos, conseguida su licencia en el Ministerio, regresó a su casa temprano, contando con una escena terrible, dispuesto a todo, hasta a la ruptura. Pero el saludo dulcísimo con que Fanny le acogió en seguida, sus ojos enrojecidos, sus mejillas, como reblandecidas por las lágrimas, dejáronle apenas fuerza para la voluntad.

—Me voy esta noche... —dijo irguiéndose.

—Tienes razón, dueño mío... Anda a ver a tu madre, y sobre todo... —Se acercaba mimosamente...—. Olvida lo mala que he sido; te quiero demasiado; ésa es mi locura...

El resto del día, haciendo la maleta con solícita coquetería; vuelta a las dulzuras de los primeros tiempos, conservó aquella actitud arrepentida, acaso con la esperanza de retenerle. Sin embargo, ni una sola vez le dijo: «Quédate...». Y cuando en el postrer minuto, perdida toda esperanza ante los últimos preparativos, se estrechaba,

se frotaba contra su amante, tratando de impregnarle de ella, para toda la duración del camino y de la ausencia, su adiós, su beso no murmuraron más que esto: «Dime, Juan, ¿no me guardas rencor?...».

¡Oh! La embriaguez que se experimenta por la mañana, al despertarse en el cuartito de niño, con el corazón palpitante aún por los abrazos de familia, las hermosas efusiones de la llegada; la embriaguez que se siente al encontrar en el mismo sitio, sobre el mosquitero de la estrecha cama, la misma barra luminosa que buscaban nuestros despertares pasados, al oír el grito de los pavos reales en los percheros, el chirrido de la polea del pozo, la atropellada salida del rebaño, y al abrir las maderas de su ventana golpeándolas contra la pared, volver a ver aquella hermosa luz caliente que entraba por capas, como el agua en las presas, y aquel maravilloso horizonte de viñas en vertiente, de cipreses, de olivo y de reverberantes bosques de pinos, perdiéndose hasta llegar al Ródano, bajo un cielo profundo y puro, sin un jirón de niebla, a pesar de la hora matinal; un cielo verdoso, barrido toda la noche por el maestral, que llenaba aún el inmenso valle con su hálito alegre y fuerte.

Juan comparaba este despertar con los de allá, bajo el cielo manchado como su amor, y sentíase dichoso y libre. Bajó. La casa blanca por el sol, dormía todavía, con todas sus ventanas cerradas como ojos: fue feliz con aquel momento de soledad para rehacerse, en aquella convalecencia moral que sentía iniciarse en su interior.

Dio algunos pasos por la terraza, tomó por una alameda ascendente del parque, de lo que se llamaba el parque, un bosque de pinos y mirtos plantados al azar en la ruda cuesta de Castelet, cortada por senderos desiguales, resbaladizos, con sus pizarrosos peñascos. Su perro, *Miracle*, muy viejo y cojeando, había salido de la perrera, y le seguía silenciosamente, andando detrás de sus talones: ¡cuántas veces habían hecho juntos aquel paseo por la mañana!

A la entrada de las viñas, cercadas con grandes cipreses, cuyos follajes agudos se inclinaban, el perro dudó; sabía que el terreno formado por una espesa capa de arena —un nuevo remedio que estaba ensayando el cónsul contra la filoxera— era muy penoso para sus viejas patas, así como los tramos de sostén de la terraza. La alegría de seguir a su amo decidióle, sin embargo, y a cada obstáculo hacía dolorosos esfuerzos, lanzaba aullidos medrosos, parábase, y tenía torpezas de cangrejo puesto sobre un peñasco. Juan no le miraba, muy ocupado con aquel nuevo majuelo de que su padre le había hablado la víspera. Las cepas parecían de buen medro sobre la arena compacta y luciente. Por fin, el pobre hombre iba a verse recompensado de sus penas obstinadas. ¡El cercado de Castelet podría revivir, cuando la Nerta, el Ermitage, todos los grandes vinos del Mediodía estaban muertos!

De repente, surgió ante él una cofia blanca, pequeña. Era Divonne, la que se levantaba primero en la casa: llevaba en la mano una podadera, y también otra cosa, que tiró, y sus mejillas, pálidas por lo común, encendíanse con un vivo rubor: «¿Eres tú, Juan? Me has asustado... Creí que era tu padre...». Luego, reponiéndose, le abrazó. «¿Has dormido bien?».



—Muy bien, tía; pero ¿por qué temía usted la llegada de mi padre?...

—¿Por qué?...

Recogió el tronco de cepa que acababa de arrancar:

—El cónsul te ha dicho que ahora estaba seguro de triunfar... ¿no es eso? ¡Pues bien, toma, mira el bicho!...

Juan miraba un musgo amarillento incrustado en la madera, el imperceptible moho que por contagio ha arruinado provincias enteras, y era una ironía de la naturaleza en aquella espléndida mañana, bajo el vivificante sol, aquel infinitamente pequeño, destructor e indestructible.

—Es el principio... dentro de tres meses todo el cercado estará devorado, tu padre volverá a empezar otra vez, porque en ello está empeñado su amor propio. Habrá nuevos majuelos, nuevos remedios, hasta el día...

Un ademán desolado acabó y acentuó esta frase.

—¿De veras? ¿Hemos llegado a ese extremo?

—¡Oh! Ya conoces al cónsul... Nunca dice nada, me da el dinero del mes, como siempre; pero le veo preocupado. Va a Aviñón, a Orange... Busca dinero...

—¿Y Cesáreo, sus inmersiones? —preguntó el joven consternado.

Gracias a Dios todo iba bien por este lado. Habían cosechado cincuenta pipas de vino en la última vendimia, y este año tendrían doble. Ante este éxito, el cónsul había cedido a su hermano todas las viñas del llano, hasta entonces en barbecho en hileras de sarmientos como un cementerio del campo, y ahora estaban bajo el agua hacía tres meses...

Y envanecida por la obra de su marido, de su *Fénat*, la provenzala mostraba a Juan, desde el sitio elevado en que se encontraban grandes estanques, *claros* contenidos por rodetes de cal como en las salinas.

—Dentro de un par de años este viñedo producirá: y también dentro de un par de años la Piboulette y hasta la isla de Lamotte, que ha comprado tu tío sin decirlo... Entonces seremos ricos...; pero hay que sostenerse hasta entonces, y cada cual tiene que poner de su parte y sacrificarse.

Hablaba alegremente del sacrificio como mujer a la que no asusta tal cosa, y con tan fácil arrebato, que Juan, acometido de una súbita idea, contestóle en el mismo tono: «Nos sacrificaremos, Divonne...».

En el mismo día escribió a Fanny que sus padres no podían seguir enviándole su pensión, que se vería reducido a su sueldo, y que, en estas condiciones, la vida en compañía era imposible. Era romper antes de lo que había pensado, tres o cuatro años antes de la prevista partida; pero contaba con que su querida aceptaría estas graves razones, que tendría compasión de él y de su pena, y le ayudaría en el cumplimiento doloroso de un deber.

¿Era esto en realidad un sacrificio? ¿O no se sintió aliviado, por el contrario, al terminar una existencia que le parecía odiosa y malsana, sobre todo desde que se había reintegrado a la naturaleza, a la familia, a las afecciones sencillas y rectas?...

Escrita su carta sin lucha ni sufrimientos, contaba para defenderse contra una respuesta que parecía furiosa, llena de amenazas y extravagancias, con la ternura honrada y fiel de los buenos corazones que le rodeaban, el ejemplo de aquel padre recto y altivo entre todos, la sonrisa cándida de las santitas, y también con aquellos grandes horizontes tranquilos, de sanas emanaciones de la montaña, aquel alto cielo, aquel río rápido y atractivo, porque pensando en su pasión, en todas las villanías de que estaba formada, parecíale salir de una fiebre maligna de esas que se cogen en el fango de los terrenos pantanosos.

Cinco o seis días pasáronse en el silencio del gran golpe que acababa de dar. Por mañana y tarde, Juan iba al correo y volvía con las manos vacías, singularmente conmovido. ¿Qué hacía? ¿Qué había decidido? Y en todo caso, ¿por qué no contestaba? No pensaba más que en esto. Y por la noche, cuando dormía todo el mundo en Castelet, con el ruido adormecedor del viento, por los largos corredores, hablaban de esto, Cesáreo y él, en el cuartito.

«Vendrá de un momento a otro», decía el tío; y su inquietud se aumentaba porque debía haber metido en el mismo sobre de la carta de ruptura, dos pagarés a seis meses y un año, arreglando su deuda con los intereses. ¿Cómo pagaría aquella deuda? ¿Cómo explicar a Divonne?... Temblaba sólo de pensar en ello, y aumentaba las pesadumbres de su sobrino cuando, afilando la nariz y sacudiendo su pipa, terminada la velada, le decía tristemente: «Vaya, buenas noches...; de todos modos, lo que has hecho bien hecho está».

Por fin llegó esta respuesta y desde las primeras líneas: «Querido mío: No te he escrito antes, porque quería probarte, mejor que con palabras, hasta qué punto te comprendo y te amo...». Juan se detuvo sorprendido como el que oye una sinfonía en lugar del toque de guerra, temido. Volvió pronto a la última carilla, donde leyó: «... permanecer hasta la muerte tu perra que te quiere, a la que puedes pegar, y que te acaricia apasionadamente...».

Así, pues, no había recibido su carta. Pero volviendo a leerla renglón por renglón y con las lágrimas en los ojos, era ésta en realidad una respuesta, en la que se decía muy claramente que Fanny esperaba desde hace mucho tiempo esta mala noticia, la ruina de Castelet, que traería consigo una inevitable separación. En seguida habíase dedicado a buscar una ocupación para no seguir siéndole gravosa, y había encontrado la gerencia de un hotel amueblado, en la Avenida del Bosque de Bolonia, puesto por una señora muy rica. Cien francos al mes, casa, comida y libertad los domingos...

«¿Lo entiendes, dueño mío? Tendremos todo un día a la semana para querernos: porque todavía me querrás, dímelo. Me recompensarás por el gran esfuerzo que hago para trabajar por primera vez en mi vida, por esta esclavitud de día y noche que acepto, con humillaciones que tú no puedes figurarte, y que serán muy pesadas para mi locura de independencia... Pero experimento un gozo extraordinario en sufrir por tu amor. ¡Te debo tanto! ¡Me has hecho comprender tantas cosas buenas y honradas, de que nadie me habló nunca!... ¡Ah, si nos hubiéramos encontrado antes!... Pero

todavía no andabas tú, y ya rodaba yo en los brazos de los hombres. Ni uno solo podrá vanagloriarse jamás de haberme inspirado una resolución semejante para conservarlo en mi poder algo más... Ahora vuelve cuando quieras; el cuarto está libre. He recogido todos mis cachivaches; eso era lo más duro, reconocer cajones y recuerdos. No encontrarás más que mi retrato, que nada te costará sino las miradas, que mendigo en favor suyo. ¡Ah, dueño mío, dueño mío...! En fin, si me reservas el domingo y mi sitio en tu cuello... Mi sitio, ya sabes...». Y ternuras, mimos, voluptuosos lametones de gata madre, y palabras de pasión que hicieron al amante rozar su rostro con el papel satinado, como si la caricia se desprendiera de él humana y tibia.

—¿No habla de mis pagarés? —preguntó tímidamente el tío Cesáreo.

—Se los devuelve a usted... Ya los reembolsará usted cuando sea rico...

El tío lanzó un suspiro consolador, frunciendo las sienes de contento, y con gravedad perogullera y fuerte acento meridional, le dijo:

—¡Mira! ¿Quieres que te diga la verdad?... Esa mujer es una santa.

Luego, pasando a otro orden de ideas, por aquella movilidad, aquella falta de lógica y de memoria, una de las originalidades de su carácter: «¡Y qué pasión, chiquillo, qué fuego! Me deja la boca seca como cuando Courbebaisse me leía la correspondencia de la Mornas...».

Y otra vez tuvo Juan que sufrir el relato del primer viaje a París, el hotel Cuyas, la Película; pero no le escuchaba, apoyado en la ventana abierta ante la noche, cuya oscuridad se espesaba, bailándose en los rayos de una luna llena, tan brillante, que los gallos se engañaban y la saludaban como al amanecer.

Así, pues, era verdad esa redención de que hablan los poetas; y experimentaba cierto envanecimiento pensando en que todos aquellos grandes hombres, aquellos ilustres a quienes Fanny había amado antes que a él, en vez de regenerarla, la degradaban más, mientras que él, por la única fuerza de su honradez, la sacaba del vicio, tal vez para siempre.

Agradecíala que hubiese hallado aquel término medio, aquella semiruptura en que ella adquiriría los nuevos hábitos de trabajo, tan difíciles para su naturaleza indolente; y con estilo paternal, de señor de edad, la contestó al día siguiente para alentar su reforma, preocupándose acerca de la clase de hotel que regentaba, y de la gente que iba allí; porque desconfiaba de su indulgencia y de la facilidad con que se resignaba, diciendo: «¿Qué es lo que tú quieres? ¿Es esto...?».

Correo tras correo, con docilidad de niña, Fanny íbale describiendo el hotel, verdadera casa para familia, en la que se hospedaban extranjeros. En el principal, unos peruanos, padre y madre, niños y numerosos criados; en el segundo, rusos y un rico holandés comerciante en coral; en los cuartos del tercer piso vivían los jinetes del Hipódromo, *chic* inglés, muy entonados, y una familia muy interesante: Mlle. Minna Vogel, familia citarista de Stuttgart, con su hermano Léo, un pobre tísico que se había visto obligado a interrumpir sus estudios de clarinete en el Conservatorio de

París, y a quien la hermana mayor había venido a cuidar, sin más recursos que el producto de algunos conciertos para pagar la casa y la comida.

«Como ves, querido mío, es este hotel cuanto puede imaginarse de más conmovedor y honrado. Yo misma paso por viuda, y me guardan toda clase de consideraciones. Y no aguantaría yo que fuese de otra suerte: es preciso que respeten a tu mujer. Cuando digo “tu mujer”, entiéndeme bien, ya sé yo que llegará un día en que tú te irás, que te perderé, pero nadie te reemplazará; seré tuya para siempre, conservando el sabor de tus caricias y los buenos instintos que has despertado en mí... ¿No es verdad que tiene gracia? ¡Safo virtuosa!... Sí, virtuosa, cuando tú no estés a mi lado; pero para ti me conservo tal como tú me has amado, delirante y apasionada... Te adoro».

Súbitamente, vióse Juan acometido de grande y penosa tristeza. Estas vueltas del hijo pródigo, después de las alegrías de la llegada, la orgía de la ternera muerta en su obsequio y las efusiones tiernas, sufren siempre con estas visiones de la vida nómada, y se echan de menos los frutos amargos y el perezoso rebaño que se pastoreaba. Resulta un desencanto que se desprende de las cosas y de los seres, que vemos de pronto despojados y descoloridos. Las mañanas del invierno provenzal no tenían ya para él su saludable alegría, ni atractivo la caza de las hermosas nutrias de color castaño dorado, a lo largo de los ribazos, ni el tiro a los ánades en el *bañaperros* del antiguo Abrieu<sup>[6]</sup>. Parecíale a Juan duro el viento, áspera el agua y muy monótonos los paseos por las viñas inundadas, con su tío que le explicaba su sistema de cazes, marcadoras y atargeos.

El pueblo, que volvió a ver en los primeros días con el prisma de sus alegres correrías de chicuelo, eran ya barracas viejas, algunas abandonadas, en que se sentía la muerte y la desolación de las aldeas italianas; y cuando iba al correo, érale preciso soportar, ante la movediza piedra de cada umbral, la machacona conversación de todos aquellos viejos encorvados y retorcidos como árboles al aire libre, con los brazos metidos en trozos de calcetas, y de aquellas viejas de barba de color amarillo, bajo sus cofias apretadas y con ojillos lucientes y movibles como los que brillan en la cabeza de los lagartos de las tapias ruinosas.

Siempre las mismas lamentaciones por la muerte de los viñedos, el agotamiento de la rubia, la enfermedad de la morera, las siete plagas de Egipto arruinando aquella hermosa tierra de Provenza; y para huir de ellos, a veces volvía por las callejuelas en cuesta que bordean los antiguos muros de cerca del castillo de los Papas, callejuelas desiertas, llenas de maleza y de esos grandes hierbajos de Saint-Roch con que se curan los empeines, muy en su lugar en aquel rincón de la Edad Media, sombreado por la enorme ruina que se recostaba en lo alto del camino.

Entonces encontraba al cura Malassagne, que venía de decir su misa y bajaba dando furiosas zancadas, con el alzacuello torcido, levantándose la sotana con ambas manos para evitar las zarzas y las polillas. El sacerdote se detenía, tronaba contra la impiedad de los campesinos y la infamia del Consejo municipal: echaba su maldición

a los campos, a las bestias, a los hombres, malandrines que no iban al Oficio divino, que enterraban a sus muertos sin Sacramentos y se curaban por el magnetismo y el espiritismo, para ahorrarse el cura y el médico.

—¡Sí, señor, el espiritismo!... ¡Hasta ese extremo llegan los campesinos del Condado!... ¡Cómo quiere usted que los viñedos no estén malos!...

Juan, que llevaba abierta y cogida en el bolsillo la carta de Fanny, escuchaba, con la mirada vaga, se esquivaba lo más pronto posible de las homilías del sacerdote, y regresaba a Castelet para refugiarse en el hueco de una peña, en lo que los provenzales llaman un «haragán», resguardado del viento que circula alrededor y concentrando el sol reflejado en la piedra.

Escogía el más aislado, el más selvático, invadido por las zanjas y agallas de encina, tumbándose en la tierra para leer su carta: y poco a poco, del fino perfume que exhalaba, de la caricia de las palabras, de las evocadas imágenes, veníale una sensual embriaguez, que activaba su pulso, y le alucinaba hasta el punto de hacer que desapareciesen de su vista, como decoración inútil, el río, los ramilletes que en él formaban las islas, los pueblos en las hondonadas de los Alpilles, toda la inmensa cueva del valle donde la borrasca extendía en ondas el polvo de oro del sol. Estaba allá, en el cuarto que ellos tenían, ante los grises tejados de la estación, entregado a locas caricias, a los furiosos deseos que los colgaban uno a otro con crispaciones de ahogados...

De improviso oíanse pasos en el sendero, risas claras; «¡allí esta...!». Aparecían sus hermanas con las piernecillas desnudas, andando entre el espliego, guiadas por el viejo *Miracle*, muy orgulloso por haber hallado la pista de su amo, y moviendo la cola victoriosamente; pero Juan lo despedía con un puntapié y rechazaba los ofrecimientos de jugar al escondite o a correr, que con tímido acento se le hacían. Queríalas, sin embargo; quería a las gemelas, que enloquecían por su hermano, siempre lejos de ellas: habíase convertido por ellas en un niño desde su llegada, y le divertía el contraste de aquellas lindas criaturas nacidas juntas y tan desemejantes. La una, alta, morena, con los cabellos rizados, a la vez mística y voluntariosa: ella fue la que tuvo la idea de la barca, exaltada por las lecturas del cura Malassagne, y aquella pequeña María Egipciaca había arrastrado a la rubia Marta, un poco indolente y dulce, parecida a su madre y a su hermano.

Pero ¡cuánto le molestaban al hallarse entregado a sus recuerdos, aquellos inocentes mimos de niños que rozaban el perfume galante de que le impregnaba la carta de su querida! «No, déjame... tengo que trabajar...». Y volvía a la casa con el propósito de encerrarse en su cuarto, cuando la voz de su padre le llamaba al paso.

—¿Eres tú, Juan?... Escucha...

La hora del correo aportaba nuevos motivos de morosidad para aquel hombre, sombrío ya por naturaleza, que conservaba del Oriente costumbres de solemnidad silenciosa, interrumpida por bruscos recuerdos... «cuando yo era cónsul de Hong-Kong», que partían como pavesas encendidas en un gran fuego. Mientras que

escuchaba a su padre leer y comentar sus periódicos de la mañana, Juan miraba sobre la chimenea la Safo de Caoudal, con los brazos en las rodillas y la lira al pie, TODA LA LIRA, un bronce comprado veinte años antes, en la época de los embellecimientos de Castelet; y este bronce de comercio, que le desesperaba en los escaparates parisienses, producíale aquí, en su aislamiento, una emoción amorosa, el deseo de besar aquellas espaldas, de desenlazar aquellos fríos y pulidos brazos, y de que le dijera: «¡Safo para ti; pero nada más que para ti!».

La tentadora imagen levantábase cuando él salía, andaba con él, doblaba el ruido de sus pasos en la grande y pomposa escalera. El nombre de Safo era el que resonaba en el péndulo del antiguo reloj, el que cuchicheaba el viento por los grandes corredores embaldosados y fríos de la estival morada; su nombre era el que encontraba en todos los libros de aquella biblioteca de campo, viejos libros antiguos de cantos rojos que conservaban en la encuadernación migas de sus meriendas de niño. Y este persistente recuerdo de su querida perseguíale hasta en el cuarto de su madre, donde Divonne peinaba a la enferma, levantando sus hermosos cabellos blancos sobre aquel rostro tranquilo y sonrosado, a pesar de las varias y perpetuas torturas.

—¡Ah! aquí está nuestro Juan —decía su madre al verle. Pero con su cuello desnudo, su cofia pequeña, sus mangas levantadas para hacer aquel tocado de que ella sola estaba encargada, su tía le recordaba otros despertares, evocaba la querida, saltando de la cama, envuelta en la nube de su primer cigarrillo. Odiábase por tales ideas, sobre todo cuando le acometían en aquel cuarto. ¿Cómo hacer para esquivar esto?

—Nuestro niño no es el mismo, hermana mía —decía la señora Gaussín tristemente...—. ¿Qué tiene?

Y buscaban juntas; Divonne torturaba su ingenioso entendimiento; hubiera querido preguntar al joven; pero éste parecía huir de ella, evitar el encontrarla sola.

Una vez, habiéndole acechado, consiguió sorprenderle en el «haragán», en la fiebre de sus cartas y de sus malos delirios. Levantábase sombrío; pero ella le detuvo, sentóse junto a él sobre la caliente piedra: «¿No me quieres ya?... ¿No soy ya tu Divonne, a quien contabas todas tus penas?...».

—Sí, sí —balbuceó turbado por aquellos tiernos modales, y separando los ojos, para que no viese en ellos algo de lo que acababa de leer; llamamientos de amor, gritos desesperados, el delirio de la pasión distante.

—¿Qué tienes?... ¿Por qué estás triste? —murmuraba Divonne con los mimos de voz y de acciones que se emplean con los niños. Era su hijo en cierto modo; seguía viéndole de diez años, la edad de los hombrecillos que se emancipan.

Él, ardiendo con su lectura, exaltábase por el encanto, que le turbaba, de aquel hermoso cuerpo tan cerca del suyo, por aquella boca fresca, cuya sangre estaba avivada con el aire libre que despeinaba sus cabellos, haciéndolos volar sobre la frente en delicados ricillos a la moda parisién. Y las lecciones de Safo: «Todas las

mujeres son iguales... ante un hombre no piensan más que en una cosa...» hacíanle ver como provocativos la tranquila sonrisa de la campesina, su ademán para detenerle, y su tierno interrogatorio.

De pronto sintióse acometido por el vértigo de una mala tentación; y el esfuerzo que hizo para resistirla conmovióle con un estremecimiento convulsivo. Divonne se asustó al verle palidecer tanto y castañetear los dientes. «¡Ah, pobre... tiene calentura!...». Y con un impulso de ternura irreflexiva desatóse la pañoleta que rodeaba su talle para ponérsela al cuello; pero cogida bruscamente, envuelta sintió el fuego de una caricia loca en su nuca, en sus hombros, en toda la luciente carne que acababa de salir a la luz del sol. No tuvo tiempo para gritar ni para defenderse; acaso tampoco lo tuvo para adquirir el sentimiento justo de lo que acababa de pasar, «¡Ah, estoy loco... estoy loco!...». Y huyó lejos por el erial, cuyas piedras rodaban siniestramente bajo sus plantas.

En el almuerzo, aquel día, Juan anunció que se marchaba aquella misma noche, llamado por una orden del Ministerio. «¡Irte ya... has dicho... acabas de llegar». Y de aquí gritos y súplicas. Pero no podía estar más tiempo con ellos, puesto que en todas sus ternuras intervenía la agitadora y corruptora influencia de Safo. Por otra parte, ¿no les había hecho ya el sacrificio más grande renunciando a vivir con ella? La ruptura completa terminaría un poco más tarde; y entonces volvería para amar sin vergüenza ni turbación, y abrazar a todas aquellas buenas gentes.

Era ya de noche, y estaban apagadas las luces y todos acostados en la casa, cuando Cesáreo volvió de acompañar a su sobrino hasta la estación de Aviñón. Después de echar el pienso al caballo y de mirar al cielo —con esa mirada a los presagios del tiempo en los hombres que viven de la labranza— iba a entrar, cuando vio una forma blanca sobre un banco en la terraza.

—¿Eres tú, Divonne?

—Sí; te esperaba.

Muy ocupada todo el día, separada de su *Fénat*, a quien adoraba, solían tener por la noche estas citas para hablar y dar un paseo juntos. ¿Era, por ventura, la corta escena ocurrida entre ella y Juan, comprendida después al pensar en ella, y más de lo que hubiera querido, o la emoción de haber visto llorar a la pobre madre en silencio todo el día? Ello es que su voz estaba alterada, y una inquietud de ánimo, extraordinaria en aquella tranquila esclava del deber, agitábala de un modo inusitado. «¿Sabes algo? ¿Por qué nos ha dejado tan precipitadamente...?». No creía en aquel cuento del Ministerio, sospechando más bien algún mal lazo que tiraba del niño para separarlo de su familia. ¡Hay tantos peligros y tan fatales encuentros en ese París de perdición!

Cesáreo, que no podía ocultarla nada, confesó que había, en efecto, una mujer en la existencia de Juan, pero una buena muchacha, incapaz de separarle de los parientes; y habló de su abnegación, de las conmovedoras cartas que le escribía; elogió, sobre todo, la resolución animosa que tomó de trabajar, lo que pareció muy

natural a la campesina. «Porque al fin y a la postre hay que trabajar para vivir».

—Pero no esa clase de mujeres... —dijo Cesáreo.

—¡De manera que Juan vivía con una perdida!... ¿Y has ido a verle?

—Te juro, Divonne, que desde que le conoce no hay mujer más casta ni más honrada... El amor la ha rehabilitado.

Pero eran tales frases palabras huecas que Divonne no comprendía. Para ella aquella señora estaba comprendida en esa clasificación que ella llamaba «mujeres malas», y al pensar que su Juan era presa de tal criatura, la indignaba. ¡Si el cónsul lo supiera!

Cesáreo trató de calmarla: aseguró con todas las rugosidades de su bonachona cara, un tanto picaresca, que a la edad del muchacho no se puede prescindir de la mujer.

—¡Pues que se case! —replicó ella con enternecedora convicción.

—En fin, ya no viven juntos, y por ese lado...

Entonces díjole con acento grave:

—Oye, Cesáreo, ya sabes lo que decimos por acá: la desgracia dura siempre más que quien la trae... Si es verdad lo que tú me cuentas; si Juan ha sacado del lodo a esa mujer, debe haberse manchado mucho en esa triste faena. Es posible que la haya hecho mejor y más honrada; pero sabe Dios si lo malo que ella tenía no ha pervertido a nuestro niño hasta las entrañas.

Volvían hacia la terraza. Noche tranquila y clara reinaba sobre todo aquel silencioso valle, donde nada vivía más que la resbaladiza claridad de la luna, el oleoso río y los *claros* con sus charcas de plata. Respirábase la calma, el alejamiento de todo, el gran reposo de un sueño sin sueños. De improviso, el tren ascendente desplegó a orillas del Ródano su rumor sordo a todo vapor.

—¡Oh, ese París —exclamó Divonne enseñando los puños al enemigo que las provincias cargan con todas sus cóleras...—, ese París!... ¡Lo que le damos y lo que nos devuelve!



## VII

Hacía un brumoso frío, en una tarde sombría, a las cuatro, hasta en la ancha Avenida de los Campos Elíseos, donde apresuraban su paso los coches rodando sordamente. Casi no pudo leer Juan en el fondo de un jardinillo cuya verja estaba abierta, aquellas letras doradas, muy altas, encima del entresuelo de una casa de aspecto lujoso y tranquilo como de quinta: *Habitaciones amuebladas, pensión de familias*, Un cupé esperaba junto a la acera.

Después de empujar la puerta de la oficina, Juan, vio en seguida a la que buscaba, sentada a la luz de la ventana, hojeando un grueso libro de cuentas, enfrente de otra mujer elegante y alta, con el pañuelo en la mano y una cartera a guisa de portamonedas.

—¿Qué desea usted, caballero? —Fanny le reconoció, púsose en pie, turbóse y pasando por delante de la dama—: Es el pequeño... —dijo en voz baja. La otra examinó a Gaussín de pies a cabeza con la hermosa sangre fría inteligente que da la experiencia, y muy en voz alta, sin contrariarse: «Abrácense ustedes, hijos míos... yo no os miro...». Luego ocupó el sitio de Fanny, y continuó comprobando cifras.

Habíanse cogido las manos y se decían frases estúpidas. «¿Cómo estás? —Bien, gracias. —¿De manera que saliste anoche?...». Pero la alteración de sus voces daba a las palabras su verdadero significado. Y sentados en el sofá, reponiéndose un poco. «¿No has reconocido a mi patrona?... decía Fanny en voz baja... Y sin embargo, no es la primera vez que la ves... en el baile de Déchelette... de desposada española... Una novia un poco gastada».

—¿Entonces, es...?

—Rosario Sánchez, la querida de De-Potter.

Esta Rosario —Rosa que era su mote— escrito en todos los espejos de los restaurants nocturnos, acompañado siempre de alguna porquería, era una veterana «carrerista de carros» del Hipódromo, célebre entre la gente de jarana por su cínica desvergüenza, sus palabras obscenas, y sus latigazos muy solicitados entre los socios del Casino, a los que guiaba como a sus caballos.

Española de Orán, había sido más guapa que bonita, y todavía a la luz artificial sabía sacar cierto partido del efecto de sus negros ojos y de sus pobladas cejas, juntas como una raya; pero aquí, hasta en aquella débil claridad, dejaba ver sus cincuenta años, marcados en su ancha cara, dura, de piel rugosa y amarilla como un limón de su país. Amiga íntima de Fanny Legrand durante muchos años, habíala encapirotado en la vida alegre y sólo a su nombre se asustaban los enamorados.

Fanny, que comprendió el estremecimiento de su brazo, trató de excusarse. ¿A quién dirigirse para buscar colocación? La cosa era difícil. Por otra parte, Rosa en la actualidad, vivía tranquilamente. Rica, muy rica, habitaba su hotel de la Avenida de

Villiers, o su quinta de Enghien, recibiendo a algunos antiguos amigos; pero sólo a un amante, siempre al mismo, su músico.

—¿De-Potter? —preguntó Juan...—. Le creía casado.

—Sí... casado, con hijos; dicen también que su mujer es muy bonita... pero eso no le impide volver a su veterana... ¡y si vieras cómo le habla ella, cómo le trata!... ¡Ah! Ése sí que está cogido... —Estrechábale la mano con tierno reproche. La dama interrumpió en aquel momento su lectura, y dirigiéndose a su saco, que se movía pendiente de los cordones:

—Pero vamos a ver; ¿te estarás quieto? —Y luego a la gerente, con tono autoritario, la dijo: «Dame pronto un terrón de azúcar para Bichito».

Fanny se levantó, trajo el azúcar, que acercó a la abertura del saco con halagos, con frases cariñosas: «Mira qué animal tan lindo...» dijo a su amante, enseñándole, envuelto en algodón en rama, una especie de lagarto grueso, deforme y granujiento, encrestado, dentellado, con la cabeza encapuchonada en una carne temblorosa y gelatinosa; un camaleón que habían enviado a Rosa desde Argelia, y al cual preservaba del invierno parisién a fuerza de cuidados y de calor. Adorábalo ella, como no adoró nunca a ningún hombre; y Juan comprendió desde luego, por las zalamerías de Fanny, el puesto que ocupaba en la casa aquel animal horrible.

La dama cerró el libro, dispuesta a marcharse. «No va mal para ser segunda quincena... Ten cuidado con las bujías».

Echó su mirada de patrona alrededor del saloncillo, arreglado y limpio, con sus muebles de terciopelo tupido, sopló un poco de polvo sobre el yuca del almohadón, vio un desgarrón en el guipur de las puertas vidrieras, después de lo cual dijo a los jóvenes, con marcada entonación: «Conque, niños nada de tonterías... la casa es muy decente...» y volviéndose al coche que la esperaba en la puerta, fuese a dar su paseo por el Bosque.

—¡Crees que no es poco enojoso!... —dijo Fanny—. Siempre las tengo encima, a ella o a su madre, dos veces por semana... Aún es más terrible la madre, más cicatera... Es necesario quererte como yo te quiero para seguir viviendo en esta barraca. En fin, ya estás aquí, todavía eres mío... ¡He tenido tanto miedo!... —Y se enlazó a él, de pie; por largo rato con los labios pegados a los suyos, asegurándose bien en el estremecimiento del beso de que todavía era muy suyo. Pero iban y venían por el corredor; era preciso tener cuidado. Cuando trajeron la luz, sentóse ella en su sitio de costumbre, con una labor en las manos: y él se acomodó a su lado como de visita...

—¿Estoy muy cambiada, eh?... ¡Qué poco me parezco a la de antes!

Sonreía mostrando su crochet, que manejaba con torpeza de niña, Siempre había detestado estas labores de aguja: un libro, su piano, su cigarrillo; o con las mangas recogidas disponer la confección de un plato extraordinario, jamás se ocupaba de otra cosa. Pero ¿qué había de hacer allí? En el piano del salón no había que pensar en todo el día, obligada a permanecer en el despacho... ¿Novelas? Ella sabía historias muy

diferentes de las que contaban los libros. A falta del cigarrillo prohibido, había cogido aquel encaje que ocupaba sus dedos, y dejaba libre su pensamiento, comprendiendo entonces la afición de las mujeres a esas labores primorosas que en otro tiempo despreciaba.

Y mientras que recogía su hilo, torpemente aún, con el cuidado extremo de la inexperiencia, mirábala Juan tranquila con aquel traje sencillo, su cuellecito recto, sus cabellos muy alisados sobre la redondez pagana de su cabeza, y ademán tan honrado, tan razonable. Por fuera, en una decoración lujosa, rodaba constantemente el boato de las mujeres de moda, sentadas en lo alto de sus faetones, regresando al ruidoso París de los boulevares: y Fanny no parecía echar de menos en lo más mínimo aquel vicio ostentoso y triunfante, en el cual hubiera podido reclamar la parte a que por él había renunciado. Con tal de que consintiese en verla de vez en cuando, aceptaba gustosa su vida de servidumbre, en la que había llegado a descubrir cosas agradables.

Todos los huéspedes la adoraban. Las mujeres extranjeras, sin gusto alguno, la consultaban para sus compras de trajes: daba lecciones de canto por la mañana a la mayor de las niñas peruanas y aconsejaba a los hombres el libro que debían leer, la obra dramática que debían ver, y ellos la trataban con toda clase de miramientos y atenciones, sobre todo uno de ellos, el holandés del segundo.

—Se sienta ahí donde tú estás, y se queda en contemplación hasta que le digo: «Kuyper, me fastidia usted». Entonces contesta: «Pién», y se va... Él es quien me ha dado este brochecito de coral... Escucha, vale cien sueldos... Lo he aceptado para que me dejara en paz.

Entraba en esto un camarero, trayendo una bandeja cargada, que dejó sobre un extremo del velador, separando un poco el tapete verde. «Ahí como, completamente sola, una hora antes de la mesa redonda». Indicó dos platos de la lista, bastante larga y abundante. La gerente no tenía derecho más que a dos platos y la sopa.

—¡Será perra la tal Rosario!... Por lo demás, prefiero comer aquí: no necesito hablar y vuelvo a leer tus cartas que me hacen compañía.

Interrumpióse de nuevo para coger un mantel y servilletas: a cada momento la incomodaban para dar una orden, abrir un armario, o satisfacer una reclamación. Juan comprendió que la molestaría si continuaba allí más tiempo; luego trajéronla su comida, y era tan mezquina aquella soperita de una ración que humeaba en la mesa, que a la vez echaban ambos de menos la época feliz de sus antiguas comidas.

—Hasta el domingo... hasta el domingo... —murmuró muy bajo despidiéndole; y como no podían abrazarse por el servicio y por los huéspedes que bajaban, le cogió la mano, apoyándola contra su pecho por largo rato, para que entrase la caricia hasta el corazón.

Toda la tarde y la noche pensó en ella, sufriendo por su servidumbre humillada ante aquella bribona y su gran lagarto; luego el holandés inquietábale también, y hasta que llegó el domingo no vivió. A la verdad, esta semiruptura, que debía preparar sin sacudimientos el término de su amancebamiento, fue, por el contrario, la

herida causada por la podadera, con la cual se reaviva el árbol cansado. Se escribieron casi todos los días, esas cartas tiernas que garrapatea la impaciencia de los enamorados; otras veces, al salir del Ministerio, tenían un dulce diálogo en el despacho durante la hora de la labor de aguja.

Al hablar de él, había dicho en el hotel: «Es pariente mío...» y al abrigo de esta vaga apelación, pudo ir algunas veces a pasar la velada en el salón a un extremo de París. Conoció a la familia peruana con sus innumerables señoritas, ataviadas de colores chillones, colocadas en fila alrededor de la sala, como verdaderos loros en sus perchas: oyó la cítara de Mlle. Minna Vogel, cítara cubierta de guirnaldas como una rama de lúpulo, y vio a su hermano enfermo, afónico, siguiendo apasionadamente con la cabeza el ritmo de la música y paseando sus dedos por un clarinete imaginario, el único que se le permitía tocar. Jugó al whist con el holandés de Fanny, un zopengo obeso, calvo, de sórdido aspecto, que había navegado por todos los mares del mundo, y cuando se le pedían noticias sobre la Australia, donde acababa de pasar algunos meses, decía rodando los ojos en sus órbitas: «¿Cuánto diría usted que cuestan las patatas en Melbourne?...». Pues lo único que llamaba su atención, era la carestía de las patatas en todos los países a donde iba.

Fanny era el alma de estas reuniones: hablaba, cantaba, representaba el papel de parisiense, enterada de todo como mujer de mundo; y lo que restaba en sus modales de la bohemia o del taller, escapábase a la escasa perspicacia de estos exóticos, o les parecía la educación suprema. Los deslumbraba con sus relatos acerca de las personalidades famosas de las artes o de la literatura; daba a la señora rusa, que se volvía loca por las obras de Dejoie, informes acerca de la manera de escribir del novelista, el número de tazas de café que tomaba en una noche, la cantidad exacta e irrisoria con que los editores de *Cenderinette* habían pagado aquella obra maestra que les daba una fortuna. Y los éxitos de su querida envanecían tanto a Gaussín, que se olvidaba de sus celos, y de buena gana hubiera atestiguado con su palabra, si alguien hubiese puesto en duda aquellos detalles.

Mientras que la admiraba en aquel apacible salón, alumbrado con quinqués de pantalla, sirviendo el té, acompañando las melodías de las jóvenes, dándolas consejos de hermana mayor, experimentaba cierto goce en representársela otra mujer distinta cuando llegaba a su cuarto los domingos por la mañana, mojada, tiritando y sin acercarse siquiera al fuego que ardía en honor suyo, se desnudaba a toda prisa, y se metía en la cama junto a su amante. Entonces, ¡qué abrazos, qué prolongadas caricias con que tomaban la revancha de su abstinencia de toda la semana, aquel privarse uno de otro, que conservaba vivificador el deseo de su pasión!

Pasaban las horas y se confundían: no se movían de la cama hasta la noche. Nada les incitaba tanto, ningún placer, el ver a nadie, ni siquiera a los Hetteima, que por economía se habían decidido a vivir en el campo. Preparado el ligero almuerzo, a su lado oían, extenuados, el rumor del domingo parisién, que chapoteaba en la calle, el silbido de los trenes y el rodar de los coches llenos de gente, y la lluvia, cayendo en

gruesas gotas sobre el zinc del balcón, y los latidos presurosos de sus pechos rimaban esta ausencia de la vida, sin noción de las horas, hasta el crepúsculo.

El gas, que encendían enfrente, deslizaba entonces un pálido rayo de luz por las colgaduras: era preciso levantarse; Fanny tenía que estar de vuelta a las siete. En la penumbra del cuarto, todos sus aburrimientos, todas sus desesperaciones, volvían más pesados, más crueles, al ponerse de nuevo sus botinas húmedas todavía de su carrera a pie, sus faldas, su traje de la gerencia, el uniforme negro de las mujeres pobres.

Y lo que colmaba su pesar eran aquellos objetos amados que la rodeaban: los muebles, el cuartito de tocador de los buenos tiempos. Se desprendía con sentimiento de todo esto: «¡Vamos!...» y para estar más tiempo juntos, Juan la acompañaba, subían lentamente, y estrechándose uno contra otro, por la Avenida de los Campos Elíseos, cuya doble hilera de faroles, con el Arco de Triunfo al final, aislado de la sombra, y dos o tres estrellas en un pedazo de cielo, parecía el fondo de un diorama. En la esquina de la calle de Pergoleso, ya junto al hotel, levantábase ella el velillo para darle un último beso, y le dejaba desorientado, hastiado de su domicilio, al que volvía lo más tarde posible, maldiciendo su pobreza, casi guardando rencor a los de Castelet por el sacrificio que le costaban.

Arrastraron así dos o tres meses esta existencia, que llegó por fin a serles absolutamente insoportable, habiéndose visto Juan obligado a escasear sus visitas al hotel a causa de un chisme de criados, y Fanny cada vez más exasperada por la avaricia de la madre y de la hija. Pensaba para sí en volver a su vida en común, y sentía que también a su amante se le acababan las fuerzas; pero hubiera querido que él hablase primero.

Un domingo del mes de abril, Fanny llegó más adornada que de costumbre, con sombrero y traje de primavera, sencillo, porque no era rica, pero amoldado a la gracia de su cuerpo.

—Levántate pronto; vamos a almorzar al campo...

—¿Al campo?...

—Sí, a Enghien, en la quinta de Rosa... Nos ha convidado a los dos... —Dijo que no, primero; pero ella insistió. «Rosa no la perdonaría nunca una negativa; bien puedes acceder en mi obsequio... Me parece que, por mi parte, hago bastante...».

A orillas del lago de Enghien, ante un inmenso césped que descendía hasta el puertecillo en que se balanceaban algunas canoas y góndolas, veíase una gran casa suiza, maravillosamente decorada y amueblada, y cuyos techos y planos realzados como espejos reflejaban el chispear del agua, las magníficas glorietas de un parque ya cubierto de verdor temprano y lilas en flor. Las correctas libreas de la servidumbre, y las alamedas limpias en que no se veía una ramita tirada, honraban la doble vigilancia de Rosario y de la vieja Pilar.

Estaban ya sentados a la mesa cuando llegaron, debiéndose su tardanza a haberse extraviado vagando una hora alrededor del lago y por callejuelas entre altas tapias de jardines, merced a un falso itinerario que les indicaron. Juan acabó de perder su

aplomo ante la fría acogida que le hizo la dueña de la casa, furiosa porque la habían hecho esperar, y el aspecto extraordinario de las viejas tarascas a quienes Rosa le presentó con su voz de carretero. Tres «elegantes», como se designan entre sí las busconas de lujo; tres antiguas perdidas, que figuraban entre las glorias del segundo imperio, de nombres tan famosos como el de un gran poeta o un general victorioso, Wilkie, Cob, Sombreuse, Clara Desfous.

Elegantes, cierto que lo eran siempre; vestidas a la última moda, con los colores primaverales, deliciosamente prendidas desde el cuello hasta las botinas; ¡pero tan ajadas, pintadas y remendadas! Sombreuse, sin cejas, muertos los ojos, colgante el labio, tanteando alrededor de su plato, de su tenedor, de su vaso; la Desfous, enorme, llena de barro, con una bola de agua caliente a los pies, poniendo sobre el mantel sus pobres dedos torcidos y gotosos, con sortijas brillantes, tan difíciles y complicadas en su entrada y salida como los anillos de la cuestión romana. Y Cob, muy delgada, con cintura juvenil que hacía más asquerosa su cabeza descarnada de clown enfermo, bajo unas greñas de estopa amarilla. Ésta, arruinada, embargada, había ido a tentar el último golpe a Monte-Carlo y volvía sin un cuarto, rabiosa de amor por un ruletero guapo que la había despreciado; Rosa la recogió, la mantuvo, y de ello se envanecía.

Todas aquellas mujeres conocían a Fanny y la saludaban con protector saludo. «¿Cómo va, chica?». La verdad es que con su traje de tres francos el metro, sin más alhaja que el rojo broche de Kuyper, parecía una recluta entre aquellas espantosas veteranas de la busconería, y aquel marco de lujo, toda la luz reflejada del lago y del cielo, entrando mezclada con olores primaverales por las puertas del comedor, las hacía más espectrales aún.

Estaba también la vieja Pilar, madre de Rosario, el «chinge»<sup>[7]</sup>, como ella misma se llamaba, en su mezcolanza franco-española, verdadero macaco de piel desteñida y gastada, de feroz malicia en sus facciones gesticulantes, peinada como un muchacho, con sus cabellos canos al rape de las orejas, y ostentando sobre su traje de antiguo raso negro un gran cuello azul de timonel.

—Y además el señor Bichito... —dijo Rosa acabando la presentación de sus convidados, y enseñando a Gaussín un enguate color de rosa, donde el camaleón tiritaba sobre el mantel.

—Bueno: ¿y yo? ¿No me presentan a mí? —exclamó con tono de jovialidad forzada un mocetón de bigote canoso, correcto en el vestir, aunque algo tieso, con su levita clara y su cuello alto.

—Es verdad... ¿y Tatave? —dijeron riéndose las mujeres. La dueña de la casa dijo su nombre negligentemente.

Tatave era De-Potter, el sabio compositor, el aplaudido autor de *Claudia*, de *Savonarola*; y Juan, que sólo pudo entreverle en casa de Déchelette, asombrábase de hallar, en el gran artista, modales tan poco geniales, y aquella cara dura y regular como de madera, aquellos apagados ojos en los que estaba impresa una pasión loca, incurable, que desde largos años atábale a esta perdida, haciéndole abandonar a su

mujer y a sus hijos para ser un comensal en aquella casa, donde consumía una parte de su gran fortuna y sus ganancias del teatro, y donde le trataban peor que a un criado. Era preciso ver la aburrida actitud de Rosa cuando contaba él algo, y el despreciativo tono con que le imponía silencio; y haciendo coro a su hija, Pilar no dejaba nunca de añadir con tono convencido:

—Déjanos en paz, hijo.

A esta Pilar tenía Juan por vecina, y sus viejos morros, que gruñían al mascar con un rumiar de bestia y la inquisidora mirada a su plato, ponían en un suplicio al joven, ya molestado por el tono de patrona de Rosa, que bromeaba con Fanny por las veladas musicales del hospedaje y por las chochees de aquellas desdichadas vejanconas que tomaban a la gerente por una mujer de mundo caída en desgracia. La antigua carrerista de carros, henchida de grasa malsana, con cabujones de diez mil francos en cada oreja, parecía envidiar a su amiga el renuevo de juventud y belleza que le comunicaba este amante joven y hermoso; y Fanny no se incomodaba, antes por el contrario, divertía al banquete, burlábase, como un aprendiz de pintor, de los huéspedes, del peruano que la confesaba, poniendo los ojos en blanco, su deseo de conocer una *grande coucoute*<sup>[8]</sup> y la corte silenciosa, la respiración de foca del holandés, diciendo de pie, detrás de la silla en que ella se sentaba: «¿A que no sabe usted cuánto cuestan las patatas en Batavia?».

En cuanto a Gaussín, no se reía; Pilar tampoco, ocupándose en vigilar el servicio de plata de su hija, o lanzándose con brusco ademán a cazar en el cubierto que estaba ante ella, o en la manga de su vecino, una mosca, que presentaba, murmurando palabras tiernas: «Come, *mi alma*; come, *mi corazón*»<sup>[9]</sup>, al asqueroso animal tumbado sobre el mantel, ajado, arrugado, informe como los dedos de la Desfous.

A veces, puestas en fuga todas las moscas, apercibía una en el aparador o en los cristales de la puerta, y levantándose la cazaba de un manotón triunfalmente. Repitió tanto este manejo, que impacientó a su hija, la cual decididamente estaba muy nerviosa aquel día:

—No te levantes a cada instante; eso marea.

Con la misma voz, dos tonos más baja, y con su mala pronunciación francesa, la madre contestó: «*Vosotros* devoráis... ¿por qué no quieres que coma él?».

—Vete de la mesa o estáte quieta...; nos fastidias...

La vieja replicó, y las dos empezaron a insultarse como devotas españolas, mezclando el demonio y el infierno a sus invectivas de plazuela:

—*Hija del demonio*.

—*Cuerno de Satanás*.

—*¡P...!*

—*¡Mi madre!*<sup>[10]</sup>

Mirábalas Juan espantado, mientras que los demás convidados, acostumbrados a estas escenas de familia, continuaban comiendo tranquilamente. De-Potter fue el único que intervino por miramientos al extraño:

—Vamos a ver, no riñáis.

Pero Rosa, furiosa, volvióse contra él:

—¿Quién te mete a ti en esto?... ¡Pues no faltaba más!... ¿Acaso no soy dueña de hablar?... ¡Anda vete a ver si estoy yo en casa de tu mujer!... Ya estoy hasta el pelo de tus ojos de pescadilla frita y de los tres cabellos que te quedan... ¡Anda y llévaselos a tu pavisosa, que ya es tiempo!...

De-Potter sonreía algo pálido.

—¡Y que viva uno así!... —murmuraba entre dientes.

—El que está a las duras está a las maduras... —aulló Rosa, echando todo el cuerpo en la mesa...—. Y lo dicho, la puerta está abierta..., ¡largo!... ¡up!

—Vamos, Rosa... —suplicaron los vejestorios. Y la madre de Pilar, volviendo a comer, dijo con flema tan cómica «déjanos en paz, hijo», que todos se echaron a reír, hasta la misma Rosa, hasta De-Potter, que abrazó a su querida, gruñidora aún, y para acabar de congraciarse con ella cazó una mosca y se la dio a Bichito, cogiéndola delicadamente por las alas.

¡Y éste era De-Potter, el compositor glorioso, el orgullo de la Escuela francesa! ¿Cómo le tenía cogido esta mujer, con qué sortilegio, envejecida en el vicio, grosera con aquella madre que doblaba su infamia, mostrando lo que sería ella misma veinte años después, como en una bola azogada?...

Sirvióse el café a orillas del lago, en una gruta de rocalla, tapizada interiormente con sedas claras que marcaban el movimiento del agua, uno de esos nidos de besos, deliciosos, inventados en los cuentos del siglo XVIII, con un espejo en el techo, espejo que reflejaba las actitudes de las viejas, tumbadas en el ancho diván, entregadas a un desmayo digestivo, y de Rosa, que con las mejillas enrojecidas bajo el afeitado, se desperezaba apoyada en su músico.

—¡Oh! ¡Tatave mío!... ¡Tatave mío!

Pero este calor de ternura se evaporó con el del *chartreuse*, y la idea de un paseo en lancha ocurriósele a una de aquellas señoras, por lo cual envió a De-Potter a preparar la lancha.

—La lancha... ¿sabes?... no la noruega.

—Si llamara a Desiré...

—Desiré está almorzando.

—Es que la lancha esta llena de agua; hay que achicar; es un trabajo...

—Juan irá con usted, De-Potter... —dijo Fanny, que veía venir otra disputa.

Sentados frente a frente, con las piernas separadas, cada cual sobre un banco de la lancha, achicábanla activamente, sin hablarse, sin mirarse, como hipnotizados por el ritmo del agua que saltaba de los dos achicadores. A su rededor, la sombra de un gran ébano caía con una frescura olorosa y se cortaba en el lago, resplandeciendo de luz.

—¿Hace mucho tiempo que está usted con Fanny?... —preguntó de pronto el músico deteniendo su tarea.

—Dos años... —contestó Gaussín, algo sorprendido por la pregunta.



—¡Sólo dos años!... Entonces lo que está usted viendo hoy, acaso pueda servirle de enseñanza. Yo hace ya veinte que vivo con Rosa; veinte que al volver de Italia, después de mis años de pensión en Roma, entré en el Hipódromo una noche y la vi de pie en su carrito dando vueltas a la pista, cayendo sobre mí, látigo en mano, con su casco de ocho puntas y su cota de escamas de oro, que la ajustaba el talle hasta medio muslo. ¡Ah! Si me hubieran dicho...

Y volviendo a vaciar la lancha, contaba cómo en su casa riéronse al principio de aquellos amoríos: luego, haciéndose la cosa seria, relataba con cuántos esfuerzos, súplicas y sacrificios hubieran pagado sus padres una ruptura; dos o tres veces separáronle de aquella mujer, haciéndola marcharse a fuerza de dinero; pero él se reunía con ella siempre. «Probemos los viajes...» dijo la madre. Viajó, volvió y tornó a meterse con ella. Entonces se dejó casar; mujer bonita, rica dote y la promesa del sillón del Instituto en la canastilla de boda... Y tres meses después dejaba su nueva familia por el antiguo lazo... «¡Ah, joven, joven!...».

Contaba su vida con voz seca, sin que un solo músculo animara su rostro, rígido como el almidonado cuello, que se mantenía tan erguido. Y pasaban las barcas llenas de estudiantes y de mujeres, rebosando canciones, risas, juventud y embriaguez; ¡cuántos, entre aquellos inconscientes, hubieran debido pararse y escuchar aquella espantosa lección!...

Mientras tanto, en el kiosco, como si fuera consigna dada para procurar su ruptura, las viejas predicaban juicio a Fanny Legrand... «Era lindo el pequeño... pero sin un cuarto... ¿A qué conducía aquello?».

—¡En fin, yo le quiero!...

Y Rosa, encogiéndose de hombros, decía: «Dejarla... va a perder su holandés como la he visto perder todos sus buenos negocios... después de su historia con Flamant, procuró ser más práctica; pero ya está otra vez más loca que nunca...».

—¡Ay, bellaca!... —gruñó mamá Pilar.

La inglesa de cabeza de clown intervino con el horrible acento que la procuró en otro tiempo tantos triunfos.

—Bueno es amar, niña... el amor es cosa buena...; pero también se debe amar el dinero... yo ahora, si fuera rica, no diría mi ruletero que soy fea, ¿no es cierto?... —Acometióla un rapto de furor, que elevó su voz hasta lo agudo: «¡Oh, era muy terrible aquello!... Haber sido célebre en el mundo, universal, conocida como un monumento, como un boulevard... tan conocida, que no había un solo cochero miserable a quien se le dijera: “¡A casa de Wilkie Cob!” que no supiese en seguida dónde era. ¡Haber tenido príncipes a mis pies, y reyes, que si yo escupía, decían que era bonito mi salivajo!... Y ahora aquel bribón cochino no la quería por razón de su fealdad... y yo no tenía ni siquiera lo bastante para comprármelo para una noche».

Y exaltándose más ante la idea de que la considerasen como fea, se desabrochó el traje bruscamente.

—La cara, *yes*, lo concedo; pero esto, el pecho, los hombros... ¿Hay nada más

blanco, ni más duro?

Y mostraba con impudor su carne de bruja, que seguía siendo joven milagrosamente, después de treinta años de hoguera, rematada por su cabeza marchita y fúnebre desde la línea del cuello.

—¡Señoras, la lancha esta lista...! —gritó De-Potter; y la inglesa abrochando su traje sobre lo que de juventud le quedaba, murmuró con cómico desconsuelo:

—¡No puedo ir desnuda por la calle!...

En aquella decoración de Lancredo, donde la blancura coqueta de las quintas de recreo destacaba entre el nuevo verdor, con aquellas terrazas y aquellos céspedes que formaban marco al lago, refulgente de sol, ¡qué embarque fue el embarque de esta Citerea, inválida; la ciega Sombreuse, y el clown viejo, y Desfous la paralítica, dejando en la estela del agua el perfume almizclado de sus pinturas!

Juan llevaba los remos, encorvada la espalda, avergonzado y desolado de que pudieran verle y atribuirle algún bajo empleo en la siniestra barca alegórica. Felizmente tenía frente a él, para refrescar el corazón y la vista, a Fanny Legrand, sentada a popa, cerca del timón, que regía De-Potter; Fanny, cuya sonrisa jamás le pareció tan juvenil, sin duda por comparación.

—Cántanos alto, pequeña... —dijo la Desfous, a la que emperezaba la primavera. Con su voz expresiva y profunda, Fanny empezaba la barcarola de *Claudia*, que el compositor, trastornado por aquel recuerdo de su gran triunfo primero, seguía, imitando con la boca cerrada, la instrumentación de la orquesta, esa ondulación que hace correr por la melodía una a manera de luz del agua movida. A tal hora y con tal paisaje, era aquello delicioso. Desde una azotea vecina gritaron «¡bravo!»; y el provenzal remando a compás, tenía sed de aquella música en los labios de su querida, sentíase tentado de poner su boca en el mismo manantial de las notas y beber al sol, con la cabeza echada hacia atrás, y para siempre.

De pronto Rosa, furiosa interrumpió la cantinela, cuyo dúo de voz la irritaba. «¡Eh! los de la música, a ver si acabáis de arrullaros... ¿Si creeréis que nos divierte vuestra romanza de sepultureros?... Basta ya... Es tarde, y Fanny tiene que volver a su jaula...».

Y con ademán furibundo, mostrando el desembarcadero más próximo:

—Aborda allí... —dijo a su amante...—. Estarán más cerca de la estación...

Como despedida, era brutal; pero la antigua carrerista de carros había acostumbrado a su gente a estos modales, y nadie se atrevió a protestar. Dejaron a la pareja en la orilla, con algunas palabras de fría urbanidad para el joven, y órdenes a Fanny con voz silbante, y la barca se alejó cargada de gritos y de disputas, que terminó una insultante carcajada que llevaron a los dos amantes las sonoridades del agua.

—¿Oyes, oyes? —decía Fanny pálida de coraje—; están burlándose de nosotros.

Y todas sus humillaciones, todos sus rencores, reaparecieron ante esta última injuria, y los enumeraba al regresar a la estación, llegando a confesar cosas que

siempre ocultó. Rosa no trataba más que de alejarla de él y facilitarla ocasiones de engañarle. «Si supieras cuántas cosas me ha dicho para convencerme de que haga caso a ese holandés... Hace un momento, todas a coro me hablaban de ello... Te quiero demasiado, comprendes, y eso la estorba para sus vicios, porque los tiene todos, los más bajos, los más monstruosos. Y porque yo no quiero ya...».

Se detuvo, le vio muy pálido, tembloroso el labio, como la noche en que revolvía el cajón de cartas.

—¡Oh! no temas nada —dijo—; tu amor me ha curado de todos esos horrores... Ella y su camaleón que apesta, me repugnan por igual.

—¡No quiero que sigas ahí! —exclamó el amante enloquecido de celos insanos...—. Hay demasiadas porquerías en el pan que ganas: vas a volver conmigo, y saldremos como podamos.

Ella esperaba este grito; lo deseaba desde hace tiempo. Sin embargo, se resistió, objetando que juntos, con los trescientos francos del Ministerio, la vida sería muy difícil, que tendrían que separarse otra vez... «¡Y he sufrido tanto al salir de nuestra pobre casa!...».

Había bancos bajo las acacias que bordean el camino, cuyos hilos telegráficos estaban llenos de golondrinas; para hablar mejor, sentáronse, muy conmovidos los dos y con los brazos enlazados.

—Trescientos francos al mes —decía Juan—, pero ¿cómo hacen los Hettema, que no cuentan más que con doscientos cincuenta?...

—Viven en el campo, en Chaville, todo el año.

—Pues bien, hagamos lo que hacen ellos; no tengo interés en vivir en París.

—¿De veras?... ¿quieres?... ¡ah! dueño mío... dueño mío...

Pasaba gente por el camino; un galope de burros que llevaba el séquito de una boda. No podían abrazarse, y quedaron inmóviles, estrechándose uno contra otro, soñando con una felicidad que retozaba en las noches de verano en que gozarían de una dulzura campestre, esa tibia calma, que amenizan a lo lejos los tiros de escopeta y las tocatas de organillo de una fiesta en las afueras.

## VIII

Instaláronse en Chaville, entre la parte alta y baja del país, en ese camino viejo forestal, que se llama el Empedrador de los guardas, en un antiguo punto de cita de cazadores a la entrada del Bosque: tres habitaciones no mayores que las de París, y su mismo mobiliario: el sillón de rejilla, el armario pintado, y para adornar el horrible papel verde de su cuarto, nada más que el retrato de Fanny, porque a la fotografía de Castelet se le había roto el marco en la mudanza y amarilleaba en las guardillas.

Ya no se hablaba de ese pobre Castelet desde que el tío y la sobrina habían interrumpido su correspondencia. «¡Valiente bribón!...» decía ella recordando la facilidad con que el *Fénat* protegió la primera ruptura. Sólo las niñas escribían a su hermano, pero Divonne, no. Acaso guardaba rencor a su sobrino, o adivinaba que la mala mujer había vuelto para romper el sobre, y comentar sus pobres cartas maternas, llenas de gruesas letras campesinas.

Había instantes en que se figuraban estar en la calle de Amsterdam, cuando se despertaban con la romanza de los Hettema, que eran de nuevo sus vecinos, y el silbido de los trenes que se cruzaban continuamente al otro lado del camino, visibles a través del ramaje del gran parque. Pero en lugar de las cristaleras descoloridas de la estación del Oeste, de las ventanas sin cortinas que dejaban ver las inclinadas siluetas de los empleados, y del estruendo rugiente de la empinada calle, saboreaban el espacio silencioso y verde, por cima de su huertecillo rodeado por otros jardines y casitas entre bosquecillos de árboles, que se alejaban hasta lo último del país.

Por la mañana, antes de marcharse, Juan almorzaba en el comedorcito; abierta la ventana, que tenía vistas a un ancho camino empedrado, lleno de hierba, bordeado con malezas de escaramujo de acre perfume. Por allí iba a la estación en diez minutos, costeano el bosque rumoroso y lleno de gorgoros; y cuando volvía aquel rumor se acallaba a medida que la sombra salía del tallar por el césped del camino verde enrojecido con la puesta del sol, mientras que los llamamientos de los cucos interrumpían los trinos de los ruiseñores en las hiedras.

Pero terminada la instalación y pasada la primer sorpresa de este reposo de las cosas que le rodeaban, volvió el amante a sus tormentos de celos estériles y exploradores. La ruptura de su querida con Rosa, su salida del hotel, produjeron entre las dos mujeres una explicación de doble alcance, monstruosa, que reavivó sus sospechas y sus inquietudes más agitadoras: y cuando se iba, cuando desde el vagón veía su casita baja coronada con una guardilla redonda, su mirada registraba las paredes, decía para sí: «¿Quién sabe?». Y aquello le perseguía hasta cuando registraba los expedientes de su escritorio.

A la vuelta, hacía la dar cuenta del empleo de su día, de sus menores actos, de sus preocupaciones, a menudo indiferentes, que sorprendía con un «¿en qué piensas?...

Dilo en seguida», temiendo siempre que se acordase de algo o de alguno de aquel horrible pasado; confesado siempre por ella con la misma franqueza, incapaz de desconcertar.

Al menos, cuando no se veían más que los domingos, ávidos uno de otro, no perdía el tiempo en estas pesquisas morales, insultantes y minuciosas. Pero reunidos, con la continuidad de la vida en común, torturábanse hasta en sus caricias, en sus más íntimos abrazos, agitados por una sorda cólera ante el doloroso sentimiento de lo irreparable: extenuábase él en querer procurar a esta hastiada de amor una conmoción que ignorase todavía, y ella, pronta al martirio para procurarle un placer que no hubiera dado a otros diez hombres, no consiguiéndolo y llorando de impotente rabia.

Tuvieron luego un descanso, una tregua: acaso la saciedad de los sentidos en la tibia envoltura de la naturaleza o más bien la vecindad de los Hetteima fueron la causa de ello. Y es que de todas las familias que acampaban en los alrededores de París, tal vez ninguna saboreó como aquélla las libertades campestres, la alegría de salir vestidos de cualquier modo, cubierta la cabeza con sombreros de corcho, la señora sin corsé y el señor con alpargatas, y llevar, al levantarse la mesa, migas de pan a los patos, peladuras a los conejos, y, por último, escardar, rastrillar, injertar, regar.

¡Oh, el riego!...

Los Hetteima dedicábanse a él en cuanto volvía el marido, cambiando su traje de la oficina por una blusa de Robinsón: después de comer lo reanudaban, y hasta bien entrada la noche, en lo oscuro del jardincito, del que subía una evaporación fresca de tierra mojada, oíanse el chirrido de la bomba, los choques de las regaderas, y enormes respiraciones vagaban por todos los arriates, con un chorrear que parecía caer de la frente de los que trabajaban por la roseta de la regadera, y luego, de vez en cuando, se escuchaba un grito de triunfo:

—He echado treinta y dos en los guisantes...

—Y yo catorce en las balsaminas...

Eran gentes que no se contentaban con ser felices, sino que contemplaban cómo lo eran, y saboreaban su felicidad hasta el extremo de despertarle a uno el apetito: sobre todo, él, por la irresistible manera que tenía de contar las alegrías de una invernada entre dos.

—¡Ahora no es nada, pero ya verá usted en diciembre!... Vuelve uno enlodado, mojado, con todos los aburrimientos de París en el alma: se encuentra buen fuego, buena luz; la sopa que trasciende, y bajo la mesa un par de almadreñas llenas de paja. No, a fe mía, cuando se ha tragado uno un platazo de coles y salchichas, un cuarterón de queso de Gruyère, conservado fresco envuelto en una servilleta, cuando encima de esto se echa un litro de bebida que no ha pasado por Bercy, libre de bautizo y de impuestos, lo bueno es arrimar la butaca junto al fuego, encender una pipa, beberse su café con unas gotitas de aguardiente y echar una siesta uno junto a otro, mientras que el hielo se deshace en los cristales... ¡Oh, una siestecita, sólo el tiempo necesario para que pase lo fuerte de la digestión!... Luego se dibuja un rato, la mujer quita la

mesa, va y viene en sus quehaceres, echa la manta, mete el calentador, y cuando está ya acostada y el sitio caliente, cae uno allí y le hace el mismo efecto que si entrara de cuerpo entero en la paja de las almadreñas...

Aquel velludo gigante, de pesada mandíbula, era casi elocuente en materialismo, siendo, por lo común, tan tímido, que no podía pronunciar dos palabras sin avergonzarse y tartamudear.

Esta timidez loca, de tan cómico contraste con aquella barba negra y aquella envergadura de coloso, fue la causa de su matrimonio y de la tranquilidad de su vida. A los veinticinco años, rebosando vigor y salud, Hettema nada sabía del amor ni de la mujer, cuando un día en Nevers, después de un banquete de corporación, lleváronle medio borracho sus compañeros a una casa de mujeres públicas, y le obligaron a que eligiera. Salió de allí trastornado, volvió, eligió la misma siempre, pagó sus deudas, se la llevó, y asustándole la idea de que podrían quitársela, que tendría que volver a empezar una nueva conquista, acabó por casarse con ella.

—Un casamiento legítimo, querido... —decía Fanny con risa triunfante a Juan, que la escuchaba aterrado...—. Y de todos los que he conocido, es el más decente y el más honrado.

Asegurábalo en la sinceridad de su ignorancia, pues los matrimonios legítimos que ella pudo ver no merecían ciertamente otra apreciación: todas sus nociones de la vida eran tan falsas y sinceras como ésta.

La vecindad de los Hettema era tranquila, de carácter siempre igual, capaces de hacer favores que no les molestasen mucho, odiando, sobre todo, las disputas, las riñas en que hay que dar la razón a una de las dos partes, y, en general, todo lo que puede turbar una buena digestión. La mujer procuraba iniciar a Fanny en el conocimiento de la cría de gallinas y conejos, y en las sanas alegrías del riego; pero todo fue inútil.

La querida de Gaussín, callejera y corretona de estudios de pintor, no gustaba del campo más que a ratos, en giras, como sitio donde se puede gritar, revolcarse por el suelo y perderse con un amante. Detestaba el esfuerzo, el trabajo, y sus seis meses de gerencia agotaron por mucho tiempo sus facultades activas, languidecía en una pesadez vaga, una embriaguez de bienestar y de aire libre que casi la quitaba las fuerzas para vestirse, peinarse y hasta para abrir el piano.

El cuidado de la casa habíalo entregado por completo a una criada del país, y así cuando al llegar la noche resumía sus quehaceres del día para contárselos a Juan, no resultaba de ello nada más que una visita a Olimpia, chismes de tapia a tapia y montones de cigarrillos cuyas colillas manchaban el mármol delante de la chimenea. ¡Eran ya las seis!... Apenas la quedaba el tiempo preciso para echarse un vestido y ponerse una flor en el corpiño para correr al encuentro de su amante en el camino verde...

Pero con las nieblas, las lluvias de otoño y el temprano anochecer, tuvo más de un pretexto para no salir: y con frecuencia la sorprendía a la vuelta vestida con una de

esas blusas de lana blanca con grandes pliegues que acostumbraba a ponerse por la mañana, nada más que recogido el cabello como cuando se marchó. Hallábala así encantadora, con su nuca juvenil aún, su carne tentadora y cuidada, que estaba siempre entregándose sin trabas. Sin embargo, extrañábale este envilecimiento, y le asustaba como un peligro.

Él mismo, después de gran esfuerzo de trabajo para aumentar con algo sus recursos sin acudir a Castelet, pasando veladas trabajando en planos y reproducciones de piezas de artillería, furgones y fusiles del nuevo modelo, que dibujaba por cuenta de Hettema, sintióse dominar de pronto por aquella influencia disolvente del campo y de la soledad, a la que se dejan arrastrar los más fuertes, los más activos, y cuyo germen perezoso dejó en él su primera infancia, pasada en un rincón perdido de la naturaleza.

Y ayudando a esto el materialismo de sus obesos vecinos, comunicándoseles en las constantes idas y venidas de una a otra casa, con algo de rebajamiento moral y de su apetito monstruoso, Gaussín y su querida llegaron también a discutir gravemente la cuestión de las comidas y la hora de acostarse. Habiendo enviado Cesáreo una pipa de su aguapié, emplearon un domingo entero en embotellarlo, abierta la puerta de su bodega al último sol del año, un cielo azul por el que corrían nubes sonrosadas de un color rosa de brezo. No estaba lejano el día de los zuecos llenos de paja caliente, ni de la siestecita de los dos a uno y otro lado del fuego de sarmientos. Afortunadamente, se les proporcionó una distracción.

La encontró una tarde muy conmovida. Olimpia acababa de contarla la historia de un pobre niño, criado en Morván por una abuela. El padre y la madre estaban en París vendiendo leña; no escribían ni pagaban hacía meses; muerta la abuela de repente, unos marineros habíanse traído al niño por el canal del Yonne para entregárselo a sus padres; pero no los encontraron. Cerrado su corral de leña, supieron que la madre se había marchado con un amante, que el padre se emborrachaba, se había arruinado, y que desapareció por último... ¡Qué bien andan los matrimonios legítimos!... Y hétenos aquí con el pobre niño de seis años, un amorcillo, sin pan, ni ropa, y en la calle.

Conmovióse hasta llorar, y luego de improviso:

—Si lo recogiésemos nosotros... ¿quieres?

—¡Qué locura!

—¿Por qué?...

Y acercándosele, mimándole:

—Sabes cuánto he deseado tener un hijo tuyo: educaremos a ése, se le instruirá. Esos niños que se recogen, al cabo de cierto tiempo, se les quiere como si fueran de uno...

Invocaba también la distracción que sería esto para ella, que estaba sola todo el día, embruteciéndose removiendo un montón de villanas ideas. Un niño es una salvaguardia. Luego, viéndole asustado por el gasto:

—¡Pero si eso no es nada!... ¡Figúrate tú, tiene seis años! Le vestimos con tus desechos. Olimpia, que entiende de esto, me aseguraba que ni siquiera lo notaríamos.

—Entonces, ¿por qué no le recoge ella? —dijo Juan con el mal humor del hombre que se siente vencido por su propia debilidad.

Trató, sin embargo, de resistir con ayuda del argumento decisivo:

—¿Y cuando yo me marche?...

Hablaba muy raras veces de aquella marcha para no entristecer a Fanny; pero pensaba en ella, y con ella se tranquilizaba contra los peligros del amancebamiento y las tristes confidencias de De-Potter.

—¡Este niño sería una complicación y una carga para ti en el porvenir!...

Los ojos de Fanny se velaron.

—Te equivocas, dueño mío; será alguien con quién podré hablar de ti, un consuelo, una responsabilidad que al par me dará fuerzas para trabajar y tener de nuevo amor a la existencia...

Reflexionó un minuto, se la figuró sola en la casa vacía.

—¿Dónde está ese niño?

—En el Bas-Meudón, en casa de un marinero que lo ha recogido por algunos días... Luego, iría al hospicio a la beneficencia.

—Vaya, ve a buscarlo, puesto que te empeñas tanto en ello.

Abalanzósele a su cuello, y con alegría de niña, toda la noche tocó el piano, cantó, feliz, exuberante, transfigurada. Al día siguiente, en el vagón, Juan habló de su decisión al obeso Hettema, que parecía enterado del asunto, pero deseoso de no mezclarse en nada. Hundiéndose en su rincón y absorto en la lectura del *Petit Journal*, tartamudeaba desde lo más hondo de su barba:

—Sí, ya lo sé... son cosas de esas señoras... yo nada tengo que ver en ello... —Y mostrando su cabeza por encima de la hoja de papel desdoblada—: Su mujer de usted me parece muy romántica —dijo.

Romántica o no, por la tarde la encontró consternada, de rodillas, con un plato de sopa en la mano, tratando de domesticar al chicuelo de Morván, que en pie, en actitud de retroceder, con la cabeza baja, una cabeza enorme con pelos de estopa, se negaba enérgicamente a hablar, a comer, y hasta a enseñar la cara, y repetía con voz ahogada y monótona:

—Ver a Menina, ver a Menina.

—Menina es su abuela, me figuro... Hace ya dos horas que no he podido conseguir de él que diga otra cosa.

Juan empeñóse también en hacerle tragar la sopa, pero sin éxito. Y permanecieron allí arrodillados los dos, a su altura, el uno con el plato y el otro con la cuchara, como delante de un cordero enfermo, repitiendo sus estímulos, sus frases de ternura para decidirle.

—Pongámonos a comer; tal vez le intimidamos; comerá si no le miramos más...

Pero siguió inmóvil, aturdido, repitiendo su queja de niño salvaje... «ver a



Menina», que les desgarraba el corazón, hasta que se durmió de pie, apoyado en el aparador y tan profundamente, que pudieron desnudarle, acostarle en la pesada cuna campesina, que prestó un vecino, sin que abriese los ojos ni un instante.

—¡Mira qué hermoso es!... —decía Fanny muy orgullosa de su adquisición; y obligaba a Gaussín a que admirase aquella frente testaruda, aquellas facciones finas y delicadas bajo su curtido campestre, aquella perfección de su cuerpecito de espaldas rellenas, brazos redondos, piernas de faunillo, largas y nerviosas, ya velludas en su parte inferior. Extasiábase contemplando aquella hermosura de niño.

—Pero tápale, va a tener frío... —dijo Juan cuya voz la hizo estremecer, como si la despertara de un sueño; y mientras que lo arropaba tiernamente, el pequeñuelo lanzaba largos suspiros sollozados, un oleaje de su desesperación a pesar del sueño.

Por la noche empezó a soñar en voz alta.

—Guerladame, Menina...<sup>[11]</sup>

—¿Qué dice?... Escucha.

Quería que le *guerladasen*; ¿pero qué significaba aquella palabra de dialecto? Juan, a la ventura, extendió el brazo y empezó a mecer la pesada cuna: y el niño poco a poco se calmó y volvió a dormirse, teniendo cogida con su gordita mano rugosa, la mano que creía ser la de su «menina», muerta quince días antes.

Era en la casa como un gato montés, que arañaba, mordía, comía aparte de los demás, gruñendo cuando se acercaban a su escudilla; las pocas palabras que le hacían decir eran de un idioma bárbaro, de los leñadores del Morván, que a no ser porque los Hetteima eran de la misma tierra, y sirvieron de intérpretes, no hubieran llegado a entender. Sin embargo, a fuerza de buenos cuidados, de dulzura, llegaron a domesticarle un poco —*un pso*— como él decía. Consintió en quitarse los andrajos con que lo trajeron vestido, cambiándolos por ropas de abrigo y limpias, que al acercarse con ellas a él en los primeros días, hacíanle «querriar» de furor como un verdadero chacal, al que quisieran poner una piel de galga. Aprendió a comer en la mesa, y el manejo del cuchillo y el tenedor, y a contestar, cuando le preguntaban su nombre, que en su tierra «le decían José».

En cuanto a instruirle en las menores nociones elementales, no había que pensar en ello por entonces. Criado en pleno bosque, en una choza de carboneros, el ruido de una naturaleza rumorosa y brillante seguía en su dura cabeza de silvano pequeño, como el ruido del mar en las espirales del caracol, y no había medio de que en ella entrase nada más, ni de tenerlo encerrado en casa, ni siquiera en los días más malos. Con la lluvia, con la nieve, cuando los árboles desnudos se erizaban de corales de escarcha, escapábase, batía el monte, registraba las madrigueras con hábiles crueldades de huronero, y cuando volvía extenuado de hambre, siempre traía en su blusa de fustán hecha pedazos, en el bolsillo de sus pantalones enlodados hasta la cintura, algún animal adormecido o muerto, pájaro, topo, musgaño, o a falta de esto, remolachas y patatas desenterradas en el campo.

Nada podía vencer aquellos instintos de cazador furtivo y merodeador,

complicados con una manía campestre de esconder toda clase de objetos pequeños relucientes, botones de cobre, cuentas de azabache, papel de plomo del chocolate, que José cogía cerrando la mano y se llevaba a escondites de urraca ladrona. Todo este botín tenía para él un nombre vago y genérico, la mercancía, nombre que pronunciaba *mercansa* y ni razones ni golpes hubieranle impedido reunir su *mercansa*, a costa de todos y de todo.

Sólo los Hettema hacían carrera de él: el dibujante tenía siempre al alcance de su mano, sobre la mesa, a cuyo rededor andaba el chicuelo salvaje, atraído por los compases, los lápices de color, un látigo perrero que le chasqueaba en las piernas. Pero ni Juan ni Fanny hubiesen usado de tales medios de amenaza, aunque el niño se mostrase con respecto a ellos, adusto, desconfiado, indomable, hasta para los más tiernos halagos, como si la *menina*, al morir, le hubiese arrebatado toda expansión afectuosa: Fanny *porque hedía bien*, conseguía al fin tenerlo un rato en su falda, mientras que para Gaussín, a pesar de su dulzura con él, era siempre la misma fiera que el día de su llegada, con la mirada recelosa y las garras extendidas.

Esta invencible y casi instintiva repulsión del niño, la curiosa malicia de sus ojillos azules, con pestañas albinas, y, sobre todo, la ciega y súbita ternura de Fanny hacia aquel extraño que de pronto entraba en su vida, turbaban al amante con una sospecha nueva. Acaso era hijo suyo, criado en casa de una nodriza o en la de su madrastra: y la muerte de Machaume, que aconteció por aquel entonces, parecía una coincidencia para justificar su tormento. A veces por la noche, cuando tenía aquella manita agarrada a la suya, porque el niño en la vaguedad del sueño creía siempre que se la daba a *menina*, interrogábale con toda su turbación interior e inconfesa: «¿De dónde vienes? ¿Quién eres?», esperando adivinar, comunicándosele por el calor natural de aquel ser pequeño, el misterio de su nacimiento.

Pero su inquietud cesó ante una palabra del tío Legrand, que venía a pedir que le ayudasen a pagar un nicho para su difunta, y gritaba a su hija al ver la cuna de José:

—¡Calle! ¡Un cachorro!... Debes estar muy contenta, tú que no has podido sacar ninguno a relucir.

Gaussín fue tan dichoso, que pagó el nicho sin querer ver el dibujo de él, y retuvo al tío Legrand, convidándole a almorzar.

Empleado en los tranvías de París a Versalles, inyectado de vino y de apoplejía, pero siempre firme y de buena cara bajo su sombrero de gualda, envuelto por su luto en una tosca presilla de gasa, que lo convertía en un verdadero sombrero de enterrador, el viejo cochero mostróse encantado por la acogida del señor de su hija, y volvió de vez en cuando a comer con ellos. Sus cabellos blancos de polichinela, sobre su rostro afeitado y entumecido, sus modales de borracho majestuoso, el respeto que tenía a su látigo, dejándolo, colocándolo en un rincón seguro, con precauciones de ama de cría, impresionaban mucho al niño: y pronto el viejo y el niño estuvieron en la mayor intimidad. Un día que acababan de comer juntos, los Hettema vinieron a sorprenderles:

—¡Ah! están ustedes en familia... —dijo la mujer haciendo carantoñas, e hirió a Juan en el rostro aquella frase humillante como un bofetón.

¡Su familia!... ¡Aquel niño abandonado que roncaba echada la cabeza sobre el mantel, aquel forbante viejo y enervado con su pipa ladeada en la boca, la voz pegajosa, explicando por centésima vez que dos sueldos de tralla le duraban seis meses, y que no cambiaba la vara hacía veinte años...! ¡Su familia! En manera alguna... Así como no era su mujer aquella Fanny Legrand, envejecida y cansada, apoyándose en sus codos, envuelta en la humareda de los cigarrillos... Antes de un año todo aquello desaparecería de su vida, con la vaguedad de los encuentros de viaje y los comensales de mesa redonda.

Pero otras veces esta idea de la partida, que invocaba como excusa de su debilidad en cuanto se sentía decaer y bajar; esta idea, en lugar de tranquilizarle y aliviarle, hacía sentir los múltiples lazos que le apretaban, el desgarramiento que produciría su marcha, no como el de una ruptura, sino como el de diez, y cuánto había de costarle soltar aquella manita de niño que por la noche se abandonaba en la suya. Hasta La Balúe, la oropéndola que silbaba y cantaba en su jaula demasiado pequeña, que había que cambiar, y donde bajaba la cabeza como el viejo cardenal en su prisión de hierro; sí, la misma La Balúe había cogido un rinconcito de su corazón, y sería un sufrimiento echarla de allí.

Y, sin embargo, esta separación inevitable se acercaba: y el espléndido mes de junio, que engalanaba para fiesta a la naturaleza, sería probablemente el último que pasarían juntos. ¿Era esto por ventura, lo que la traía tan nerviosa e irritable, o la educación de José, emprendida con súbito ardor, para mayor fastidio del chicuelo de Morván, que se estaba horas y horas ante sus letras, sin verlas ni pronunciarlas, con la frente cerrada por un barroto, como las puertas del corral de una granja? De día en día aquel carácter de mujer exaltábase con violencias y llantos en las disputas renovadas sin cesar, por más que Gaussín ponía empeño en la indulgencia; pero era tan insultante, salía de su cólera tal fango removido de rencor y de odio contra la juventud de su amante, su educación, su familia, la distancia que la vida iba a hacer mayor entre sus dos destinos, sabía tan perfectamente herirle en sus fibras sensibles, que acababa por encolerizarse y contestar.

Sólo que su cólera conservaba en él una reserva, una compasión de hombre bien educado; ataques que no llevaba a cabo, como demasiado fáciles y dolorosos, mientras que ella se desenfundaba en sus furores de mujer pública, sin responsabilidad ni pudor, hacía armas de todo, espionando en el rostro de su víctima con alegría cruel la contracción del sufrimiento que ocasionaba, y luego de repente caía en sus brazos implorando perdón.

Las caras de los Hettema, testigos de estas reyertas que casi siempre estallaban en la mesa, cuando ya sentados e instalados llegaba el momento de destapar la sopera o de meter el cuchillo en el asado, eran dignas de copiarse. Cambiaban por encima de la mesa una mirada de susto cómico. Podrían comer, ¿o iba a volar el guisado al jardín

con la fuente, la salsa y las judías estofadas?

—¡Sobre todo, que no haya disputas!... —decían cada vez que se trataba de reunirse: y con estas palabras acogían siempre la proposición de almorzar juntos en el bosque, y que Fanny les hizo un domingo llamándoles por las tapias del jardín...

—¡Oh, no! ¡Hoy no disputarían; hacía un día demasiado hermoso!... —Y corrió a vestir al niño y a llenar las cestas.

Todo estaba dispuesto y ya se marchaban, cuando el cartero trajo una carta certificada, cuya firma hizo que Gaussín se quedara rezagado. Reunióseles a la entrada del bosque y dijo en voz baja a Fanny:

—Es del tío... Está encantado... Una cosecha magnífica vendida al pie de la cepa... Devuelve los ocho mil francos de Déchelette, con muchas frases de pláceme y gratitud para su sobrina.

—Sí, su sobrina... al uso de Gascuña... ¡valiente estafador!... —dijo Fanny, que no se hacía ilusiones con los tíos del Mediodía: y luego alegremente—: Será preciso colocar ese dinero...

La miró estupefacto, porque la tenía por muy escrupulosa en asuntos de probidad de dinero...

—¿Colocar?... Si no es tuyo...

—¡Calle! Es verdad que no te he dicho...

Púsose colorada, con esa mirada que se apagaba a la menor alteración de la verdad... El bueno de Déchelette, habiendo sabido lo que hacían por José, la había escrito diciendo que ese dinero los ayudaría en la educación del chico. «Pero, mira, si te disgusta eso, le devolveremos sus ocho mil francos; está en París...».

Las voces de los Hettema, que discretamente habían tomado la delantera, resonaron bajo los árboles:

—¿A la derecha, o la izquierda?

—¡A la derecha, a la derecha... a los estanques!... —gritó Fanny; y luego, volviéndose hacia su amante: «Vamos a ver, no vayas a empezar de nuevo a atormentarte con tonterías... somos un matrimonio viejo, ¡qué diablo!...».

Ella conocía aquella palidez temblorosa de sus labios, aquella ojeada al niño examinándole de pies a cabeza; pero esta vez no fue más que una veleidad de violencia celosa. Él había llegado ya a las cobardías de la costumbre, a las concesiones para tener paz. «¿Qué necesidad tengo de atormentarme, de profundizar las cosas?... ¡Si este niño es suyo, nada más natural sino que lo haya recogido, ocultándome la verdad, después de todas las riñas e interrogatorios que la he hecho soportar!... Es mejor aceptar los hechos como son y pasar tranquilamente los pocos meses que nos quedan».

Y por los senderos de hondonada del bosque, andaba llevando, su almuerzo de cantina en su pesada cesta cubierta con un paño blanco, resignado, cansado, con la espalda encorvada de jardinero viejo, mientras que delante de él, la madre y el niño iban juntos, José vestido de domingo, y torpe dentro de su traje de la *Belle Jardinière*,

que le impedía correr, y ella con bata clara, la cabeza y el cuello descubiertos, bajo una sombrilla japonesa, el talle grueso, el andar flojo, y en sus hermosos cabellos peinados con trenzas un gran mechón blanco, que ya no se tomaba el trabajo de ocultar.

Delante, y más abajo, veíase en la cuesta de la alameda la pareja Hettema, cubriéndose la cabeza con gigantescos sombreros de paja semejantes a los de los jinetes touaregs, él vestido de franela roja, cargado de vituallas, avíos de pesca, redes, balanzas de cangrejos, y la mujer para ayudar a su marido, llevaba arrogamente en bandolera sobre su pecho de gigante el cuerno de caza, sin el cual no había con el dibujante paseo posible por el bosque. Andando el matrimonio cantaba:

Pláceme oír los remos  
que de noche azotan las olas,  
pláceme el ciervo que brama...

Era inagotable el repertorio de sentimentalismos callejeros que tenía Olimpia y cuando se figuraba uno dónde los había aprendido, en qué vergonzosa penumbra de cerradas persianas, y a cuántos hombres los había cantado, la serenidad del marido acompañándola en un tercio de tono, adquiría una grandeza extraordinaria. La frase del granadero de Waterloo: «Son demasiados...» debía ser la fórmula de la filosófica indiferencia de aquel hombre.

Mientras que Gaussín, soñador, miraba a la enorme pareja penetrar en una hondonada del valle, en que poco después entraba él también, un chirriar de ruedas subía por la alameda con un vuelo de locas risas y de voces infantiles; y de pronto apareció a pocos pasos un cargamento de jovencillas con cintas y cabellos flotantes en una *charrette* inglesa, de la que tiraba un borriquillo, y que una joven casi de la misma edad que las otras llevaba de la brida por aquel camino difícil.

Era fácil conocer que Juan formaba parte de la banda, cuyos extravagantes aspectos, el de la señora gruesa sobre todo, con su cuerno de caza a guisa de cinturón, habían animado al grupo juvenil con regocijo inextinguible; así es que la joven trató de imponer silencio por un momento a los niños. Pero aquel nuevo sombrero touareg desencadenó con más fuerza su burlona locura, y al pasar por delante del hombre, que se hizo a un lado para dejar sitio al cochecillo, una linda sonrisa algo contrariada pedíale perdón y se sorprendía cándidamente al ver en el encorvado jardinero un rostro tan dulce y tan joven.

Él saludó tímidamente, avergonzándose, sin saber a punto fijo de qué, y habiéndose el cochecillo detenido a poco en una encrucijada de senderos con bullicio de vocecitas que leían a gritos los letreros del poste indicador, medio borrados por las lluvias... *Senda de los Estanques, Roble del montero mayor, Encauces falsos, Camino de Vélizy...* volvióse Juan para ver desaparecer en la verde alameda que estrellaba el sol y tapizaba el musgo, y por la que se deslizaban las ruedas

blandamente, aquel torbellino de blonda juventud, aquella carretada de ventura con colores primaverales y risas que estallaban bajo las ramas.

La trompa de Hettema, furiosa, sacóle bruscamente de su distracción. Habíanse instalado a orilla del estanque, disponiéndose a sacar las provisiones; y desde lejos se veía, reflejándose en el agua clara, el mantel blanco sobre la cortada hierba y las blusas de franela roja destacando sobre el verde como cazadoras de picador.

—Venga usted, usted es el que trae la langosta —gritaba el obeso marido; y la voz nerviosa de Fanny:

—¿Es la chiquilla de Bouchereau la que te ha detenido en el camino?

Juan se estremeció al oír este apellido Bouchereau, que llevó su pensamiento a Castelet, junto al lecho de su madre enferma.

—Sí —dijo el dibujante cogiéndole la cesta—; la mayor, la que guiaba, es la sobrina del médico... Hija de su hermano, vive con él. Viven en Vélizy, durante el verano... Es bonita.

—¡Oh! Bonita... Sobre todo, descarada... —Y Fanny, cortando el pan, espiaba a su amante, inquieta por sus distraídas miradas.

La señora Hettema, muy grave, sacando el jamón, vituperaba mucho aquel modo de dejar correr a las muchachas a sus anchas por los bosques. «Me dirán ustedes que es costumbre inglesa, y que ésta se ha educado en Londres... Pero es igual; no me parece decente».

—No; pero es muy cómodo para las aventuras.

—¡Oh! Fanny...

—¡Ah! Perdón; se me olvidaba... Este caballero cree en las inocentes...

—Vamos a ver si almorzamos... —dijo Hettema, que empezaba a asustarse. Pero era preciso que ella desembuchara todo lo que sabía de las señoritas. Tenía sobre esto lindas historias... Los conventos, los colegios eran muy decentes... Salían de allí gastadas, desfloradas, con asco a los hombres, ni siquiera capaces de tener hijos. «Y entonces os la dan, atajo de borrachos... ¡Una cándida!... ¡Como si hubiera cándidas! ¡Como si de la buena sociedad o de la mala, fueran de donde fueran, todas las muchachas no supieran, desde que nacen, de lo que se trata!... Yo, en primer lugar, a los doce años no tenía nada que aprender... Y usted lo mismo, ¿no es verdad, Olimpia?».

—Naturalmente... —dijo la señora Hettema haciendo un movimiento de hombros; pero la preocupaba más que todo la suerte que correría el almuerzo al oír que Gaussín se exasperaba, declarando que había que distinguir de muchachas y que todavía se encontraba en las familias...

—¡Ah, sí, las familias! —replicaba su querida con tono despreciativo—; hablemos de ellas... Sobre todo, de la tuya.

—¡Cállate!... Te prohíbo...

—¡Burgués!

—¡Tunanta!... Afortunadamente esto va a concluir... No me queda mucho

tiempo de vivir contigo...

—Anda, anda, lárgate, yo seré la que se alegrará más...

Arrojábanse los insultos a la cara, ante la maliciosa curiosidad del niño, tumbado boca abajo en la hierba, cuando un espantoso toque de trompa, centuplicado por el eco del estanque y las masas escalonadas del bosque, cubrió de improviso las voces de su reyerta.

—¿Tienen ustedes bastante?... ¿Quieren ustedes que repita? —Y enrojecido, con el cuello hinchado, el obeso Hettema esperaba, con la embocadura del instrumento en los labios, y amenazándoles con el pabellón del cuerno de caza, no habiéndosele ocurrido otro medio de hacerles callar.

## IX

Por lo general, sus enfados no duraban mucho, fundiéndose con un trozo de música tocada al piano, o con las mimosas efusiones de Fanny; pero esta vez la guardó serio rencor, y durante muchos días vióse en su frente el mismo entrecejo, el mismo silencio de odio, poniéndose a dibujar en cuanto acababa de comer, negándose a salir con ella.

Era como una súbita vergüenza de la abyección en que vivía, el temor de encontrarse de nuevo con la carretilla que subía por la alameda, y con aquella límpida sonrisa de juventud, en la que pensaba constantemente. Luego, con la confusión de un sueño que se va, de una decoración que se rompe para las metamorfosis de una magia, la aparición hízose más vaga, se perdió en su lontananza de bosque, y Juan no volvió a verla. Quedábale únicamente un fondo de tristeza, de que Fanny creyó saber la causa, y resolvió desembarazarle de él.

—Ya está hecho —le dijo un día muy contenta...—. He visto a Déchelette... Le he devuelto su dinero... Le parece, como a ti, que así es más decente: no sé por qué... En fin, ya se acabó... Más adelante, cuando yo esté sola, se ocupará del niño... ¿Estás contento?... ¿Sigues teniéndome rencor?

Y le contó su visita a la calle de Roma, su sorpresa al encontrar, en lugar de la caravanera ruidosa y loca por la que pasaban delirantes pandillas, una casa burguesa tranquila, guardada por una consigna muy severa. Acabáronse las galas y los bailes de máscaras, y la explicación de este cambio estaba hecha con estas palabras, escritas con lápiz blanco sobre la puertecita del estudio, por algún parásito despedido y furioso: *Cerrado por lío*.

—Y es la verdad, querido... Déchelette, al llegar, se ha encaprichado de una mujer del Skating, Alicia Doré; vive con él desde hace un mes, en familia, absolutamente en familia... Una mujercita muy linda, muy dulce, una oveja... Entre los dos no hacen ruido ninguno... He prometido que iríamos a verlos; esto nos hará variar del cuerno de caza y de las barcarolas... Pero ahí tienes, ¿eh? el filósofo con sus teorías... No tengo día siguiente, no quiero tener un lío... ¡Ah! ¡Bien le he bromeado!

Juan se dejó llevar a casa de Déchelette, al que no había vuelto a ver desde que se lo encontró en la Magdalena. Hubiérase sorprendido mucho si entonces le hubiesen dicho que llegaría a tratar sin repugnancia al cínico y desdeñoso amante de su querida, llegando a ser amigo suyo. Desde la primera visita, maravillábase al sentirse tan a su gusto, encantado por la dulzura de aquel hombre que tenía la bondadosa risa de un niño con su barba de cosaco, una serenidad de carácter que no alteraban las crueles crisis del padecimiento de hígado que aplomaban su tez, y las ojeras de sus ojos.



¡Y qué bien se comprendía la ternura que inspiraba a esa Alicia Doré, de manos mórbidas y blancas, de belleza rubia insignificante, pero realzada por sus carnes de flamenca, tan doradas como su nombre! Oro tenía en sus cabellos, en las pupilas, en la franja de las pestañas, brillando en su cutis y hasta debajo de las uñas.

Recogida por Déchelette en el asfalto del Skating, entre las groserías y brutalidades del convenio que, envuelto en torbellinos de humo, escupe el hombre, con un precio, sobre los afeites de la mujer pública, la urbanidad de éste la enterneció y sorprendió. Vióse transformada, de miserable res para el placer, en mujer; y cuando él quiso despedirla por la mañana con arreglo a sus axiomas, con un buen almuerzo y algunos luisés, se afligió tanto, le pidió tan tierna, tan ansiosamente «déjame contigo más...» que no se sintió con valor para rehusar. Luego, un poco por respetos humanos, y otro poco por pereza, cerró su puerta ante aquella luna de miel casual que pasaba al fresco y en la calma de su residencia veraniega, tan bien dispuesta para el confort; y vivían así muy felices, ella con esas tiernas solicitudes que jamás conoció, y él de la dicha que proporcionaba a este pobre ser y de su candoroso reconocimiento, experimentando también, sin darse cuenta de ello, y por vez primera el penetrante encanto de una intimidad de mujer, el misterioso sortilegio de la vida entre dos, en la conformidad de la bondad y de la dulzura.

Para Gaussín el estudio de la calle de Roma fue una diversión en el centro de acción bajo y mezquino en que se arrastraba su vida de empleado de poco sueldo, amancebado; gustábale la conversación de aquel sabio aficionado a las artes; de aquel filósofo con bata persa, ligera y muelle como su doctrina; aquellos relatos de viaje que Déchelette anotaba con el menor número de palabras posible, y tan a propósito entre los tapices orientales, los Budhas dorados, las Quimeras de bronce, el lujo exótico que aquella instalación inmensa, a la que llegaba el día desde lo alto de la montera de cristales, verdadera luz del fondo de un parque, movida por el débil follaje de los bambús, las palmas recortadas de los helechos arborescentes, y las enormes hojas de las estriligias confundíendose con los filodendros, de flexibilidad tan delicada como las plantas acuáticas, que buscan la sombra y la humedad.

Los domingos, sobre todo, con aquel amplio vano sobre una calleja desierta del París estival, el estremecimiento de las hojas y el olor de tierra fresca al pie de las plantas, era aquello el campo y el bosque cubierto, casi lo mismo que en Chaville, sin la promiscuidad y la trompa de los Hetteima. Nunca iba gente; sin embargo, una vez Gaussín y su querida, convidados a comer, oyeron desde antes de entrar la animación de varias voces. Caía la tarde, estaban tomando el *saki* en el invernadero, y la discusión parecía muy viva:

—Y a mí me parece que cinco años en Mazas, perdido el nombre, la vida destruida, es pagar bastante caro un arrebató de pasión y de locura... Firmaré la petición de usted, Déchelette.

—Es Caoudal... —dijo Fanny en voz baja, estremeciéndose.

Otra voz contestaba con la sequedad de una negativa: «Yo no firmo nada, porque

no acepto ninguna solidaridad con ese tuno».

—Ése es La Gournerie... —Y Fanny, estrechándose contra su amante, murmuraba: «Vámonos si te enoja verlos».

—Enojarme, ¿por qué?... nada de eso...

En realidad no se daba exacta cuenta de la impresión que experimentaría al encontrarse en presencia de aquellos hombres; pero no quería retroceder ante la prueba, deseoso de saber cuál era el grado actual de celos a que había subido su miserable amor.

—Vamos —dijo; y se presentaron en la rosada luz de la caída de la tarde, que iluminaba los cráneos calvos y las canosas barbas de los amigos de Déchelette, tendidos en divanes bajos, alrededor de una mesa oriental en forma de escabel, sobre la cual temblaba en cinco o seis vasos el licor anisado y lechoso que Alicia se disponía a servir. Las dos mujeres se abrazaron: «¿Conoce usted a estos señores, Gaussín?» preguntó Déchelette, moviendo tontamente su mecedora.

¡Que si los conocía!... Por lo menos dos de ellos éranle ya familiares, en fuerza de haber mirado durante horas enteras sus retratos en los escaparates de celebridades. ¡Cómo le habían hecho sufrir; qué odio había sentido contra ellos, un odio de herencia, una rabia que le daba tentaciones de abalanzarse a ellos, morderles la cara, cuando los encontraba en la calle!... Pero bien decía Fanny que aquello se le pasaría: ahora eran para él rostros conocidos, casi parientes, tíos lejanos, con los que se encontraba.

—¡Siempre está hermoso este chico!... —dijo Caoudal tendido cuan larga era su gigantesca estatura, y poniéndose un abanico de chimenea delante de los ojos para resguardarlos del reflejo de los cristales. «Y Fanny, vamos a ver...». Incorporóse sobre un codo, entornó sus ojos de inteligente. «La cara se conserva todavía: pero el talle, haces bien en apretártelo...; en fin, consuélate, hija mía. La Gournerie está mucho más gordo que tú».

El poeta frunció la boca desdeñosamente. Sentado a la turca sobre un montón de cojines —desde su viaje a Argelia pretendía que no le era posible sentarse de otro modo—, enorme, pesado, no restándole más rasgo de inteligencia que su frente sólida bajo una melena blanca, y su dura mirada de negrero, afectaba con Fanny una reserva mundana, una exagerada urbanidad, como para dar una lección a Caoudal.

Dos paisajistas de cabezas curtidas y rústicas completaban la reunión; también ellos conocían a la querida de Juan, y el más joven dijo estrechándola la mano:

—Déchelette nos ha contado la historia del niño; es muy buena acción la que ha hecho usted, querida.

—Sí —dijo Caoudal a Gaussín—; sí, es muy delicado eso de la adopción... No es provinciano.

Parecía ella turbada con aquellos elogios, cuando se oyó que tropezaban con un mueble en lo oscuro del estudio, y una voz preguntó: «¿No hay nadie?».

Déchelette dijo:

—Aquí está Ezano.

A éste, Juan no le había visto nunca; pero sabía el lugar grande que ocupaba en la existencia de Fanny Legrand aquel bohemio, aquel fantasista, actualmente arreglado, casado, jefe de negociado en Bellas Artes, y se acordaba de un paquete de cartas apasionadas y encantadoras. Adelantóse un hombrecillo, enflaquecido, acartonado, de rígido andar, y que daba la mano desde lejos, teniendo a su interlocutor a distancia por un hábito de estrado, de figuración administrativa. Pareció sorprenderse mucho al ver a Fanny, sobre todo al verla hermosa aún después de tantos años.

—¡Calle!... Safo... —Y un súbito rubor alegró sus mejillas.

Este mote de Safo, volviéndola a su pasado y acercándola a sus antiguos amantes, la causó cierta contrariedad.

—¡Y el Sr. de Armandy que nos la ha traído!... —dijo con viveza Déchelette para prevenir al recién venido. Ezano saludó: pusiéronse a charlar, Fanny, tranquilizada al ver cómo tomaba las cosas su amante, y envanecida con él por su belleza, por su juventud, ante artistas, ante inteligentes, mostróse muy alegre y locuaz. Entregada por completo a su actual amor, apenas se acordaba de sus relaciones con aquellos hombres: de los años de cohabitación, de vida común, en los que se hace la huella de las costumbres, de las manías que se adquieren en este contacto que sobrevive a todo, quedábanle, sin embargo, aquella manera de liar los cigarrillos que aprendió de Ezano, así como su preferencia al tabaco de Job y de hebra.

Juan comprobaba, sin la menor turbación, este pequeño detalle, que en otro tiempo le hubiese exasperado, experimentando, al sentirse tranquilo, la alegría de un prisionero que ha limado su cadena y siente que el menor esfuerzo le bastará para la evasión.

—¡Eh, pobre Fanny mía! —decía Caoudal con tono chancero enseñándoselos... — ¡qué merma!..., ¡qué viejos están, qué aplanados!... ¡¡qué aplanados!!... ¡nosotros dos, solamente, somos los que seguimos firmes!

Fanny se echó a reír. «¡Ah! dispense el Coronel —así le llamaban a veces, a causa de su bigote—. No es lo mismo...; yo soy de otra promoción...».

—Caoudal se olvida siempre de que es un antepasado —dijo La Gournerie; y al ver el ademán que hizo el escultor, a quien sabía herir en lo vivo—: ¡Premiado con la medalla de honor en 1840! —gritó con su voz estridente—: ¡eso ya es una fecha, querido!...

Entre estos dos antiguos amigos quedaba siempre un tono agresivo, una sorda antipatía, que nunca los separó, pero que estallaba en sus miradas, en sus menores palabras, y esto desde veinte años antes, desde el día en que el poeta robó la querida al escultor. Fanny no tenía ya nada que ver en ello; uno y otro habían tenido otras alegrías, otros dejos; pero el rencor subsistía, ahondándose más profundamente con los años.

—Mírennos ustedes a los dos, y digan francamente si soy yo el antepasado. — Ceñida la americana, que hacía resaltar sus músculos, Caoudal plantábase de pie,

erguido el pecho, sacudiendo su melena espesa, en la que no había un solo pelo blanco.

—Premio de honor en 1840... cincuenta y cuatro años dentro de tres meses... ¿Y qué más? ¿Qué se prueba con eso?... ¿Es la edad la que hace viejo?... Sólo en la Comedia francesa y en el Conservatorio se acaban los hombres a los sesenta años, les tiembla la cabeza y arrastran los pies y encorvan la espalda, y se les aflojan las piernas, con accidentes seniles, a los sesenta años ¡pardiez! se anda más derecho que a los treinta, porque se cuida uno: y la mujer le engancha a uno todavía, si el corazón sigue joven y caliente y llena todo el caparazón...

—¿Lo crees así? —dijo La Góurnerie, que miraba a Fanny burlándose de él.

Y Déchelette con su bondadosa sonrisa:

—Sin embargo, tú dices siempre que no hay nada como la juventud, lo repites cien veces...

—Mi chica la Cousignard es la que me ha hecho cambiar la idea... Cousignard, mi nuevo modelo... Dieciocho años, redondeces y hoyuelos por todas partes, una Clodión... Y tan buena muchacha, tan plebeya, hija del París de la plazuela, donde vende aves su madre... Tiene frases estúpidas, que le obligan a uno a abrazarla; frases que... El otro día en el estudio encontró una novela de Dejoie, miró el título: *Teresa*, y lo cerró, haciendo un lindo gesto de desagrado. «Si eso se hubiera llamado ¡*Pobre Teresa!* me habría pasado leyendo toda la noche...». Os digo que me tiene loco...

—¿De manera que ya estás otra vez amancebado?... Y dentro de seis meses una ruptura, lágrimas como el puño, aburrimiento del trabajo, cóleras para romperlo todo...

La frente de Caoudal púsose sombría.

—Es verdad que nada es durable... Se reúne uno, se separa...

—Entonces ¿a qué reunirse?

—¿Pues y tú?... ¡Crees que te va a durar toda la vida tu flamenca!...

—¡Oh! Nosotros no estamos amancebados... ¿No es verdad, Alicia?

—Es cierto —contestó con voz dulce y distraída la joven que estaba de pie sobre una silla, cogiendo glicinas y hojas verdes, para el ramo de la mesa. Déchelette continuó:

—No habrá ruptura entre nosotros, lo dejaremos... Hemos firmado un convenio para pasar dos meses juntos; el último día nos separaremos sin desesperación y sin sorpresa... Yo volveré a Ispahán... ya he tomado mi billete de coche-cama. Y Alicia regresará a su cuartito de la calle de Labruyère, que sigue alquilado por ella.

—¡Tercero sobre entresuelo! ¡Lo más cómodo que puede haber para tirarse por la ventana!

Y al decir esto, sonreía la joven, sonrosada y luminosa en el poniente día, con su pesado ramo de flores en la mano; mas era tan profundo el acento de sus palabras, tan grave, que nadie contestó. El viento refrescaba; las casas de enfrente parecían más

altas.

—¡Vamos a comer! —gritó el Coronel...—. Y a decir locuras...

—Sí, eso es; *gaudeamus igitur*... divirtámonos mientras que somos jóvenes, ¿no es eso, Caoudal?... —dijo La Gournerie con falsa risa...

Pocos días después Juan pasaba de nuevo por la calle de Roma; hallábase con el estudio cerrado, el gran cortinón de cutí cerrando las vidrieras, y un sombrío silencio desde las bodegas hasta la azotea, Déchelette habíase marchado a la hora indicada en que terminaba su contrato. Y pensó: «¡Qué hermoso es hacer en la vida lo que se quiere, gobernar su razón y su corazón!... ¿Tendré yo alguna vez este valor?...».

Una mano se apoyó en su hombro.

—¡Buenos días, Gaussín!...

Déchelette, con ademán cansado, más amarillo y más sombrío que de costumbre, explicóle que no partía aún, porque le retenían en París algunos asuntos, y que vivía en el Grand-Hotel porque le horrorizaba el estudio después de aquella espantosa historia...

—¿Qué historia?

—Es verdad, que usted no sabe... Alicia ha muerto... Se ha matado... Espere usted que vea si tengo alguna carta...

Volvió en seguida, y al par que hacía saltar las fajas de los periódicos con un dedo, nerviosamente, hablaba con voz sorda, como un sonámbulo, sin mirar a Gaussín, que iba a su lado.

—Sí; se ha matado tirándose por la ventana, como dijo la tarde que estuvo usted allí... ¿Qué quiere usted?... Yo no lo sabía, no podía presumirlo... El día que iba a marcharme me dijo con acento tranquilo: «Llévame, Déchelette... no me dejes sola... yo no podré vivir sin ti...». Hacíame reír esto. Imagíneme usted a mí con una mujer allá abajo, en el país de los kurdos... El desierto, las fiebres, las noches de vivac... A la hora de comer siguió repitiéndome: «No te molestaré; ya verás qué buena soy...». Luego, viendo que me disgustaba, no insistió más... Después fuimos a Variedades a una platea; todo esto estaba convenido... Parecía contenta; me tenía cogida la mano constantemente, y murmuraba: «Estoy bien...». Como yo me marchaba por la noche, la llevé a su casa en coche; pero estábamos tristes los dos, sin hablar. Ni siquiera me dio las gracias por un paquetito que deslicé en su bolsillo, y que contenía lo preciso para vivir con desahogo uno o dos años. Cuando llegamos a la calle de Labruyère me pidió por favor que subiera. Yo no quería. «Te lo ruego... hasta la puerta de mi cuarto solamente». Pero una vez allí me resistí y no entré. Mi billete estaba tomado, hecha mi maleta, y además había dicho ya que me marcharía... Al bajar, con el corazón un poco afligido, oí que me gritaba algo como estas palabras: «... más pronto que tú...» pero no lo comprendí hasta que llegué a la calle... ¡Oh!...

Se detuvo, fija la vista en el suelo, ante la horrible visión que la acera le representaba ahora a cada paso, aquella masa inerte y negra que agonizaba...

—Murió dos horas después sin pronunciar una palabra, sin formular una queja,

mirándome con sus pupilas de oro. ¿Sufría? ¿Me reconoció? La acostamos en su cama, vestida, con una gran mantilla de encaje que la envolvía la cabeza por un lado para ocultar la herida del cráneo. Muy pálida, con un poco de sangre en la sien; todavía estaba bonita y tan buena... pero cuando me incliné una vez para enjugar aquella gota de sangre que salía siempre, inagotable, me pareció que su mirada tomó una expresión indignada y terrible... Una maldición muda que me echaba la pobre muchacha... A la verdad, ¿qué me importaba a mí permanecer aquí algunos días más, o llevármela conmigo dispuesta a todo como estaba, estorbándome tan poco?... No: el orgullo, la terquedad de la palabra empeñada... Pues bien, no cedí, y ha muerto; ha muerto por mí, que la quería...

Exaltábase, hablaba en voz alta, siguiéndole el asombro de las gentes, a las que codeaba, bajando por la calle de Amsterdam: y Gaussín, al pasar por delante de su antigua morada, cuyo balcón y cuyo pabellón de zinc veía, acordábase de Fanny y de su propia historia, sintiéndose acometido de un escalofrío, mientras que Déchelette proseguía:

—La he llevado a Montparnasse, sin amigos, sin familia... He querido ser el único que se ocupara de ella... Y desde entonces estoy aquí, pensando siempre en lo mismo, no pudiendo decidirme a partir con esta idea que me asedia, y huyendo de mi casa, donde he pasado dos meses tan felices a su lado... Vivo fuera, corro, procuro distraerme, huir de la pupila de esta muerta que me acusa bajo su hilo de sangre...

Y deteniéndose tenaz con este remordimiento, con dos lagrimones que resbalaban sobre su naricilla chata, tan bondadoso, tan enamorado de la vida, decía:

—Vamos a ver, amigo mío, yo no soy malo a pesar de todo... Pero al fin y a la postre, es algo fuerte lo que he hecho...

Juan procuraba consolarle, atribuyéndolo todo a la casualidad, a la desdicha; pero Déchelette repetía, moviendo la cabeza y apretando los dientes:

—No, no... No me lo perdonaré nunca... quisiera castigarme...

Este deseo de una expiación no cesó de asediarse, hablaba de él con todos sus amigos, con Gaussín, a quien iba a buscar a la salida de la oficina.

—Márchese usted, Déchelette... Viaje, trabaje ¡eso le distraerá...! —le repetían Caoudal y todos los demás, algo inquietos por su idea fija, por aquel encarnizamiento en hacer que le repitieran que él no era malo. Por último, una noche, sea porque hubiese querido volver a ver el estudio antes de partir, o porque un proyecto decidido de acabar con su pena le llevase allí, volvió a su casa, y por la mañana, los obreros que trabajaban por los arrabales para ir a su trabajo, le recogieron con el cráneo partido en dos sobre las piedras, ante su puerta, muerto por el mismo suicidio que la mujer, con los mismos horrores, el mismo estruendo de una desesperación que se tira a la calle.

En el estudio a media luz se aglomeraba un tropel de artistas, modelos, mujeres de teatro, todos los danzantes y comensales de las últimas fiestas. Había allí un ruido de tacones, de cuchicheo, un rumor de capilla, bajo la corta luz de los cirios. Miraban

por entre las lianas y el follaje el cadáver expuesto en una tela de seda rameada con flores de oro, cubriendo con un turbante la asquerosa herida de la cabeza y tendido a lo largo, con sus manos blancas sobre el pecho, manos que así delataban el abandono, el desprendimiento supremo de las cosas sobre el diván a que daban sombra las glicinas donde Gaussín y su querida se conocieron la noche del baile.

## X

Así, pues, en estas rupturas se muere a veces... Ahora, cuando disputaban, Juan no se atrevía a hablar ya de su marcha, no gritaba exasperado como antes: «Afortunadamente esto va a concluir». Hubiérala bastado replicar: «Está bien, vete; pero yo me mataré, haré lo que hizo ésa...». Y esa amenaza que se figuró entrever en la melancolía de sus miradas, en las canciones que cantaba, en las distracciones de sus silencios, le turbaba hasta el espanto.

Sin embargo, había sufrido el examen de clasificación que para los agregados consulares termina la residencia ministerial; aprobado con buena nota iban a nombrarle para uno de los puestos vacantes; ya no era más que cuestión de semanas, de días... Y a su alrededor, en aquel fin de estación, con días cada vez más cortos, apresurábase también todo para llegar a los cambios del invierno. Una mañana Fanny, al abrir la ventana y ver la primera niebla, gritó:

—¡Calle, las golondrinas se han ido!

Una tras otra las quintas de recreo del país cerraban sus persianas; en el camino de Versalles sucedíanse los carros de mudanza y los grandes ómnibus de campo, cargados de paquetes, con penachos de plantas verdes en su plataforma, mientras que las hojas se iban en torbellinos, rodaban como las nubes que huían muy bajas en el cielo, y en tanto que los haces subían muy altos en los campos segados. Detrás de las huertas, despojadas, degradadas por la falta de verdor, y los *chalets* cerrados, los lavaderos de rojo tejado se agrupaban formando un triste paisaje; y al otro lado de la casa, la vía férrea quedaba al descubierto, desplegando a lo largo del bosque que se pintaba a la grisalla, su negra línea viajera.

¡Qué crueldad era dejarla allí completamente sola, con aquella tristeza de las cosas! Sentía de antemano que su corazón desfallecía; jamás tendría valor para la despedida. Con esto era con lo que ella contaba, esperándole en aquel minuto supremo, y hasta llegar a él, tranquila, sin hablar de nada, fiel a su promesa de no poner obstáculos a esta marcha prevista y consentida en todo tiempo. Un día regresó del Ministerio con esta noticia:

—Me han nombrado...

—¡Ah!... ¿Y para qué sitio?

Le preguntaba con tono indiferente; pero descoloridos los labios y los ojos, y con tal crispación en todo el rostro, que no quiso hacerla esperar más tiempo: «No, no... todavía no... Le he cedido el turno a Hedouin... esto nos da seis meses por lo menos».

Con esto hubo un desbordamiento de lágrimas, de risas, de locos besos que balbuceaban: «Gracias, gracias... ¡Qué buena vida voy a darte ahora!... ¿Sabes? Eso era lo que me hacía mala, esa idea de la marcha...». Iba a prepararse mejor, a



resignarse a ello poco a poco. Y además, dentro de seis meses ya no estarían en el otoño ni habría la repercusión de aquellas historias de muerte.

Cumplióle su palabra. No hubo ya nervios ni reyertas, y hasta para evitar los enojos que causaba el niño, se decidió a que entrara en un colegio en Versalles. No salía más que los domingos, y si este nuevo régimen no modificaba tampoco su naturaleza rebelde y selvática, enseñábale al menos la hipocresía. Vivían tranquilos, saboreando sin borrascas las comidas con los Hettema, y volviendo a abrir el piano para tocar las partituras favoritas. Pero en el fondo, Juan estaba más turbado, más perplejo que nunca, preguntándose hasta dónde le llevaría su debilidad, pensando a veces en renunciar a los consulados, a pasar haciendo el servicio en las oficinas. Era París el convenio de amancebamiento renovándose indefinidamente; y todo el sueño de su juventud cayendo a tierra, y la desesperación de su familia, la segura riña con su padre, que no le perdonaría este abandono, sobre todo cuando supiese los motivos que lo producían.

¿Y por quién?... Por una criatura envejecida, gastada, a la que no amaba ya, puesto que adquirió la prueba de ello en presencia de sus amantes... ¿Qué maleficio había en aquella vida en común?

Al subir al vagón una mañana en los últimos días de octubre, la mirada de una joven fijándose en la suya, le recordó de pronto su encuentro en el bosque, aquella radiante gracia de la mujer niña, cuyo recuerdo le persiguió durante algunos meses. Llevaba el mismo traje claro, que el sol entonaba tan lindamente bajo el ramaje; pero cubierto con un gran abrigo de viaje; y en el vagón los libros, un saquito, un ramo de grandes cañas y de las últimas flores, delataban el regreso a París, el término del verano. Ella también le había reconocido, con una sonrisa a medias que temblaba en la limpidez de agua de manantial con que brillaban sus ojos, y hubo en un segundo la inteligencia tácita del mismo pensamiento entre aquellos dos seres.

—¿Cómo está su madre de usted, Sr. de Armandy? —preguntó de repente el viejo Bouchereau, a quien Juan, ofuscado al entrar, no había visto escondido en un rincón y leyendo con su pálido rostro inclinado sobre el impreso.

Juan dio las noticias que le pedían, conmoviéndole mucho que se acordaran de los suyos y de él, mucho más conmovido cuando la joven quiso saber algo de las gemelas, que habían escrito a su tío una preciosa carta para agradecerle los cuidados que prodigó a su madre... ¡Las conocía!... Llenóle esto de júbilo; luego como, a lo que parece, aquella mañana tenía una sensibilidad extraordinaria, púsose triste en seguida, al saber que volvían a París, que Bouchereau iba a encargarse de su curso de semestre en la Escuela de Medicina. Ya no tendría probabilidad de volverla a ver... Y los campos que huían por las ventanillas, espléndidos hace poco, le parecían lúgubres, y alumbrados por una luz de eclipse.

El tren lanzó un largo silbido; llegaban. Saludó, los perdió de vista; pero al salir de la estación volvieron a encontrarse, y Bouchereau, en el tumulto de la aglomeración de gente, le advirtió que desde el jueves siguiente recibía en su casa, en

la plaza de Vendôme... «Si tenía ganas de tomar una taza de té...». Daba el brazo a su tío, y parecióle a Juan que era ella la que le convidaba sin decir nada.

Después de haber decidido varias veces el ir a casa de Bouchereau, y luego el no ir —pues a nada conducía procurarse pesares inútiles—, advirtió, no obstante, en su casa, que pronto darían un gran sarao en el Ministerio, al cual le sería forzoso concurrir. Fanny inspeccionaba su frac; hacía repasar las corbatas blancas; y bruscamente, el jueves por la tarde no tuvo ya el menor deseo de salir. Pero su querida argumentábale acerca de la necesidad de esta carga, reprochándose el haberle acaparado demasiado, guardándolo para ella egoístamente, y le decidía, acababa de vestirle mirándole tiernamente, retocaba el lazo de su corbata, el rizo de sus cabellos, reía porque sus dedos olían al cigarrillo que cogía y dejaba sobre la chimenea a cada minuto, suponiendo que este olor haría hacer gestos a las que bailaran con él... Y al verla tan regocijada y tan buena, sentía el remordimiento de su mentira, y de buena gana se hubiera quedado con ella junto a la lumbre, si Fanny no le hubiese obligado: «Lo quiero y... es preciso» empujándole cariñosamente fuera de la casa hacia la noche del camino.

Era tarde cuando volvió; dormía ella, y la lámpara, alumbrando aquel sueño de cansancio, le recordó otro regreso parecido, tres años antes, después de las revelaciones terribles que acababan de hacerle. ¡Qué cobarde fue entonces! ¿Por qué aberración lo que debía romper su cadena la soldó con mas solidez?... A sus labios llegó una náusea de asco. El cuarto, la cama, la mujer, dábanle horror por igual; cogió la luz y llevósela a la habitación inmediata, con mucho tiento. Deseaba tanto estar solo para pensar en lo que le pasaba... ¡Oh! Nada, casi nada.

Amaba.

Hay en algunas palabras que empleamos comúnmente un resorte oculto que de pronto las abre hasta el fondo, y nos las explica en su intimidad excepcional; luego la palabra se repliega, recupera su forma pueril, y rueda insignificante, gastada por el uso y lo maquinal. El amor es una de estas palabras; aquéllos para quienes su claridad brilló una vez por completo, comprenderán la deliciosa angustia en que Juan vivía desde una hora antes, sin darse cuenta exacta, al principio, de lo que sentía.

Allá, en la plaza de Vendôme, en aquel rincón de la sala donde estuvieron largo rato hablando juntos, no sentía nada más que un gran bienestar, un dulce encanto que le envolvía. Hasta que estuvo fuera, y la puerta se cerró a su espalda, no se vio acometido de una alegría loca, y luego de un desfallecimiento que le hizo creer en que se abrían todas sus venas. «¿Qué tengo yo, Dios mío?...». Y aquel París, que recorría para regresar, le pareció completamente nuevo, mágico, ensanchado, radiante. Sí; en aquella hora en que se sueltan los animales nocturnos y circulan, en que el cieno de las letrinas vuelve a subir, se instala y hormiguea bajo los mecheros del amarillento gas; él, el amante de Safo, curioso de todas las orgías, aquel París que

puede ver la joven al volver del baile, llena la cabeza de compases de vals que tararea a las estrellas envuelto en las blancuras de sus adornos; aquel París casto bañándose en rayos de clara luna, en los que se abren las almas vírgenes, ¡aquel París era el que había visto!... Y de pronto; al subir la ancha escalera de la estación, tan cerca ya de la vuelta al mal refugio, sorprendióse diciendo en voz alta: «¡Es que la amo... la amo! ...» y así fue como lo supo.

—¿Estás ahí, Juan?... ¿Qué haces?

Fanny se despierta sobresaltada, asustada, al no sentirle a su lado. Es preciso ir a abrazarla, mentir, contar el baile del Ministerio, decir si había lindos tocados y con quién bailó; mas para rehuir esta inquisición, y sobre todo las caricias que teme, impregnado aún en el recuerdo de la otra, inventa un trabajo apremiante, los dibujos de Hettema.

—No hay lumbre, vas a tener frío.

—No, no...

—Deja al menos la puerta abierta para que vea yo la lámpara...

Debe llevar su embuste hasta el fin, instalar la mesa, los planos: luego, sentado, inmóvil, conteniendo el aliento, medita, recuerda, y para fijar su sueño, se lo cuenta a Cesáreo en una larga carta, mientras que el viento de la noche mueve las ramas que crujen sin un rumor de hojas; mientras que los trenes se suceden rugiendo unos a otros, y La Balúe, incomodada por la luz, muévase en su jaula, salta en las cañas con vacilantes píos.

Lo dice todo: el encuentro en los bosques, el vagón, su emoción extraña al entrar en aquellos salones que vio tan lúgubres y trágicos el día de la consulta, con los cuchicheos furtivos en las puertas, y las tristes miradas cambiadas de silla a silla, y aquella noche tan animados y ruidosos en larga hilera luminosa. El mismo Bouchereau no tenía su fisonomía dura, aquella pupila negra, investigadora y desconcertadora bajo sus espesas y cerdosas cejas, sino más bien una expresión reposada y paternal de buen hombre que consiente en que se diviertan en su casa.

«De pronto vino hacia donde yo estaba y ya no vi nada más... Amigo mío, se llama Irene, es linda, tiene cara de buena, y los cabellos de ese color castaño dorado de las inglesas, una boca de niña siempre dispuesta a reír... ¡Oh!, pero no con esa risa sin alegría, que molesta al verla en tantas mujeres: una verdadera expansión de juventud y de dicha... Ha nacido en Londres; pero su padre era francés y no tiene mala pronunciación, y sí sólo una admirable manera de pronunciar ciertas palabras, de decir “tío”, que a cada momento hace brotar una caricia de los ojos del anciano Bouchereau. Vive con él para ayudar de este modo a la familia de su hermano, que es numerosa, y reemplazar a la hermana Irene, la mayor, que se casó hace dos años con su jefe de clínica. Pero a ella no le gustan los médicos... ¡Me ha divertido mucho con las tonterías de un joven sabio que exigía ante todo a su prometida un compromiso formal y solemne de legar sus dos cuerpos a la Sociedad de Antropología!... Ella es un ave de paso. Le gustan los barcos, el mar; la vista de un bauprés en franquía la

arrebata... Todo esto me lo dijo desembarazadamente como a un camarada, mostrándose muy *miss* en sus modales, a pesar de su gracia parisiense, y yo la escuchaba encantado de su voz, de su risa, por la conformidad de nuestros gustos, con la íntima certidumbre de que estaba allí la felicidad de mi vida, al alcance de mi mano, y que no tenía más que cogerla, llevármela lejos, muy lejos, adonde me lleve mi aventurera carrera...».

—Ven y acuéstate, dueño mío...

Se sobresalta, se detiene, oculta instintivamente la carta que está escribiendo: «En seguida... duerme, duerme...».

Hablaba con ira, e inclinándose, escucha cómo vuelve el sueño a aquella respiración de mujer, porque están muy cerca uno de otro, ¡y sin embargo, tan lejos!

«... Suceda lo que quiera, este amor y este encuentro serán la libertad. Tú conoces mi vida: has comprendido, sin que hablemos de ello jamás, que es la misma de siempre, que no he podido desatarme. Pero lo que no sabes es que estaba dispuesto a sacrificar fortuna, porvenir, todo, ante esta costumbre fatal en que me empeñaba más cada día. Ahora he encontrado el resorte, el punto de apoyo que me faltaba; y para no dejar arbitrios a mi debilidad, he jurado no volver allá más que libre y separado... Mañana es la evasión...».

No fue al día siguiente ni al otro. Era preciso un medio de evadirse, un pretexto, el desenlace de una reyerta, en la que se grita: «¡Me voy!» para no volver: y Fanny mostrábase dulce y alegre como en los primeros tiempos del amancebamiento, llenos de ilusiones.

¿Escribir «esto se ha terminado» sin más explicaciones?... Sí; pero aquella mujer violenta no se resignaría tan fácilmente, le perseguiría, se obstinaría hasta en esperarle a la puerta de su hospedaje, de su oficina. No; era preferible atacar de frente, convencerla de lo irrevocable, de lo definitivo de esta ruptura, y sin cólera y al par sin compasión, enumerarla los motivos.

Pero con estas reflexiones acometióle el miedo por el suicidio de Alicia Doré. Había delante de su casa, al otro lado del empedrado, una calleja en cuesta que conducía a la vía, cerrada con una barrera: los vecinos íbanse por allí los días de mucha gente, para ir siguiendo los rails hasta la estación. Y la imaginación del meridional veía, después de la escena de su ruptura, a su querida salirse del camino, irse a esta senda, echarse bajo las ruedas del tren que le llevaba a él. Este temor le asediaba hasta el punto de que la sola idea de esta barrera, entre dos tapias cubiertas de hiedra, hacía retrasar la explicación.

¡Si siquiera hubiese tenido allí un amigo, alguien que la vigilara y la asistiera en esta primera crisis! Pero soterrados en su amancebamiento como marmotas, no conocían a nadie y no era ciertamente a los Hetteima, a aquellos egoístas monstruosos, lucientes y anegados en grasa, bestializados más aún por la proximidad de su invernada de esquimales, a los que hubiese podido llamar en auxilio de su desesperación y de su abandono.

Era, sin embargo, preciso romper con todo, y romper pronto. A pesar de la promesa que se hizo a sí propio, Juan había vuelto dos o tres veces a la plaza de Vendôme, cada vez más cautivado, y aunque nada hubiese dicho aún, la acogida que le hacía Bouchereau con los brazos abiertos, la actitud de Irene, en la que se mezclaban y confundían la reserva, la ternura y la indulgencia, y como la conmovida espera de una declaración, advertíale todo que no tardase más en explicarse. Agréguese a esto el suplicio de mentir, los pretextos que inventaba a Fanny y la especie de sacrilegio que había en pasar de los besos de Safo al cortejo discreto y balbuciente...

## XI

Cuando estaba en estas alternativas, encontró en el Ministerio, sobre su mesa, «la tarjeta de un caballero que había ido ya dos veces por la mañana»; como le dijo el portero mostrando cierto respeto hacia la siguiente nomenclatura:

C. GAUSSÍN DE ARMANDY  
Presidente de los Inmersionistas del valle del Ródano,  
individuo del Comité central de estudio y vigilancia, delegado  
provincial, etc., etc.

¡El tío Cesáreo en París!... ¡El *Fénat*, delegado e individuo de un Comité de vigilancia!... Aún duraba su estupor, cuando apareció el tío, siempre tan moreno como una piña, son sus ojos de loco, su risa hasta las orejas, su barba del tiempo de la Liga y vistiendo, en lugar de la eterna chaqueta de fustán, un gabán de paño nuevo, ceñido al vientre, cuya prenda daba al hombrecillo una majestad verdaderamente presidencial.

¿Qué motivaba su viaje a París? La compra de una máquina elevadora para la inmersión de sus nuevas viñas —pronunciaba la palabra «elevadora» con una convicción que le engrandecía a sus propios ojos— y el encargo de su busto, que le pedían sus colegas para adornar la sala del Consejo.

—¿Has visto? —añadió con tono modesto—; me han nombrado presidente... Mi idea de inmersión trastorna a todo el Mediodía... ¡Y decir que soy yo, el *Fénat*, el que acomete la empresa de salvar los vinos de Francia!... Créeme; no hay nada mejor que los que somos medio locos.

Pero el objeto principal de su viaje era la ruptura de Juan con Fanny. Comprendiendo que el asunto se iba haciendo largo, venía a echar una mano. «Yo entiendo de estas cosas, ¿sabes?... Cuando Courbebaisse dejó a la suya para casarse...». Y antes de empezar su historia, y desabrochándose su gabán, sacó una carterita abultada: «Ante todo, toma esto... ¡ajajá! dinero... la liberación del territorio...». Se equivocó al ver el ademán de su sobrino; entendió que se negaba por discreción. «¡Tómalo!, ¡tómalo! Tengo puesto mi orgullo en devolver al hijo algo de lo que el padre ha hecho por mí... Además, Divonne te quiere. Está enterada del asunto y tan contenta con que pienses casarte y desprenderte de tu vieja lapa».

Parecióle a Juan un poco injusta aquella expresión «vieja lapa» en boca de Cesáreo, después del favor que le había hecho su querida, y con un poco de amargura le contestó:

—Recoja usted su cartera, tío... Usted sabe mejor que nadie lo poco que le interesan a Fanny estas cosas.

—Sí, era una buena muchacha... —dijo el tío por vía de oración fúnebre; y añadió guiñando un ojo—: Guárdate el dinero de todos modos... Con las tentaciones de París prefiero verlo en tus manos, y no en las mías; y además que hace falta dinero para las rupturas como para los duelos...

Púsose en pie al decir esto, declarando que se moría de hambre y que aquel grave asunto se discutiría mejor con el tenedor en la mano, almorzando. Siempre veíase en él la ligereza chancera con que el meridional trata los asuntos femeninos.

—Aquí para entre nosotros, chico... —Estaban almorzando en un restaurant de la calle de Borgoña y el tío se ponía a sus anchas con la servilleta al cuello, mientras que Juan cuscurreaba con los dientes, sin apetito ninguno...—. Me parece que tomas la cosa muy por lo trágico. Ya sé yo que el primer golpe es duro, la explicación enojosa; pero si te cuesta mucho trabajo, no digas nada, haz lo que hizo Courbebaisse. Hasta el mismo día de la boda la Mornas no supo nada. Por la noche, al salir de casa de su futura, iba a buscar a la cantante a su café y la acompañaba a su casa. Me dirás que eso no es lo regular, que tampoco es muy leal. Pero cuando no gustan las reyertas, y con mujeres tan terribles como Paola Mornas... Hacía cerca de diez años que aquel buen mozo temblaba ante aquella morenilla. Para desenredarse había que ser astuto, maniobrar... Y mira cómo se las arregló.

La víspera de la boda, que era el día de la Asunción, día de fiesta, Cesáreo propuso a la chicuela ir a pescar para hacer una fritada en el Yoctte. Courbebaisse debía venir a reunirse con ellos para comer, y volverían los tres al día siguiente por la tarde, cuando París hubiese evaporado su olor de polvo, de cañas de cohetes quemadas y de aceite de las iluminaciones. Acepta. Y hételos ya a los dos tendidos en la hierba al borde de aquel arroyo que bulle y reluce entre sus ribazos y los sauces tan poblados de hojas. Después de la pesca, el baño. No era la primera vez que nadaban juntos Paola y él, como buenos amigos, como camaradas; pero aquel día, aquella Mornas, con los brazos y las piernas desnudas, y su cuerpo de infiel hecho a torno, al que ajustaba por todas partes su mojado traje de baño... acaso también la idea de que Courbebaisse le había dado carta blanca... ¡Ah, pícara!... Se volvió, miróle, y con acritud:

—Oiga, Cesáreo: no vuelva usted a intentarlo.

No insistió, temeroso de echar a perder su asunto, y se dijo: «Será después de comer».

La comida fue muy alegre, en el balcón de madera de la posada, entre las dos banderas que el posadero había enarbolado aquel día en honor de la Asunción. Hacía calor, el heno olía bien y se oían los tambores, los petardos, la música del orfeón que andaba por las calles.

«¿Hay algo más fastidioso que ese Courbebaisse con no venir hasta mañana?» decía la Mornas, que se desesperaba chispeándole el Champagne en los ojos... «Yo tengo ganas de divertirme esta noche».

—¿Pues no estoy aquí yo?

Habíase acercado para apoyarse junto a ella sobre la balaustrada del balcón, que quemaba aún con el calor del sol de todo el día, y astutamente pasaba el brazo alrededor del talle: «¡Oh, Paola... Paola!...». Esta vez, en lugar de incomodarse, la cantante se echó a reír, pero tan fuertemente, tan de corazón, que acabó por imitarla. Idéntica tentativa, rechazada del mismo modo, por la noche, al volver de la fiesta, en la que bailaron y comieron mostachones; y como sus cuartos estaban inmediatos, cantábale ella por el tabique: *T'es trop p'tit t'es trop p'tit...* y toda clase de comparaciones denigrantes entre él y Courbebaisse. Conteníase para no contestar, llamándola la viuda de Mornas; pero todavía era pronto. Al día siguiente, sí, al instalarse ante un buen almuerzo, mientras que Paola se impacientaba y mostrábase al fin inquieta al ver que no llegaba su querido, con cierta secreta satisfacción sacó su reloj y dijo solemnemente:

—Las doce; ya está hecho...

—¿El qué?

—Se ha casado.

—¿Quién?

—Courbebaisse.

—¡Cataplúm!

—¡Ah, querido, qué bofetón!... En todas mis aventuras galantes no recibí otro igual. Y en seguida, cádate que quiere marcharse, pero no había tren hasta las cuatro... Y en este tiempo el desleal calentaba los rails de la luna de miel hacia Italia con su mujer. Entonces, furiosa, golpéame y me araña: «¡Vaya una suerte!...». ¡Y yo que había cerrado con llave nuestro cuarto!... Después la emprende con la vajilla, y cae, por último, con un ataque de nervios espantoso. Entre cinco la llevamos a una cama, la sujetamos, mientras que yo, arañado como si saliera de un zarzal, corro a buscar al médico de Orsay... En estos asuntos pasa lo mismo que en el terreno del honor; sería necesario llevar su médico. ¡Imagínate tú, por los caminos, en ayunas y con un sol!... Era ya de noche cuando lo lleve... De pronto, al acercarnos a la posada, oímos un rumor de gentío, y vimos una multitud bajo las ventanas... ¡Ah, Dios mío, se ha suicidado! ¿Ha matado a alguno? Con la Mornas esto último era lo más verosímil... Me apresuro, y ¿qué es lo que veo?... El balcón cargado de farolillos venecianos y la cantante de pie, consolada y magnífica, envuelta en una de banderas y berreando la *Marsellesa*, en plena fiesta imperial, dominando al pueblo, que aplaudía.

»Y mira tú cómo se terminó el enredo de Courbebaisse: no diré yo que se concluyó del todo. Después de diez años de cadena, hay que contar siempre con un poco de vigilancia. Pero, en fin, lo más fuerte de la cosa lo recibí yo: y recibiré otro tanto por tu cuenta, si quieres.

—¡Ah, tío! No es la misma clase de mujer.

—¡Anda, tonto! —dijo Cesáreo destapando una caja de cigarros y llevándoselos a la oreja para asegurarse de que estaban secos—: no eres tú el primero que la deja...



—Es verdad...

Y se repetía Juan esta reflexión, que le hubiese desesperado algunos meses antes. En el fondo, el tío y su cómica historia le tranquilizaban algún tanto; pero lo que no aceptaba era la mentira por partida doble por cierto tiempo, y aquella hipocresía, aquella partición a las que no podía resolverse jamás, y ya estaba prolongando demasiado.

—Entonces, ¿cómo quieres hacerlo?

Mientras que el joven bregaba con estas incertidumbres, el individuo del Consejo de vigilancia alisábase la barba, ensayaba sonrisas, efectos, actitudes de cabeza, y luego, con tono negligente:

—¿Vive muy lejos de aquí?

—¿Quién?

—¡Diantre! Ese artista, ese Caoudal del que me has hablado para mi busto... Podríamos ir a saber el precio, ya que estamos juntos...

Caoudal, aunque célebre, gran derrochador, seguía viviendo siempre en la calle de Assas, en el estudio donde obtuvo sus primeros triunfos. Cesáreo, por el camino, informábase de su valor artístico; daría lo que le pidieran, ciertamente, pero esos señores del Comité querían una obra de primer orden.

—¡Oh! No tema usted nada, tío; si Caoudal quiere encargarse de ello...

Y enumerábase los títulos del escultor, individuo del Instituto, comendador de la Legión de Honor y de multitud de Órdenes extranjeras. El *Fénat* abría unos ojos enormes.

—¿Y sois amigos?

—Muy amigos.

—¡Este París no se paga con nada!... ¡Que fácilmente se adquieren buenas relaciones!

Gaussín hubiérase avergonzado, no obstante, al confesar que Caoudal era un antiguo amante de Fanny, y que ella los había puesto en relaciones de amistad. Pero dijérase que Cesáreo pensaba en ello.

—¿Ése es el autor de aquella Safo que tenemos en Castelet?... Entonces conoce a tu querida, y tal vez pudiera ayudarte para la ruptura. El Instituto, la Legión de Honor, eso impresiona siempre a una mujer...

Juan no contestó; acaso pensando también en utilizar la influencia del primer amante.

Y el tío proseguía riéndose:

—A propósito: ¿no sabes tú que el bronce no está ya en casa de tu padre?... En cuanto Divonne se enteró, en cuanto tuve la mala ocurrencia de decirla que representaba a tu querida, no quiso ya que estuviera allí... Con las manías del Cónsul y las dificultades que opone al menor cambio, no era fácil hacerlo, sobre todo sin que pudiese sospechar el motivo... ¡Oh, las mujeres!... Tan bien se las ha compuesto, que a estas horas M. Thiers es el que preside sobre la chimenea, y la pobre Safo se llena

de polvo en el cuarto del viento, con los morillos viejos y los muebles de desecho; hasta recibió un golpe en la mudanza y se le ha roto el moño, y la lira no se sostiene. Sin duda el odio de Divonne le habrá dado esa mala suerte.

Llegaron a la calle de Assas. Ante el aspecto humilde y trabajador de aquel barrio de artistas, aquellos talleres con sus puertas cocheras numeradas, abriéndose a los dos lados de un largo patio que terminan los vulgares edificios de una escuela municipal en perpetuas melopeas de lecturas, el presidente de los inmersionistas vióse acometido de nuevas dudas acerca del talento de un hombre que se alojaba tan medianamente; pero en cuanto entró en casa de Caoudal, supo a qué atenerse.

—¡Ni por cien mil francos, ni por un millón! —gritaba el escultor a la primera palabra de Gaussín; y levantando acompasadamente su corpachón del sofá en que se tumbaba en medio del desorden y el abandono del taller—. ¡Un busto!... ¡Por supuesto!... Mire usted allá en el fondo aquel montón de yeso hecho pedazos... es mi figura para la Exposición próxima, y acabo de demolerla a golpes con el mazo... ¡Ahí tienen ustedes el caso que hago yo de la escultura! Y por muy tentadora que sea la caricatura del señor...

—Gaussín de Armandy... presidente...

El tío pretendía enumerar todos sus títulos, pero tenía demasiados; Caoudal le interrumpió, y volviéndose hacia el joven.

—¿Me mira usted, Gaussín...? ¿Me encuentra usted envejecido...?

Lo cierto era que representaba su edad en aquella luz que caía de lo alto sobre las cicatrices, arrugas y rasguños de su cabeza vividora y atropellada, su melena de león que tenía raspaduras de tapiz viejo, sus carrillos colgantes y flojos y su bigote de color de metal desdorado, que ya no se tomaba el trabajo de rizar ni de teñir... ¿Para qué...? Cousinard, la modelo, acababa de dejarle. «Sí, querido; se ha marchado con mi moldeador, un salvaje, un bruto... ¡pero tiene veinte años...!».

Con entonación furiosa e irónica recorría a grandes pasos el taller, dando un puntapié al taburete que le estorbaba al paso. De pronto, deteniéndose ante el espejo de marco de cobre que había encima del sofá, se miraba con espantoso gesto: «¡Qué feo estoy, qué estropeado! ¡Vaya unos cordeles, una papada de vaca vieja...!».

El tío estaba asustado. ¡Aquel académico que se desesperaba y contaba amoríos! Había, pues, locos en todas partes, hasta en el Instituto; y su admiración hacia el grande hombre amenguábase por la simpatía que experimentaba por sus debilidades.

—¿Cómo está Fanny...? ¿Siguen ustedes en Chaville...? —dijo Caoudal aplacándose de repente y yendo a sentarse junto a Gaussín, dándole palmadas en el hombro familiarmente.

—¡Ah, la pobre Fanny! No nos queda mucho tiempo de vivir juntos...

—¿Se marcha usted?

—Sí, muy pronto... y me casaré antes... Es preciso que la deje.

El escultor dio una carcajada feroz.

—¡Bravo! Eso me pone contento... Vénganos, muchacho; vénganos de esas tunantas. ¡Déjalas, engáñalas, y que lloren esas miserables! Nunca les harás tanto daño como hacen a los demás.

El tío Cesáreo triunfaba.

—Ya lo ves... El señor no toma las cosas tan trágicamente como tú... ¿Ha visto usted qué inocente...? ¡Lo que le contiene para irse es el temor de que se mate!

Juan confesó sencillamente lo mucho que le había impresionado el suicidio de Alicia Doré.

—No es lo mismo —dijo Caoudal con viveza—. Aquélla era una mujer triste, una perezosa con las manos caídas... Una pobre muñeca sin relleno... Déchelette se equivocó creyendo que se mataba por él... Fue un suicidio por cansancio y aburrimiento de la vida. Mientras que Safo... ¡Matarse!... ¡Ah! Ni por pienso. Le gusta mucho el amor, y arderá hasta el fin, hasta las arandelas. Es de la raza de los galanes jóvenes, que nunca cambian de papel y concluyen sin dientes, sin pestañas, representando siempre igual papel. Míreme usted a mí... ¿Acaso me mato yo...? Por más que me haya disgustado, sé muy bien que al marcharse ésa tomaré otra, que necesitaré una siempre... Su querida de usted hará lo que yo hago... Lo ha hecho ya otras veces... Sólo que, como ya no es joven, le costará más trabajo.

El tío continuaba triunfando.

—Ya estás tranquilizado, ¿eh?

Juan nada decía, pero estaban vencidos sus escrúpulos y tomaba su resolución. Íbanse ya cuando el escultor volvió a llamarlos para enseñarles una fotografía recogida sobre el polvo de su mesa, y que limpiaba con el revés de la manga: «¡Aquí está... Ésta es! ¿Puede ser más linda la tunanta...? Hay que arrodillarse ante ella... ¡Estas piernas, este pecho!». Y era terrible el contraste de aquellos ojos ardientes, de aquella voz apasionada, con el temblor senil de los gruesos dedos de espátula, entre los que temblaba la sonriente imagen, de hoyuelos acolchados, de la modelo Coussinard.

## XII

—¿Eres tú?... ¡Qué temprano vienes!

Acudía desde el extremo del jardín con la falda llena de manzanas caídas y subía la escalera muy deprisa, un tanto intranquila por la cara a la vez contrariada y complacida de su amante.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada... Es este tiempo, este sol... He querido aprovechar el último día hermoso para que demos los dos un paseo por el bosque... ¿Quieres?

Lanzó ella su grito de chiquillo de la calle, que repetía siempre que estaba contenta: «¡Oh! La mar...». Hacía más de un mes que no habían salido, bloqueados por la lluvia y las tormentas de noviembre. No siempre era divertido el campo; tanto valiera vivir en el arca con los animales de Noé... Tenía que hacer algunas recomendaciones a la cocinera, porque los Hettema estaban convidados a comer; y mientras que la esperaba fuera en el Empedrado de los Guardas, miraba Juan la casita reanimada con aquella luz suave de otoño, la calle del campo, de anchas losas musgosas, teniendo en sus ojos esa mirada de despedida, que abraza y dota de memorias y recuerdos los sitios que vamos a abandonar.

Por la ventana de la sala, abierta de par en par, salían las vocalizaciones de la oropéndola, alternando con las órdenes de Fanny a la asistenta: «Sobre todo, no olvide usted que esté todo para las seis y media... Primero servirá usted la gallina... ¡Ah! Voy a darle a usted la mantelería...». Resonaba su voz, clara y feliz, entre los chisporroteos de la cocina y los píos del pájaro que se espulgaba al sol. Y le oprimían el corazón aquellos preparativos de fiesta, a él, que sabía que de su vida común quedaban dos horas escasas.

Tuvo intenciones de volver a entrar, de decírselo todo, allí, de una vez; pero temió los gritos, la espantosa escena que oiría la vecindad, el escándalo que sublevaría al Chaville alto y bajo. Sabía que una vez fuera de sí no la importaba nada de nada, y se atuvo a su plan de llevársela al bosque.

—Vamos... ya estoy...

Ligera, cogió su brazo, advirtiéndole que hablase bajo y anduviese deprisa al pasar por delante de la casa de sus vecinos, temerosa de que Olimpia quisiera acompañarles y estorbar aquel buen paseo. No se tranquilizó hasta que pasó el Empedrado y el terraplén del camino de hierro, y volviendo a la izquierda, entraron en el bosque.

Hacía un día templado, radiante, un sol que pasaba por entre una bruma plateada y flotante, que bañaba toda la atmósfera, se enredaba en el tallar, donde en algunos árboles, entre sus doradas hojas aún sujetas a la rama, había nidos de picazas, grupos de muérdago verde a grandes alturas. Oíase el pío continuo de un pájaro, un ruido de

lima y esos picotazos en la madera que contestan al leñador en la copa del árbol.

Iban despacio, marcándose sus pisadas en la tierra humedecida por las lluvias de otoño. Tenía calor, por haber venido tan deprisa, y encendidas las mejillas, brillantes los ojos, se detuvo para quitarse la gran mantilla de blonda, un regalo de Rosa, con la cual se había cubierto la cabeza al salir, resto frágil y costoso de los esplendores pasados. El traje que llevaba, un mísero traje de seda negra, que había saltado debajo de las mangas, por la cintura, estaba viéndoselo puesto desde hacía tres años: y cuando se lo levantaba, pasando delante de él para evitar algún charco, veía los tacones de sus botinas, que estaban torcidos.

Había acogido alegremente aquella semi-miseria, sin pesar ni queja, ocupándose de él, de su bienestar, nunca más dichosa que cuando rozaba el cuerpo con el suyo, cruzando ambas manos sobre su brazo. Y preguntábase Juan, al verla rejuvenecida con aquel renuevo de sol y amor, qué subida de savia era la que había en semejante criatura; qué maravillosa facultad de olvido y de perdón, que la permitía conservar tanta alegría, tanta despreocupación, después de una vida de pasiones, de atajos y de lágrimas, todo ello marcado ya en su rostro, pero borrándose a la menor expansión de alegría.

—Es un cepe; te digo que es un cepe...

Entraba en el bosque, hundíase hasta las rodillas en las hojas muertas; volvía despeinada y herida por los espinos, y le mostraba la redecilla al pie del hongo con la que se distingue el verdadero cepe del falso: «¿Lo ves? ¡Tiene tul!...». Y triunfaba.

No la escuchaba, distraído, preguntándose: «¿Es ya el momento oportuno?... ¿Ahora?». Pero le faltaba el valor, se reía ella demasiado, o el sitio no era el más a propósito: y la llevaba más lejos, como un asesino que medita un golpe.

Iba a decidirse, cuando al volver de una alameda presentóse un individuo y lo impidió; el guarda de aquella plantación, Hohecorne, al que se encontraban algunas veces. Un pobre diablo que había perdido sucesivamente, en la casita de guardabosque que le daba el Estado, junto al estanque, dos hijos y luego su mujer, víctimas de las mismas fiebres perniciosas. Desde la primera muerte, el médico declaró insalubre la vivienda, demasiado cerca del agua y de sus emanaciones; y a pesar de los certificados y comunicaciones, habíanle dejado seguir allí dos años, tres años, el tiempo preciso para ver morir a todos los de su familia, excepto una niña con la cual acababa, por fin, de instalarse en una casa nueva a la entrada del bosque.

Hohecorne, con cara de bretón terco, ojos claros y animosos, frente espaciosa bajo su gorra de uniforme, verdadero tipo de fidelidad, de superstición a todas las consignas, llevaba al hombro, y cogido por la culata, su fusil, y en el hombro izquierdo reclinábase la cabeza de su hija, que llevaba también en brazos.

—¿Cómo estás? —preguntó Fanny sonriendo a la niña de cuatro años, palidecida y adelgazada por la fiebre. La niña se despertó abriendo sus grandes ojos, rodeados por un cerco amoratado. El guarda suspiró.

—No anda muy bien... Por más que la llevo a todas partes conmigo... Ahora ya

no come, y no le gusta nada; hay que creer que era ya tarde para hacerla cambiar de aires, y que ya tenía la enfermedad... ¡Pesa tan poco! Mire usted, señora, parece una hoja... Cualquiera día de éstos levanta el campo como los otros... ¡Dios mío!...

Este «¡Dios mío!» en voz baja entre el bigote, era toda su irritación contra las crueldades de las oficinas y de los burócratas.

—Tirita, parece que tiene frío.

—Señora, es la fiebre.

—Espere usted, vamos a abrirla... —Cogió su mantilla, que llevaba colgando al brazo, y envolvió con ella a la niña—. Sí, sí, deje usted... más adelante la servirá para velos de desposada...

El padre sonrió desconsolado, y moviendo la mano de la niña que volvía a dormirse, lívida, envuelta en aquella blancura, como una muertecita, hacía decir «gracias» a la señora y se alejaba después con un «Dios mío» que se perdía entre el crujido de las hojas secas bajo sus pies.

Fanny no estaba ya contenta, estrechándose con él con toda esa ternura miedosa de la mujer, cuya emoción de tristeza o alegría le acerca al que ama. Juan pensaba: «¡Qué buena muchacha!» pero sin vacilar en sus decisiones, antes por el contrario afirmándose en ellas, porque en la cuesta de la alameda por la que acababan de penetrar surgía la imagen de Irene, el recuerdo de la radiante sonrisa que encontró allí mismo, y que se apoderó de su ser en seguida, antes de que hubiera llegado a conocer el profundo encanto que en ella había, y el íntimo manantial de inteligente dulzura. Pensó que había esperado hasta el último momento, que hoy era jueves... «Vamos, es preciso...» y descubriendo una explanada a corta distancia, fijóse como último límite.

Un claro, hecho por un corte de leña, árboles derribados en medio de astillas, sangrientos restos de corteza y haces de leña menuda, agujeros de carboneo... Un poco más abajo se veía el estanque, del que salía una niebla blanca, y a la orilla la casita abandonada, cayéndosele a medias el tejado, rotas y abiertas las ventanas; el lazareto, en fin, de los Hochecorne. Luego el bosque seguía subiendo hacia Vélizy, un gran ribazo de vedijas rojas, de alto oquedal estrecho y triste... detúvose bruscamente:

—¿Vamos a descansar un poco?

Se sentaron sobre un gran leño derribado, un añoso roble cuyas ramas se contaban por las heridas del hacha. El sitio era templado, alegrado por pálida reverberación luminosa y un perfume de violetas marchitas.

—¡Qué bien se está aquí!... —dijo ella apoyándose en su hombro y buscando sitio para besarle en el cuello. Echóse él atrás y la cogió la mano. Entonces, ante la dura expresión de su rostro, se asustó.

—¿Cómo? ¿Qué pasa?

—Una mala noticia, pobre amiga mía... Hedouin, sabes, el que se marchó en mi lugar...

Hablaba trabajosamente, con voz ronca, cuyo sonido le sorprendía a sí mismo, pero que se afirmaba al terminar el relato preparado de antemano... Hedouin había caído enfermo al llegar a su destino, y él estaba nombrado oficialmente para reemplazarle... Le pareció más fácil decir esto, y menos cruel que la verdad. Escuchóle hasta el fin sin interrumpirle, con una palidez gris en el rostro, y los ojos fijos.

—¿Cuándo te vas? —preguntó retirando su mano.

—Pues esta tarde... esta noche...

Y con voz falsa y doliente añadió:

—Pienso pasar veinticuatro horas en Castelet, y luego embarcarme en Marsella...

—¡Basta, no mientas más! —gritó con explosión feroz que la puso en pie—; no mientas más, porque no sabes... La verdad es que te casas... Hace mucho tiempo que tu familia trabaja para esto... Tienen tanto miedo de que yo te retenga, que te impida ir a buscar el tifus o la fiebre amarilla... En fin, ya están satisfechos... La señorita será de tu gusto, hay que creerlo así... Y cuando pienso en los lazos de corbata que te hacía los jueves... ¡Qué tonta era yo! ¿Eh?

Reíase con risa dolorosa, atroz, que torcía su boca, mostraba el hueco que hacía a un lado la rotura, reciente sin duda, porque no la había visto hasta entonces, de uno de sus bellos dientes nacarados, de que se mostraba tan envanecida: y aquello, este diente que faltaba en sus facciones terrosas, hundidas, desencajadas, prodújole a Gaussín un disgusto horrible.

—Escúchame —dijo volviendo a coger sus manos, sentándola a la fuerza junto a él...—. Pues bien; sí, me caso... Mi padre lo deseaba, ya lo sabes; ¿pero a ti qué te importa, puesto que yo debía marcharme?...

Desasióse, queriendo conservar su cólera.

—¡Y para decirme esto me has hecho andar una legua por monte atraviesa!... Tú dijiste: «Así al menos no la oirán, si grita...». No, ya lo ves... Ni un grito, ni una lágrima. En primer lugar, que ya estoy hasta los pelos de lo buen mozo que eres... Puedes marcharte; no seré yo la que te haga volver... Vete a las islas con tu mujer, tu nena, como dicen en tu tierra... ¡Debe ser decente tu niña!... Fea como una gorila, o quizás esté preñada hasta la cintura... Porque tú eres tan crédulo como los que te la han elegido.

Ya no se contenía, lanzándose en un desbordamiento de insultos, de infamias, hasta que llegó a no poder balbucear más que las palabras «cobarde... embustero... cobarde...» en pleno rostro, provocándole como cuando se enseñan los puños.

Tocábale a Juan escuchar sin decir nada, sin hacer ningún esfuerzo para contenerla. Le gustaba más así, insultante, innoble, la verdadera hija del tío Legrand; la separación sería menos cruel... ¿Tuvo ella conciencia de esto? El caso es que enmudeció de pronto y cayó, echando la cabeza y el busto hacia adelante, en las rodillas de su amado, con un gran sollozo que la estremeció de pies a cabeza, del cual brotó una queja entrecortada.

—¡Perdóname, compasión!... Yo te quiero, no tengo a nadie más que a ti... Amor mío, vida mía, no hagas eso... No me dejes... ¿Qué va a ser de mí?

Le dominaba la emoción... ¡Oh! Esto es lo que él había temido... Las lágrimas comunicábanse de los ojos de ella a los suyos, echaba hacia atrás la cabeza para retenerlas en sus extraviadas pupilas, procurando consolarla con frases estúpidas, y siempre repetía aquel argumento razonable: «Pero, puesto que yo debía marcharme...».

Irguióse con este grito, que descubría toda su esperanza.

—¿Y qué? No te habrías ido. Yo te hubiera dicho: «Espera, déjate amar aún...». ¿Crees tú que se encuentra dos veces eso de ser amado como yo te amo?... Tienes tiempo para casarte: ¡eres tan joven!... Yo, muy pronto, estaré consumida... No podré más, y entonces nos separaríamos naturalmente.

Quiso levantarse; tuvo este valor y el de decirla que todo lo que hacía era inútil; pero agarrándose a él, arrastrándose arrodillada por el lodo que había en aquella hondonada del valle, le obligaba a volver a su sitio, y ante él, entre sus piernas, con el aliento de sus labios y el voluptuoso abrazo de sus ojos y caricias infantiles, poniendo las palmas de las manos en aquel rostro que se endurecía, los dedos en sus cabellos, en su boca, trataba de remover las frías cenizas de su amor, repetíale en voz baja las pasadas delicias, el despertar sin fuerzas, el extenuado enlace de sus tardes de los domingos. Todo esto no era nada en comparación de lo que ella le daría todavía; sabía otros besos, otras embriagueces; las inventaría para él...

Y mientras que le cuchicheaba esas palabras que oyen los hombres a la puerta de los lupanares, corrían gruesas lágrimas por su cara, en que se expresaba la agonía y el terror: forcejeaba, gritaba con voz delirante. «¡Oh, que no sea cierto eso... dime que no es verdad que me dejas!...». Y continuaban los sollozos, los gemidos, las voces de auxilio, como si le estuviera viendo un cuchillo en las manos.

No estaba el verdugo más animoso que la víctima. No temía su cólera más que sus caricias; pero estaba indefenso contra esta desesperación, esta brama que poblaba los ecos del bosque e iba a morir en el agua estancada y febrífuga, sobre la que descendía un sol triste y rojizo... Ya presumía sufrir, pero no con tanta agudeza: y érale preciso todo el deslumbramiento del nuevo amor para resistirse a levantarla con ambas manos y decirla: «Me quedo; cállate, me quedo».

¿Cuánto tiempo llevaban de extenuarse así los dos?... No era ya el sol más que una franja cada vez más estrecha en el Poniente; teñíase el estanque de color gris de filigrana, y hubiérase dicho que su emanación insana invadía el páramo y el bosque y los ribazos de enfrente. En la sombra que los envolvía, no veía más que aquel rostro pálido levantándose hacia él, aquella boca abierta, clamando con una queja inagotable. Poco después, al llegar la noche, aplacáronse los gritos. Ya sólo era un ruido de lágrimas a mares, sin fin, una de esas largas lluvias que empiezan con el gran estruendo de la tormenta, y de vez en cuando un «¡Oh!...» profundo y sordo, como precursor de algo horrible que rechazaba y volvía siempre a presentarse a su



vista.

Luego, nada más. Se acabó: la fiera había muerto... Una ráfaga fría levántase, roza las ramas, trayendo el eco de una hora lejana.

—Vamos, ven, no estés ahí.

La levantó suavemente, sintiéndola flácida en sus brazos, obediente como un niño y convulsionada con grandes suspiros. Parece que tiene cierto miedo, cierto respeto al hombre que acaba de mostrarse tan fuerte. Marcha a su lado, siguiendo su paso, pero con timidez, sin darle el brazo; y al verlos así, vacilantes y sombríos por las alamedas, en las que le sirven de guía el amarillento reflejo de la tierra, dijéranse un par de aldeanos que regresan rendidos por un largo trabajo al aire libre.

En la linde vése una claridad, la de la puerta abierta de la caseta de Hohecorne, alumbrando la silueta fija de dos hombres: «¿Es usted, Gaussín?» pregunta la voz de Hettema, que se acerca con el guarda. Empezaban a estar inquietos al no verlos volver, y por aquellos gemidos que oían en el bosque, Hohecorne iba a coger su carabina y a ponerse en su busca...

—Buenas noches, caballero, señora... la niña muy contenta con su chal... Ha sido preciso acostarla con él...

Lo último que hicieron juntos, aquel acto de caridad realizado en común momentos antes, uniendo sus manos por última vez alrededor de aquel cuerpecillo moribundo.

—Adiós, adiós, tío Hohecorne. —Y apretaron el paso los tres hacia la casa; Hettema, muy preocupado de aquellos clamores que poblaban el bosque: «Unas veces penetrantes, otras amortiguados; hubiérase dicho que degollaban a un animal... Pero ¿cómo no lo han oído ustedes?».

Ninguno de los dos contesta.

Al entrar en el Empedrado de los Guardas Juan titubea.

—Quédate a comer... —le dice en voz baja, suplicante—. El tren ha pasado ya... Te irás en el de las nueve.

Entra con ellos. ¿Qué puede temer? No se repiten escenas semejantes, y lo menos que puede hacer es concederle este corto consuelo.

La sala está caliente, la lámpara luce bien y el ruido de sus pasos por la travesía ha prevenido a la criada, que lleva la sopa a la mesa.

—¡Por fin están ustedes aquí!... —dice Olimpia sentada ya, con la servilleta puesta sobre sus cortos brazos. Destapa la sopera y se detiene de pronto, lanzando este grito—: ¡Dios mío, querida!...

Desencajada y envejecida de diez años, con los párpados hinchados y sanguinolentos, enlodado el traje hasta el cabello, con el desorden asustado de la ramera que acaba de librarse de una caza de agentes de policía, así se presenta Fanny. Respira un momento; sus pobres ojos quemados, parpadean a la luz, y poco a poco el calor de la casita, aquella mesa alegremente puesta, provocan el recuerdo de los buenos días, un nuevo impulso de llanto, en que se distinguen estas palabras:

—Me deja... se casa.

Hettema, su mujer, la campesina que los sirve, se miran, miran a Gaussín. «En fin, comamos», dice el hombre obeso cuyo enojo se adivina: y el ruido de las cucharadas voraces únese al de una agitación de agua en el cuarto inmediato, donde Fanny está lavándose la cara. Cuando vuelve azulada de polvos, con blanca bata de lana, los Hettema la espían con angustia, esperando alguna nueva explosión, y se sorprenden mucho al ver que no dice palabra, y se abalanza a los manjares glotonamente, como un náufrago, llenando el vacío de su pena y el abismo de sus gritos con todo lo que tiene a su alcance, el pan, las coles, un alón de gallina, manzanas, «come, come...».

Háblase primero con entonación violenta, luego más libremente, y como con los Hettema no se puede conversar más que de cosas muy comunes y materiales, sobre el modo de hacer la fruta de sartén con almíbar, o si la crin es mejor que la pluma para dormir, llégase sin tropiezos al café, que el grueso matrimonio exorna con un caramelo saboreado lentamente, poniendo los codos en la mesa.

Gusto da ver la buena mirada confiada y tranquila que cambian entre sí aquellos pesados compañeros de pesebre y pajaza. ¡Ellos sí que no tienen ganas de separarse! Juan sorprende esta mirada, y en la intimidad de la sala, llena de recuerdos, de adquiridas costumbres que se quedaban en todos los rincones, una dejadez de cansancio, de digestión, de bienestar, le acometió. Fanny, que le observa, acerca dulcemente la silla, enlázale las piernas, desliza su brazo en el suyo.

—¿Oyes? —dice él bruscamente—: las nueve... Pronto... adiós... te escribiré.

Ya está de pie, fuera, en la calle, tanteando en la sombra para abrir la barrera de paso. Dos brazos le ciñen por en medio del cuerpo. «Abrázame siquiera...».

Vese cogido entre la suelta bata, dentro de la cual se la siente desnuda, impregnado de aquel olor, de aquel calor de carne de mujer, trastornado por aquel beso de adiós, que le deja en los labios sabor de fiebre y de llanto; y ella dícele en voz baja, viéndole débil: «Una noche más siquiera; nada más que una...».

—Una señal en la vía... ¡Es el tren!...

¿Cómo tuvo fuerza para desasirse, para abalanzarse a la estación, cuyos faroles lucían a través de las ramas deshojadas? Aún se maravillaba de ello, palpitante en un rincón del vagón, acechando por la portezuela las alumbradas ventanas de la casita, una forma blanca junto a la barrera... «¡Adiós, adiós!...». Y este grito tranquilizaba el silencioso terror que acababa de experimentar en aquella curva de los rails, al ver a su querida en el sitio fijado por su presentimiento de muerte.

Sacando la cabeza, veía huir, y disminuir y rodar en el apelotonamiento de las tierras su pequeño pabellón, cuya luz no era ya más que una estrella perdida. De pronto sintió una alegría, un alivio enorme. ¡Cómo se respiraba, qué hermoso era todo aquel valle de Meudón y aquellos grandes ribazos negros, que dibujaban a lo lejos un triángulo brillante de innumerables luces, desgranándose en cordones regulares hacia el Sena! Irene le esperaba allí, y él iba hacia ella con toda la velocidad

del tren, con todo su deseo de enamorado, con todo su impulso hacia la vida joven y honrada...

¡París!... Hizo parar un coche para que le llevase a la plaza de Vendôme. Pero a la luz del gas apercibióse de su traje, de sus zapatos cubiertos de lodo, un lodo pesado, espeso, todo su pasado, que aún le detenía pesada y suciamente. «¡Oh, no, esta noche no!». Y volvió a su antiguo hospedaje de la calle de Jacob, donde el *Fénat* le había alquilado un cuarto junto al suyo.

## XIII

Al día siguiente, Cesáreo, que se había encargado de la delicada comisión de ir a Chaville a recoger el equipaje y los libros de su sobrino, y a consumir la ruptura con la mudanza, volvió muy tarde, cuando ya Gaussín empezaba a inquietarse con toda clase de suposiciones locas o siniestras. Por último un carruaje con baca, pesado como un carro fúnebre, torció por la esquina de la calle Jacob, cargado de cajas atadas y un enorme baúl que reconoció ser el suyo, y apareció el tío, que se mostraba misterioso y afligido.

«He tardado más para recogerlo todo de una vez y no verme obligado a volver...». Luego, mostrando los cajones que dos mozos iban colocando en el cuarto: «Aquí la ropa blanca, las prendas de vestir, allí tus papeles, tus libros... No faltan más que tus cartas; me suplicó que se las dejara para volverlas a leer, para tener algo tuyo... He creído que no había en esto ningún riesgo... ¡Es tan buena muchacha!...».

Respiró a sus anchas, sentándose sobre el baúl, y enjugándose el sudor con su pañuelo de seda cruda, tan grande como una servilleta. No se atrevía Juan a pedirle detalles acerca de la actitud en que la había encontrado, y el otro no se los daba por temor de entristecerle. Y llenaron el vacío de este silencio difícil y preñado de cosas tácitas, con observaciones acerca del tiempo, que desde la víspera había cambiado bruscamente, reapareciendo el frío, con otras reflexiones acerca del lamentable aspecto de aquellos alrededores de París, desiertos y escuetos, llenos de altos hornos de fábrica y esos enormes cilindros de fundición, viveros de los hortelanos. Luego, al cabo de un rato:

—¿No le ha dicho a usted nada para mí, tío?

—No... puedes estar tranquilo... no te molestará; se ha resignado con mucha resolución y dignidad.

¿Por qué vio Juan en estas cortas frases intención de vituperio y un reproche por su rigor?

—De todas maneras —prosiguió el tío— molestia por molestia, prefiero los arañazos de la Mornas a la desesperación de esa desdichada.

—¿Ha llorado mucho?

—¡Ah, querido mío!... Tanto, y tan bien, y tan de corazón, que yo mismo sollozaba ante ella sin tener fuerzas para... —Dio un bufido, desechó su emoción con ese movimiento de cabeza propio de viejo contemporizador—. En fin... ¿qué le hemos de hacer? no es culpa tuya... no podías pasarte la vida allí. Las cosas se han hecho muy decentemente; la dejas dinero, un mobiliario... ¡Y ahora ande viento en popa el amor! Procura llegar al matrimonio con presteza... Ésos sí que son otros asuntos demasiado serios para mí... Habrá precisión de que el Cónsul tome cartas en ellos... Yo no sirvo más que para las liquidaciones morganáticas... —Y acometido

bruscamente de un nuevo acceso melancólico, apoyando la frente en los cristales, mirando al cielo cubierto, cuya lluvia fluía entre los tejados—: Es igual; el mundo se va poniendo triste... En mis tiempos se separaba la gente más alegremente que ahora.

Marchó el *Fénat*, siguiéndole su máquina elevadora, y privado Juan de aquel buen humor bullente y charlatán, hubo de pasar una larga semana, bajo la impresión de vacío y soledad, de toda la negra desorientación de una viudez. En tales casos, hasta sin el pesar de una pasión, se busca la otra mitad de uno mismo, que se echa de menos; porque la vida de dos, la cohabitación de la mesa y la cama, crean un tejido de lazos invisibles y sutiles, cuya solidez no se revela más que por el dolor y el esfuerzo de la ruptura. La influencia del contacto y del hábito están milagrosamente penetrante, que dos seres que viven la misma vida llegan a parecerse.

Sus cinco años con Safo no habían logrado aún amoldarle hasta ese extremo; pero su cuerpo conservaba, no obstante, las señales de la cadena, y se resentía de su pesado arrastre. Y de igual modo que varias veces sus pasos le hubieran llevado solos hacia Chaville al salir de la oficina, acontecíale por la mañana despertar buscando sobre la almohada las pesadas masas de negros cabellos, sueltos de la peineta, en donde posaba su primer beso.

Sobre todo las noches le parecían interminables en aquel cuarto de hospedaje que le recordaba los primeros tiempos de su amorío, y la presencia de aquella querida delicada y silenciosa, cuya tarjeta perfumaba el espejo con perfume de alcoba y con el misterio de su nombre: Fanny Legrand. Salía entonces para cansarse, andar, aturdirse con el rum-rum y las luces de cualquier teatro de tercer orden, hasta el momento en que el anciano Bouchereau le permitió pasar tres veladas por semana al lado de su prometida.

Por fin, estaba todo acordado. Irene le amaba; *Tío* consentía en ello; la boda se haría en los comienzos de abril, al finalizar el curso. Quedábanles tres meses de invierno para verse, conocerse, desearse y hacer la encantadora y amante paráfrasis de la primera mirada que enlaza las almas y de la primera declaración que las conmueve.

La noche de los esponsales, al regresar a su casa sin ningún deseo de dormir, túvolo Juan de arreglar su cuarto, por ese instinto natural que nos hace relacionar nuestra manera de vivir con nuestras ideas. Colocó su mesa y sus libros, no desatados y metidos aún en uno de aquellos cajones que se llenaron deprisa, y en los que estaban las obras de legislación, entre un montón de pañuelos y una blusa de campo. De entre las hojas de un diccionario de Derecho comercial, el que consultaba con más frecuencia, cayó entonces una carta sin sobre, con letra de la querida.

Fanny la confió al azar de sus futuros estudios, desconfiando del enternecimiento pasajero de Cesáreo, y pensando que así llegaría con más seguridad a su destino. Resistióse a desdoblarla al pronto, pero cedió a las primeras palabras escritas, muy dulces, muy razonables, y cuya agitación notábase sólo en el temblor de la pluma y en la desigualdad de los renglones. No le pedía más que un favor, uno solo que fuese

a verla de vez en cuando. No le diría nada, no le reprocharía nada; ni el casamiento, ni aquella separación que comprendía era absoluta y definitiva. ¡Pero verle!...

«Piensa en que es para mí un golpe terrible, y tan inesperado, tan brusco... Estoy como después de una muerte o de un incendio, sin saber lo que me pasa. Lloro, espero, miro el sitio en que estaba mi felicidad. Sólo tú puedes aclimatarme a esta nueva situación... Es un acto de caridad; ven a verme, para que no me encuentre yo tan sola... Tengo miedo de mí...».

Estas quejas, este llamamiento suplicante, eran toda la carta, y se reanudaban a cada momento con la misma palabra: «Ven, ven...». Podía creer que estaba en el claro del bosque, con Fanny a sus pies, y en la violada penumbra de la tarde, aquel pobre rostro levantado hacia él, ajado y flácido con el llanto, y aquella boca abierta que se llenaba de sombra para gritar. Esto fue lo que le asedió toda la noche, lo que turbó su sueño, y no la dichosa embriaguez que hubo traído de casa de su prometida. Y lo que volvió a ver fue aquella cara envejecida, marchita, a pesar de cuantos esfuerzos hizo para poner entre él y ella el rostro de puros contornos, y pulpa de clavellina en flor, en el que el amor confesado dejaba traslucir bajo los ojos pequeños y sonrosados arboles.

Esta carta tenía ocho días de fecha; ocho días en que la infeliz esperaba una palabra o una visita, el estímulo que para su resignación pedía. Pero ¿cómo no le había vuelto a escribir? Quizás está enferma; y volvían sus antiguos temores. Pensó que Hettema podría suministrarle informes, y confiando en la regularidad de sus costumbres, fuese a esperarle a la Comisión de Artillería.

Daba la última campanada de las diez en Santo Tomás de Aquino, cuando nuestro obeso individuo aparecía al extremo de la plazoleta, con el cuello del gabán subido, la pipa en la boca, y en la pipa sus dos manos para calentarse los dedos. Juan desde lejos mirábale venir, muy conmovido por todo lo que le recordaba; pero Hettema le acogió con un gesto de mal humor, que disimuló muy poco. «¿Es usted? ¡No le hemos echado pocas maldiciones esta semana! ¡Nosotros que habíamos ido al campo para vivir tranquilos!...».

Y en la puerta, acabando su pipa, le contó que el domingo pasado convidaron a Fanny y al niño a comer, porque era día de salida para este último, con el objeto de distraerla un poco de sus malas ideas. En efecto, comieron bastante alegremente, y hasta cantó ella un trozo de música, a los postres; separáronse a eso de las diez, y ya se disponía a acostarse con delicia, cuando de pronto golpean en los postigos de la ventana, y la voz de José los llama asustada.

—Vengan ustedes pronto: mamá quiere envenenarse... Hettema se apresura, llega a tiempo para arrancarla de las manos a la fuerza el frasco de láudano. Fue preciso luchar a brazo partido con ella, sujetarla y defenderse de las cabezadas y arañazos con que le hería él rostro. En la lucha se rompió la ampollita, el láudano se derramó por todas partes, y sólo resultó de aquello las ropas manchadas y apestando a veneno. Pero ya comprenderá usted que tales escenas y todo este drama de gacetilla, no son

para personas tranquilas... Así es que se acabó, he despedido la casa y el mes que viene me mudo...

Metió su pipa en el estuche, y con un adiós muy calmoso desapareció entre los arcos bajos de un patinillo, dejando a Gaussín trastornado con lo que acababa de oír.

Figurábase la escena en aquel cuarto que había sido el suyo, el susto del niño pidiendo socorro, la lucha brutal con el gordinflón; creía oler el opiáceo olor, el amargor soñoliento del láudano derramado. Duróle el espanto todo el día, agravado con el aislamiento en que iba a vivir ella. Al marcharse los Hettema, ¿quién detendría su mano en una nueva tentativa?

Una carta vino a tranquilizarle un poco. Fanny le agradecía no ser tan cruel como quería aparentar, puesto que aún se tomaba algún interés por la pobre abandonada. «Te lo han dicho, ¿verdad?... ¡He querido morir... era por verme tan sola!... Lo he intentado, no he podido, me detuvieron, acaso temblaba mi mano... El temor de sufrir, de ponerme fea... ¡Oh! Esa Doré, ¿cómo tuvo tanto valor?... Pasada la vergüenza de haber fracasado en mi propósito, ha sido un regocijo pensar en que podré escribirte, amarte desde lejos, verte todavía, porque no pierdo la esperanza de que vengas una vez, como se va a casa de una amiga desgraciada, a una casa en que hay duelo; por compasión, sólo por compasión...».

Desde entonces, llegaba de Chaville cada dos o tres días una caprichosa correspondencia, larga, corta, un diario de dolor que no tuvo ánimo para devolver, y que agrandó en aquel corazón tierno el espacio vivo de una piedad sin amor, no ya para con la querida, sino para con el ser humano que sufría por su causa.

Un día era la marcha de sus vecinos, de aquellos testigos de su pasada dicha, que se llevaban tanto recuerdo. Ahora ya no le quedaban para recordar el ayer más que los muebles, las paredes de su casita, y la asistenta, animal montaraz que se interesaba tan poco en sus cosas como la oropéndola friolenta con el invierno, con el plumaje desalisado en un rincón de su jaula.

Otro día, un pálido rayo del sol que alegraba los cristales, hacía la levantarse muy alegre con esta persuasión: «¡Hoy vendrá!...». ¿Por qué?... Por nada, por un presentimiento... E inmediatamente poníase a embellecer la casa y a engalanarse coquetamente con su traje de los domingos y el peinado que a él le gustaba; luego, hasta la tarde, hasta el último rayo de luz, contaba los trenes desde la ventana de la sala, le oía venir por el Empedrado de los Guardas... ¿Habrás visto locura igual?...

A veces nada más que un renglón: «Llueve, está muy oscuro... estoy sola y lloro por ti...». O bien se contentaba con poner bajo un sobre una pobre flor mojada y rígida por la escarcha, la última de su jardincillo. Mejor que todas las quejas, aquella flor recogida bajo la nieve describía el invierno, la soledad, el abandono; veía el sitio al extremo de la alameda, y junto a los arriates una falda de mujer mojada hasta el ribete, yendo y viniendo en un paseo solitario.

Esta piedad que angustiaba su corazón, hacía la vivir aún con Fanny, a pesar de la ruptura. Pensaba en ella: figurábasela a todas horas; más por un singular

desfallecimiento de su memoria, aunque hacía a lo sumo seis semanas de su separación y estaban aún presentes en sus recuerdos los menores detalles de su domicilio, como la jaula de La Balúe, enfrente de un reloj de cuco de madera que les tocó en suerte en una fiesta campestre, y hasta las ramas del nogal que al menor soplo de viento golpeaban los cristales de su cuarto de aseo, la mujer no se le aparecía ya tan distintamente. Veíala en nebulosa lontananza, con un solo detalle de su rostro, detalle acentuado y penoso: el de su boca deformada y la sonrisa taladrada por aquel diente que la faltaba.

Envejecida hasta ese extremo, ¿qué iba a ser de la infeliz criatura en cuyos brazos había dormido tanto tiempo? Al acabársele el dinero que la dejó, ¿adónde iría, hasta qué abismo? Y de pronto surgía en sus recuerdos la triste buscona que encontró una noche en una taberna inglesa, muriéndose de sed ante su lonja de salmón curado. Sería eso; aquella cuyos cuidados aceptó muchos años, así como aceptó su ternura apasionada y fiel. Y desesperábale esta idea... ¿Y qué hacer? Por haber tenido la desgracia de encontrar a esta mujer, de vivir algún tiempo con ella, ¿estaba condenado a no dejarla y a sacrificar su felicidad? ¿Por qué había de tocarle esta misión a él, y no a los otros? ¿En nombre de que justicia?

Y al par que se negaba a verla otra vez, la escribía; y sus cartas, por cálculo positivistas y secas, dejaban traslucir su emoción bajo los consejos de cordura y de apaciguamiento. Exhortábala a que sacase a José del colegio y lo tuviese a su lado para ocuparse en algo, para distraerse. Pero Fanny se negaba. ¿A qué conducía hacer testigo de su dolor y de su desaliento a este niño? Bastaba para ello con los domingos, días en que el pequeñuelo iba de una silla a otra, vagaba de la sala al jardín, adivinando que una gran desgracia había entristecido la casa, y no atreviéndose a preguntar por «papá Juan» desde que le dijeron sollozando que se había marchado, y que ya no volvería.

—¡Entonces todos mis papás se marchan!

Y esta frase del niño abandonado, escrita en una aflictiva carta, quedó como un peso en el corazón de Gaussín. Pronto aquella idea de saber que seguía viviendo en Chaville fue convirtiéndose en tal opresión, que la aconsejó el regreso a París y ver a la gente. Con su triste experiencia de los hombres y de las rupturas, Fanny no vio en esta oferta más que un horroroso egoísmo, el deseo de desembarazarse de ella para siempre, por uno de esos bruscos arranques familiares en ella, y explicóse acerca de esto con sinceridad:

«Ya sabes lo que te he dicho otras veces... Continuaré siendo tu mujer, a pesar de todo, tu mujer amante y fiel. Nuestra casita me llena con tu recuerdo y no quisiera dejarla por nada del mundo... ¿Qué haría yo en París...? Me repugna mi pasado, que es lo que te aleja; y luego, piensa a lo que nos expones... ¡Te crees muy fuerte! Si es así, ven, ingrato... una vez... nada más que una...».

No fue; pero un domingo por la tarde, estando solo trabajando, oyó dar dos golpecitos en la puerta. Se estremeció, reconoció su viva manera de anunciarse como



en otro tiempo. Temerosa de verse detenida abajo por alguna consigna, había subido de un tirón, sin preguntar a nadie. Acercóse él, apagando sus pasos la alfombra, oyendo su respiración tras de la puerta.

—Juan, ¿estás ahí...?

¡Oh! aquella voz humilde y quebrantada... Repitió una vez, pero no muy alto: «¡Juan...!» y luego una suspirada queja, el roce de una carta y la caricia y el adiós de un beso tirado.

Bajó la escalera lentamente, peldaño tras peldaño, como quien espera que le llamen; solo entonces Juan recogió la carta y la abrió. Aquella mañana habían enterrado a la niña de Hohecorne en el hospicio de Niños enfermos. Había venido con el padre y algunas personas de Chaville y no había podido resistir al deseo de subir para verle y dejarle aquellos renglones escritos de antemano... «¡Ya te lo decía yo! Si viviera en París no se vería a nadie más que a mí en tu escalera... Adiós, dueño mío, vuelvo a nuestra casa...».

Y leyendo con los ojos enturbiados de lágrimas, recordaba la misma escena en la calle de la Arcada, el dolor del amante despedido, la carta deslizada por debajo de la puerta, y la risa descorazonada de Fanny. ¡De modo que le amaba más de lo que él amaba a Irene! ¿O era acaso que el hombre, más metido que la mujer en el combate de los negocios y de la vida, no tiene, como ella, el exclusivismo del amor, el olvido y la indiferencia de todo lo que no sea su pasión absorbente y única?

Esta tortura, este mal de compasión que le aquejaba, no se apaciguaba más que junto a Irene. Sólo allí desaparecía su angustia, fundíase bajo el dulce rayo azul de sus miradas. No le quedaba más que una laxitud grande, una tentación de reclinar la cabeza en su hombro, de permanecer así sin hablar, sin moverse en aquel abrigo.

—¿Qué tiene usted? —decíale...—. ¿No es usted feliz? —Sí, muy feliz. Pero ¿por qué estaba formada su dicha con tantas tristezas y tantas lágrimas? Y a veces hubiera querido confesárselo todo, como a una amiga inteligente y buena: sin pensar ¡pobre loco! en la turbación con que tales confidencias agitan a las almas nuevas, y en las incurables heridas que pueden causar a la confianza del cariño. ¡Ah! ¡Si hubiera podido llevársela, huir con ella! Presentía que éste pudiera ser el fin de los tormentos; pero el viejo Bouchereau no quería hacer merced de una sola hora del plazo fijado: «Soy viejo, estoy enfermo. No volveré a ver a la niña; no me prive usted de estos últimos días...».

Bajo su aspecto rudo, era aquel grande hombre el mejor de los hombres. Condenado sin remisión por la enfermedad de corazón, cuyos progresos él mismo iba notando y comprobando, hablaba de ello con sangre fría admirable, continuaba sus cátedras, sofocándose, auscultaba enfermos menos atacados que él. Había en aquella vasta inteligencia una sola debilidad, que delataba a las claras el origen campesino del turenés: su respeto a los títulos, a la nobleza. Y el recuerdo de las torrecillas de Castelet, el antiguo apellido de Armandy, no fueron extraños a la facilidad con que aceptó a Juan para marido de su sobrina.

Haríase la boda en la casa solariega, lo cual evitaría un viaje a la pobre mamá, que enviaba cada ocho días a su hija futura una bondadosa carta muy tierna, dictada a Divonne o a una de las niñas de Bethania. Y experimentaba dulce regocijo al hablar con Irene de sus parientes, en hallarse como en Castelet en la plaza de Vendôme, con todas sus afecciones, estrechándose alrededor de su adorada prometida.

Asustábase sólo al sentirse tan viejo, tan cansado ante ella; al verla hallar placer infantil en cosas que ya no le divertían, en alegrías de la vida común con que él no contaba ya. Así aconteció con la lista que tuvieron que hacer de todo lo que necesitarían llevarse al Consulado; muebles y telas que debían elegir; lista a cuya mitad se detenía una noche, insegura la pluma, aterrado por el recuerdo que le asaltaba de su instalación en la calle de Amsterdam y por la renovación inevitable de tantos goces gastados, aniquilados en aquellos cinco años al lado de una mujer, con un disfraz de matrimonio y familia.

## XIV

—Sí, querido, ha muerto esta noche en brazos de Rosa... Vengo de llevarlo a casa del disecador.

El compositor De-Potter, a quien encontrara Juan al salir de una tienda de la calle de Bac, agarrábasele con una necesidad de efusión, que no se acomodaba con sus facciones impasibles y duras de hombre de negocios, y le relataba el martirio del pobre Bichito, a quien mató el invierno parisién, pasándose de frío, a pesar de los cabezales de algodón en rama y la mecha de espíritu de vino encendida durante dos meses y ardiendo bajo su nidito, de igual manera que se acostumbra proceder con los niños sietemesinos. Nada bastó para impedir que tiritase, y la noche antes, mientras que todos le rodeaban, sacudióle desde la cabeza a la cola el último calofrío, y murió como buen cristiano, merced a los chorros de agua bendita que en su granujienta piel, por la que se desvanecía la vida, formando moarés cambiantes y movimientos de prisma, derramaba mamá Pilar, diciendo fija la vista en el cielo: *¡Dios le perdone!*

—Ríome de ello; pero con esto y con todo, tengo el corazón afligido, y más cuando pienso en la pena de mi pobre Rosa, a la que dejo llorando... Afortunadamente, Fanny estaba acompañándola.

—¿Fanny?...

—Sí, mucho tiempo hacía que no la veíamos... Llegó esta mañana; precisamente a lo mejor del drama, y esta buena muchacha se ha quedado consolando a su amiga. —Agregó, sin parar mientes en la impresión que causaban sus palabras—: ¿Conque se acabó? ¿Ya no viven ustedes juntos?... ¿Se acuerda usted de nuestra conversación en el lago de Enghien? Usted, al menos, se aprovecha de las lecciones que le dan... —Y traslucíase un rasgo de envidia en su aprobación.

Rugosa la frente, Gaussín experimentaba verdadero malestar pensando que Fanny había vuelto a casa de Rosario; pero se reprochaba esta debilidad, puesto que al fin y a la postre no tenía ya derechos ni responsabilidad sobre aquella existencia.

Ante una casa de la calle de Beaume, en una calle muy antigua del París aristocrático de otro tiempo, y por la que acababan de entrar, paróse De-Potter. Allí vivía, o más bien por las conveniencias, por la sociedad estaba obligado a vivir, porque realmente pasaba el tiempo en la Avenida de Villiers o en Enghien, haciendo sólo apariciones en el domicilio conyugal para evitar que su mujer y su hijo pareciesen demasiado abandonados.

Seguía Juan su camino disponiendo ya una despedida; mas retuvo el otro la mano entre las suyas largas y duras de destructor de teclados, y sin el menor embarazo, como hombre a quien no avergüenza el vicio adquirido:

—Hágame usted un favor... Suba usted conmigo. Hoy debería comer con mi mujer, pero es lo cierto que no puedo dejar sola con su desesperación a mi pobre

Rosa... Me servirá usted de pretexto para salir, y me evitará una explicación enojosa.

El cuarto del músico, situado en el segundo piso, magnífico y frío, de un domicilio burgués, ofrecía el aspecto de abandono de la habitación en que no se trabaja. Todo estaba allí demasiado limpio, sin el desorden, sin nada de la activa fiebre de que se contagian los objetos y los muebles. Ni un libro, ni una cuartilla había sobre la mesa, que ocupaba majestuosamente un enorme tintorero de bronce, sin tinta, y reluciente como un modelo de escaparate; ni partitura sobre el viejo piano de forma de clavicordio en el cual se inspiraron sus primeras obras. Y un busto de mármol blanco, el busto de una joven de facciones delicadas y dulce expresión, muy pálido por la caída de la tarde, aumentaba lo frío de la chimenea sin lumbre y cerrada y parecía mirar tristemente las paredes cargadas de las coronas doradas llenas de cintas, las medallas, los cuadros conmemorativos, todos los despojos gloriosos y vanos que se dejaban a la mujer por compensación, y de los que ella cuidaba como adornos del sepulcro de su dicha.

Apenas entraron, volvióse a abrir la puerta del despacho y se presentó la señora De-Potter.

—¿Eres tú, Gustavo?

Creyó que estaba solo, y se detuvo ante el rostro desconocido con visible inquietud. Elegante y linda, con una exquisita e inteligente manera de vestirse, parecía más delgada que su busto, cambiada la dulce expresión de su fisonomía por nerviosa y decidida resolución. En la sociedad andaban los pareceres divididos acerca del carácter de esta mujer. Censurábanla, unos, por soportar el público desdén de su marido, su amancebamiento conocido, definitivo; otros, por el contrario, admiraban su silenciosa resignación. Y la opinión general la consideraba como un ser tranquilo, amante ante todo de su reposo, que hallaba suficiente compensación de su viudez en las caricias de un hermoso niño y en el júbilo de llevar el apellido de un grande hombre.

Pero mientras que el músico presentaba a su acompañante y decía el primer embuste que le venía en mientes para librarse de la comida de familia, en el estremecimiento de aquel juvenil rostro femenino, en la fijeza de aquella mirada que ya no veía ni atendía, como absorta en el sufrimiento, pudo Juan darse cuenta de que bajo aquellas exterioridades mundanas se enterraba vivo un gran dolor. Pareció aceptar aquella historia, en la que no creía, contentándose con decir dulcemente:

—Raimundo va a llorar porque le prometí que comeríamos al lado de su cama.

—¿Cómo está? —preguntó De-Potter distraído, impaciente.

—Mejor; pero siempre tosiendo... ¿No vienes a verlo?

Balbuceó algunas frases entre dientes, fingiendo buscar algo por el cuarto: «Ahora no... Estoy de prisa... Una cita a las seis en el Casino...». Lo que él quería era evadirse de estar a solas con ella.

—En ese caso, adiós —dijo la joven tranquilizándose súbitamente, regularizándose sus facciones, recogida como agua pura que acababa de turbar hasta

el fondo la caída de una piedra. Saludó y desapareció.

—¡Larguémonos!...

Y libertado De-Potter, llevóse tras sí a Gaussín, quien miraba bajar la escalera, rígido y correcto, vestido con su largo gabán ceñido, de hechura inglesa, a este siniestro apasionado, tan conmovido cuando llevaba a disecar el camaleón de su querida y que se iba sin abrazar a su hijo enfermo.

—De todo esto, querido —exclamó el músico como respondiendo a las ideas de su amigo— tienen la culpa los que me casaron. ¡Buen favor nos hicieron a mí y a esa pobre mujer!... ¡Qué locura, quererme hacer a mí marido y padre!... Yo era el amante de Rosa, lo sigo siendo, y lo seré hasta que reviente uno de los dos... El vicio que se apodera de uno en ocasión propicia y que le agarra bien, ¿es cosa de que nos podemos desasir nunca?... Usted mismo está seguro de que si Fanny hubiera querido... —Llamó a un cochero que pasaba de vacío, y subiendo—: A propósito de Fanny: ¿no sabe usted la noticia?... Flamant está indultado; ha salido de Mazas... Déchelette hizo la solicitud... ¡Pobre Déchelette! Ha hecho favores hasta después de muerto.

Inmóvil, con insensato deseo de correr, de alcanzar aquellas ruedas que traqueteaban a escape por la sombría calle, donde encendían ya el gas, Gaussín se maravillaba al verse tan conmovido. «Flamant indultado... fuera de Mazas...» repetíase estas palabras en voz baja, viendo en ellas la causa del silencio en que estaba Fanny desde algunos días antes: de la brusca interrupción de sus lamentos, enmudecidos por las caricias de un consolador, porque el primer pensamiento del miserable, al verse libre, debió ser para ella.

Recordaba la correspondencia amorosa fechada en la prisión, la obstinación de su querida en defender a este solo, cuando tan de barato daba a los demás; y en vez de felicitarse por una aventura que le descargaba lógicamente de toda inquietud y todo remordimiento, una indefinible angustia túvole despierto y febril parte de la noche. ¿Por qué? No la amaba ya; pero pensaba en sus cartas, que estaban en manos de aquella mujer, que tal vez las leería al otro, y de las que ¿quién sabe? bajo una mala influencia podría hacer uso alguna vez para turbar su tranquilidad, su dicha.

Esta preocupación por sus cartas, verdadera o falsa, o encubrimiento sin que él lo sospechase, celos de otro género, le decidió a dar un paso imprudente, a llevar a efecto la visita de Chaville, lo que siempre había rehuido obstinadamente. Pero ¿a quién confiar misión tan íntima y delicada?... Una mañana de febrero, muy tranquilo de espíritu y corazón, tomó asiento en el tren de las diez, temiendo únicamente hallar cerrada la casa y que la mujer hubiese ya desaparecido con su bandido.

En la curva de la vía, las persianas abiertas y las cortinas puestas en las ventanas del pabellón, le tranquilizaron; y acordándose de su emoción cuando vio alejarse a sus espaldas la lucecita que bordaba de puntos brillantes la sombra, burlábase de sí mismo y de la fragilidad de sus impresiones. No era ya el que pasaba por allí el mismo hombre, y ciertamente no iba a encontrar la misma mujer. Y, sin embargo,

sólo habían transcurrido dos meses. Los bosques que bordeaba el tren no tenían hojas nuevas, y conservaban las mismas lepras de añublo que el día de la ruptura, y de sus clamores repetidos por el eco.

Solo bajó a la estación, y con aquella niebla penetrante y fría tomó por el sendero del campo, resbaladizo por la nieve endurecida, el terraplén del camino de hierro, no encontrando a nadie hasta el Empedrado de los Guardas, en cuya vuelta aparecieron un hombre y un niño, seguidos por un mozo de la estación que empujaba su carretón cargado de baúles.

El niño, envuelto en una bufanda y con la gorra metida hasta las orejas, reprimió un grito al pasar junto a él. «¡Calle, si es José!» se dijo, algo sorprendido y triste por esta ingratitud del niño; y al volver la cabeza encontróse con la mirada del hombre que llevaba al niño de la mano. Aquel rostro inteligente y fino, pálido por el encierro, aquellas ropas hechas, compradas la víspera, aquella barba rubia incipiente, que no había tenido tiempo de crecer del todo desde Mazas... Flamante, ¡pardiez! Y José era su hijo...

Fue una revelación como un relámpago. Volvió a ver y comprendiólo todo, desde la carta del cofrecillo, en la que el guapo grabador confiaba a su querida un niño que tenía en su tierra, hasta la misteriosa llegada del pequeñuelo, y el rostro contrariado de Hettema al hablar de esta adopción, y las miradas de Fanny a Olimpia; porque todos se habían puesto de acuerdo para hacer que alimentase al hijo del falsario. ¡Oh! ¡Valiente tonto, y cómo se debieron reír de él...! Acometióle asco de todo aquel pasado de vergüenza, deseo de huir muy lejos; pero inquietábanle cosas que hubiera querido saber. Partían el hombre y el niño: ¿y por qué no ella? Además, sus cartas, necesitaba sus cartas, y que nada suyo quedase en aquel rincón de mancilla y de infortunio.

—¿Señora?... Aquí está el señor...

—¿Qué señor?... —preguntó sencillamente una voz dentro de la alcoba.

—Yo...

Oyóse un grito, un salto presuroso, y luego:

—Espera, me estoy levantando... Voy...

¡Todavía en la cama después de las doce! Juan sabía de sobra el por qué; conocía perfectamente las causas de aquellas tornabodas de cansancio, extenuadas, y mientras que la esperaba en la sala, los menores objetos usuales, el silbido del tren ascendente, el «mé» tembloroso de una cabra en un jardinillo de la vecindad, los cubiertos desordenados sobre la mesa, le trasladaban a las mañanas de antaño, al escaso almuerzo tomado de prisa antes de la marcha.

Fanny entró, abalanzándose a él, y luego, deteniéndose ante su frialdad, permanecieron un segundo, sorprendidos, vacilantes, como cuando tornan a verse las gentes después de esas intimidades quebrantadas, uno a cada lado de un puente roto, con la distancia de orilla a orilla y entre ambos el espacio inmenso de la onda corriente y sumidora.

—Buenos días... —le dijo en voz muy baja y sin moverse.

Hallábale cambiado, pálido. Él se sorprendía al verla tan joven, sólo algo más gruesa, menos alta de lo que él se la figuraba, pero bañada en esa irradiación especial, en ese brillo de la tez y de los ojos, y esa suavidad de césped fresco con que la dotaban las noches de grandes caricias. Habíase, pues, quedado en el bosque, en el fondo del barranco lleno de hojas secas, aquella cuyo recuerdo carcomíale de compasión.

—Tarde se levantan en el campo... —dijo con acento irónico.

Se disculpó pretextando una jaqueca, y usaba, como él, de modos impersonales, no sabiendo decir *tú* ni *usted*; luego, a la muda interrogación con que la indicaba el almuerzo acabado de servir, contestó: «Es el niño... Almorzó ahí esta mañana antes de marcharse...».

—¿Marcharse?... ¿Adónde?

Afectaba una indiferencia suprema, pero el brillo de sus ojos le hacía traición. Y Fanny replicó:

—Ha reaparecido su padre... Ha venido a recogerlo...

—Al salir de Mazas, ¿no es eso?

Se estremeció, pero no trató de mentir.

—Pues bien, sí... Lo prometí y lo cumplí... Muchas veces tuve deseos de decírtelo, pero no me atrevía, tenía miedo de que despidieras al pobre niño —y añadió tímidamente—: ¡Eras tan celoso!...

Sonrióse con desprecio. ¡Celoso él de aquel presidario!... ¡Tendría que ver!... Y sintiendo que montaba en cólera, cortó la conversación y dijo vivamente lo que le traía. ¡Sus cartas! ¿Por qué no se las había dado a Cesáreo, evitando así una entrevista penosa para los dos?

—Es verdad —contestó con la misma dulzura—; pero voy a devolvértelas; están ahí...

Siguióla hasta la alcoba, vio la cama deshecha, tapada apresuradamente, echando la colcha sobre las dos almohadas; respiró aquel olor de cigarrillos quemados, confundido con los perfumes de tocador de mujer, los reconoció, así como el cofrecillo de nácar puesto sobre la mesa. Y tuvieron los dos la misma idea. «No hay muchas, díjole abriendo la caja... no correríamos peligro de incendio...».

Él se callaba turbado, seca la boca, dudando de acercarse o no a la revuelta cama, ante la cual ella hojeaba por última vez las cartas con la cabeza inclinada, dejando ver su nuca sólida y blanca bajo el recogido de sus cabellos, su cintura engrosada y blanda dentro del flotante traje de lana y el abandono...

—Toma, están todas.

Cogido el paquete, guardóselo bruscamente en el bolsillo; y como sus preocupaciones eran ya de otro género, preguntó:

—¿De manera que se lleva a su hijo?... ¿A dónde se van?...

—A Morván, a su país, para ocultarse y hacer sus grabados, que enviará a París bajo un seudónimo.

—¿Y tú?... ¿Piensas quedarte aquí?...

Esquivó su mirada, balbuceando que aquello era muy triste. Así es que pensaba... tal vez se marchase muy pronto... un corto viaje...

—¿A Morván, sin duda?... ¡En familia!... —Y dando suelta a su furor celoso—: Di de una vez que irás a reunirte con tu ladrón, que vais a vivir juntos... Hace bastante tiempo que lo deseas... Vamos. Vuelve a tu cubil. Una perdida y un falsario son digna pareja; demasiado bueno era yo al quererte sacar de ese fango.

Ella conservaba su inmóvil mutismo, y un relámpago de triunfo se filtraba por entre sus entornadas pestañas. Y cuanto más la azotaba el látigo de aquella ironía feroz, insultante, más enorgullecida parecía, y se acentuaba más el estremecimiento en la comisura de sus labios. Ahora él hablaba de su dicha, del amor honrado y juvenil, del amor único. ¡Oh!, ¡qué dulce almohada para dormir en el corazón de una mujer honrada!... Luego, bruscamente; bajando la voz, como si se avergonzara:

—Acabo de encontrarme a tu Flamant. ¿Ha pasado aquí la noche?

—Sí, era tarde, nevaba... Le han hecho la cama en el sofá.

—¡Mientes! Ha dormido ahí... no hay más que ver la cama y verte a ti.

—¿Y qué? —Y acercando el rostro al suyo, con sus grandes ojos pardos, iluminados por llamaradas libertinas...—. ¿Sabía yo acaso que ibas a venir? Habiéndote perdido, ¿qué me importaba a mí lo demás? Estaba triste, sola, hastiada...

—Y luego, el perfume del presidio... después de vivir algún tiempo con un hombre honrado... ¿Te habrá agradado, eh?... ¡Cómo os habréis cebado de caricias! ¡Oh, puerca!... Toma...

Vio venir el golpe, y no lo evitó: recibiólo en pleno rostro, y luego, con un rugido sordo de dolor; de alegría, de victoria, se abalanzó a él, lo cogió en sus brazos: «Dueño mío, dueño mío... todavía me quieres...». Y rodaron juntos sobre la cama.

\* \* \*

El ruido del paso de un tren expreso los despertó sobresaltados a prima noche, y abiertos los ojos, estuvo unos instantes sin reconocerse, solo en el fondo de aquella cama de matrimonio donde sus miembros, quebrantados como por una jornada de marcha excesiva, parecíanle puestos unos junto a otros sin ligamentos ni músculos. Por la tarde había caído mucha nieve. En un silencio de desierto, oíase cómo se fundía, chorreando por las paredes, a lo largo de los cristales, goteando en las guardillas del tejado, y a veces cayendo sobre el fuego de cok de la chimenea y salpicando la lumbre.

¿Dónde estaba? ¿Qué hacía allí? Poco a poco, con la reverberación del jardinillo, fue apareciéndosele por completo la blanca alcoba, recibiendo la claridad de abajo el gran retrato de Fanny colgado frente a él, y le volvía el recuerdo de su caída sin la menor sorpresa. Desde que entró, ante aquella cama, había sentido reincidente, perdido: aquellas sábanas lo atraían como un precipicio, y se dijo: «Si caigo en él,



será sin remisión y para siempre». Hecho estaba ya; y bajo la triste repugnancia de su cobardía, encontró como un consuelo en la idea de que no volvería a salir de aquel cieno, deplorable bienestar del herido que, perdiendo sangre y arrastrando su llaga, se extiende sobre un montón de estiércol para morir allí, y cansado de sufrir, de luchar, abiertas todas las venas, húndese con delicia en su blanda y fétida tibieza.

Lo que le restaba que hacer era horrible, pero sencillo. ¿Volver a Irene después de aquella traición, y correr el riesgo de un matrimonio a lo De-Potter?... Por muy bajo que hubiese caído, no había llegado hasta ese punto... Iba a escribir a Houchereau, al gran fisiólogo que fue el primero en estudiar y describir las enfermedades de la voluntad, para someter a su examen un caso terrible, la historia de su vida desde el primer encuentro con esta mujer, cuando ella puso la mano en su brazo, hasta el día en que, creyéndose salvado, en plena dicha, en total embriaguez, volvíale a coger con la magia del pasado, de aquel horrible pasado en que ocupaba el amor tan poco espacio, y toda la cobarde costumbre y el vicio introducido en los huesos.

Abrióse la puerta. Fanny andaba de puntillas por el cuarto para no despertarle. Por entre sus cerrados párpados la miraba, viva y fuerte, rejuvenecida, calentándose en el hogar los pies mojados por la nieve del jardín, y de vez en cuando, volvíase hacia él con la misma sonrisilla que tuvo por la mañana durante la disputa. Llegóse a coger el paquete de tabaco de hebra, que estaba en el sitio de costumbre, lió un cigarrillo, e íbase ya, pero la detuvo.

—¿No duermes?

—No... siéntate ahí... y hablemos.

Quedóse al borde de la cama, algo sorprendida ante esta gravedad.

—Fanny... vamos a marcharnos.

Ella creyó al principio que se burlaba para ponerla a prueba. Pero los precisos detalles que enumeraba la desengañaron pronto. Había un puesto vacante, el de Arica; lo pediría. Era cuestión de quince días; el tiempo preciso para arreglar las maletas.

—¿Y tu casamiento?

—No hay que hablar de ello... Lo que acabo de hacer es irreparable... Comprendo que se acabó todo, y que ya nunca podré separarme de ti.

—¡Pobre nene! —exclamó con triste ternura, algo despreciativa. Luego, después de lanzar dos o tres bocanadas de humo—: ¿Está lejos esa tierra de que hablas?

—¿Arica?... Muy lejos, en el Perú... —Y en voz baja—: Flamant no podrá reunirse contigo...

Quedóse pensativa y misteriosa, envuelta en su nube de tabaco. Él seguía estrechando su mano, rozando su brazo desnudo, y adormecido por el gotear del agua alrededor de la casita, cerraba los ojos, sumiéndose en el cieno dulcemente.

## XV

Nervioso y como trepidando a toda máquina, en marcha ya, como todos los que se disponen a partir, Gaussín está desde hace dos días en Marsella, donde Fanny debe acudir a reunírsele y embarcarse con él. Todo está arreglado, tomados los pasajes, dos camarotes de primera para el vicecónsul de Arica, que viaja con su cuñada: y helo allí paseándose por los deslustrados ladrillos del cuarto de la fonda, sumido en la doble y febril espera de su querida y de la franquía.

Necesita andar y moverse en el mismo sitio, puesto que no se atreve a salir. La calle le molesta como a un criminal, como a un desertor; la calle marsellesa, embrollada y bulliciosa, donde le parece que a la vuelta de cada esquina van a presentársele su padre o el anciano Bouchereau, y a echarle la mano encima para cogerlo y llevárselo.

Se encierra, come allí sin bajar a la mesa redonda, lee sin fijar la vista, se tiende en su cama, y distrae sus vagas siestas con el *Nafragio de La Perouse*, y la *Muerte del capitán Cook*, cuadros que cuelgan de las paredes, punteados de moscas, y pasa horas enteras apoyándose de codos en el balcón de madera carcomida, resguardado del sol por medio de una cortina amarilla, tan remendada como la vela de un barco de pesca.

Su fonda, «El hotel del joven Anacharsis», cuyo nombre, elegido al azar en el «Bottín», le gustó cuando acordó con Fanny el punto en que debía reunírsele, es una posada antigua, nada lujosa y menos limpia, pero que tiene vistas al puerto, en plena marina, en pleno viaje. Bajo sus ventanas hay cotorras, cacatúas, pájaros americanos de interminable gorjeo, todo un puesto al aire libre de un pajarero, cuyas jaulas amontonadas saludan el día naciente con rumores de selva virgen, que cubren y dominan, a medida que el sol avanza, los ruidosos trabajos del puerto, reglamentados por la campana mayor de Nuestra Señora de la Guarda.

Es una confusión de juramentos en todos los idiomas, gritos de bateleros, de cargadores, de vendedores de conchas; entre los martillazos de la dársena de carena, el chirrido de las poleas, el choque sonoro de las «romanas» que rebotan en el empedrado, las campanas de a bordo, silbidos de máquinas y rimados ruidos de bombas, cabrestantes, aguas de cala que se achica, vapor que se escapa, todo aquel estruendo duplicado y repercutido por el oleaje del inmediato mar, del que sale de vez en cuando el ronco mugido y la respiración de monstruo marino de un gran vapor trasatlántico que toma el largo.

Y también los olores evocan tierras lejanas; muelles más asoleados y calientes que aquél: los bosques de sándalo y de campeche que se descargan, los limones, naranjas, pistachos, habas, cacahuetes, cuyo acre olor se desprende, levantan torbellinos de exótico polvo en la atmósfera impregnada de agua salobre, de hierbas

quemadas y de humeantes grasas de las *Cook-House*.

Al llegar la noche, acállanse estos rumores, y estas densidades del aire caen y se evaporan; y mientras Juan, tranquilizado por la sombra, levanta la cortina, contempla el puerto dormido y negro bajo el entrecruzamiento de los mástiles, de las vergas, de los baupreses, cuando no rompe el silencio más que el chapoteo de un remo o el ladrido lejano de un perro a bordo, y lejos, muy lejos, el faro de Planier proyecta, girando, una larga luz roja o blanca que desgarrar la sombra, y muestra en rápido fulgor de relámpago siluetas de islas, de fuertes y de rocas. Y esta mirada luminosa, guiando millares de vidas en el horizonte, es también el viaje que le invita y le hace señas, le llama con la voz del viento, el oleaje de la pleamar y el ronco clamor de un *steamboat* que trepida y ruge siempre en algún punto de la bahía.

Aún faltan veinticuatro horas de espera: Fanny no vendrá a reunirse con él hasta el domingo. Estos tres días que se anticipó a la cita, debió pasarlos al lado de su familia, consagrárselos a los bien amados seres, a quienes acaso no volverá a ver en muchos años; pero el mismo día de su llegada a Castelet, cuando supo su padre que estaba roto el concertado casamiento y cuando adivinó por qué causas, hubo una explicación violenta y terrible.

¿Qué somos? ¿Qué son nuestras afecciones más tiernas, las que están más cerca de nuestro corazón, cuando la cólera que surge entre dos seres de la misma carne, de la misma sangre, arranca, retuerce y se lleva su ternura; los sentimientos de la misma naturaleza, de raíces tan profundas y tan finas, con la violencia ciega, irresistible de uno de esos tifones de los mares de la China, de los que los más rudos marinos no se atreven a acordarse y dicen palideciendo: «No hablemos de eso...»?

No hablará de ello nunca, pero se acordará toda su vida de aquella horrible escena en la terraza de Castelet, donde pasó su dichosa infancia ante aquel horizonte espléndido y sereno, aquellos pinos, aquellos mirtos, aquellos cipreses que se agrupaban inmóviles y estremecidos alrededor de la maldición paterna. Siempre verá a aquel anciano alto, de convulsas y movibles mejillas, yendo tras él con la boca llena de odio, la mirada de odio también, profiriendo palabras que no se perdonan, arrojándole de la casa y del honor: «¡Vete, márchate con tu perdida, has muerto para nosotros!». Y las gemelas gritando, arrastrándose de rodillas por la escalinata, pidiendo gracia para su hermano mayor, y la palidez de Divonne, sin una mirada, sin un adiós, mientras que allá arriba, detrás de los cristales, el dulce y ansioso rostro de la enferma interrogaba la razón de todo aquel ruido y la de que su Juan se fuera tan pronto y sin abrazarla.

Esta idea, la idea de que no había abrazado a su madre, hízole retroceder a la mitad del camino de Aviñón: dejó a Cesáreo con el carruaje en la parte baja del país, tomó por el atajo y entró en Castelet por las tapias como un ladrón. La noche era sombría: entorpecía su paso el muerto viñedo y acababa por no poder orientarse, buscando su casa en las tinieblas, extraño ya en ella. La blancura de las paredes enjabelgadas guiábale por fin con vago reflejo; pero estaba cerrada la puerta de la

escalinata y apagadas todas las luces. ¿Llamar? No se atrevía por temor a su padre. Dos o tres veces dio vuelta al edificio, esperando hallar la entrada de un postigo mal cerrado. La linterna de Divonne habíalo revisado todo, como todas las noches, y después de una espaciosa mirada al cuarto de su madre, el adiós de todo su corazón a la casa de su niñez, que también le rechazaba, huyó desesperado, con un remordimiento que ya no le abandona.

Generalmente para estas ausencias duraderas, y estas travesías al peligroso azar del mar y el viento, los parientes, los amigos, prolongan los adioses hasta el momento del embarque definitivo; pasan juntos el último día, se visita el buque, el camarote del viajero, con el objeto de seguirle mejor con la imaginación en su trayecto. Varias veces al día veía Juan pasar por delante de la fonda aquellos afectuosos acompañamientos, a veces nutridos y bulliciosos; pero le conmovió sobre todo un grupo de familia en el piso que estaba debajo del suyo. Un viejo, una vieja, gentes del campo, de aspecto acomodado, con chaqueta de paño y saya amarilla, han venido para acompañar a su hijo, y le asisten hasta la marcha del *paquebot*; y asomados a la ventana, en los ocios de la espera, véseles a los tres cogidos del brazo, en medio el marinero, muy juntos. No hablan, se abrazan.

Juan piensa, mirándolos, en la hermosa despedida que él hubiese tenido... Su padre, sus hermanitas, y apoyándose en él con dulce mano temblorosa aquélla a quien un buque en franquía arrebatara su viva imaginación y su alma aventurera... ¡Sentimientos estériles! El crimen se ha consumado, su suerte está jugada, y no le resta más que partir y olvidar.

¡Qué lentas y crueles le parecieron las horas de la última noche! Daba vueltas a uno y otro lado en su lecho de posada; acechaba el día por los cristales de la ventana en los desvanecimientos lentos del negro al gris y luego al blanco del alba, en el que el faro dejaba aún una chispa roja que borraba la salida del sol.

Sólo entonces se durmió, despertándole de pronto la entrada de los rayos del sol en su cuarto, la chillería de las jaulas del pajarero, confundida con innumerables repiques de campana del domingo marsellés, esparciéndose por los anchurosos muelles, donde estaban todas las máquinas paradas, y en los mástiles flotando las oriflamas... ¡Ya son las diez! Y el expreso de París llega al medio día; vístese pronto para correr al encuentro de su querida: almorzarán enfrente del mar; luego les llevarán su equipaje a bordo y a las cinco, la señal de partida.

Un día maravilloso, un cielo profundo que recorren las gaviotas como manchas blancas, el mar de un azul más oscuro, de un azul de Prusia, sobre el cual, en el horizonte, las velas, el humo, todo es visible, todo refleja y todo baila: y como canto natural de esas playas de sol con transparencias de atmósfera y agua, suenan arpas bajo las ventanas de la fonda, y una canción italiana de facilidad divina, pero cuya nota, cogida y arrastrada por las cuerdas, excita cruelmente los nervios. Es más que música, es la traducción alada de esos regocijos del Mediodía, esas plenitudes de vida y de amor, henchidas hasta llegar al llanto. Y el recuerdo de Irene pasa en la melodía,

vibrante y lloroso. ¡Qué lejos está!... ¡Qué hermoso país perdido, qué pena por todas aquellas cosas destrozadas, irreparables!

—¡Vamos!

En el umbral, al salir, encuentra Juan a un camarero: ¡Una carta para el señor Cónsul!...

Ha llegado esta mañana; pero como el señor Cónsul dormía tan profundamente... Los viajeros de distinción son raros en la fonda del *Joven Anacharsis*: así es que los buenos de los marseleses a cada momento hacen sonar el título de su huésped... ¿Quién puede escribirle? Nadie sabe dónde está, más que Fanny... Y mirando mejor el sobre, se aterra; lo comprende todo.

¡Pues bien; no, yo no me voy; es una locura demasiado grande, y no me siento con fuerzas para llevarla a cabo! Para tales arrebatos, pobre amigo mío, es preciso la juventud, que ya no tengo yo, o la ceguera de una pasión loca, que no tenemos ninguno de los dos. Hace cinco años, en los bellos días, una señal tuya me hubiera hecho seguirte al otro extremo de la tierra, porque no puedes negar que te he querido apasionadamente. Te he dado cuanto yo tenía; y cuando ha sido preciso arrancarme de tu lado, he sufrido como no sufrí nunca por ningún hombre. Pero semejante amor, créeme, gasta... ¡Verte tan hermoso, tan joven, temblar siempre, tener que defender tantas cosas!... Ahora ya no puedo, me has hecho vivir demasiado, y sufrir demasiado; estoy rendida.

En estas condiciones, la perspectiva de ese gran viaje, de esa mudanza de existencia, me da miedo. ¡A mí, que me gusta tanto no moverme y que jamás fui más allá de Saint-Germain, figúrate tú! Luego, las mujeres envejecen muy pronto al sol, y no tendrías tú treinta años cuando yo estaría ya amarillenta y arrugada, como mamá Pilar: entonces sí que me reprocharías tu sacrificio, y la pobre Fanny pagaría por todo el mundo. Escucha: hay un país de Oriente, y eso lo leí en tu colección de *Viajes alrededor del mundo*, donde, cuando una mujer engaña a su marido, la cosen viva con un gato dentro de una piel fresca de animal y luego dejan el envoltorio en la playa, donde chilla y salta en pleno sol. La mujer maúlla y el gato araña, y los dos se devoran, en tanto que la piel se reduce al irse secando y se estrecha sobre aquella horrible batalla de cautivos, hasta el último estertor, hasta la última palpitación del saco. Algo parecido a eso habría en el suplicio que nos esperaba viviendo juntos...

Detúvose un minuto, abrumado, estúpido. El azul del mar brillaba hasta perderse de vista. *Addio!*... cantaban las arpas, a las que se unía una voz vibrante y apasionada como ella... *Addio!*... Y la nada de su vida destruida, solada, llena de ruinas y de lágrimas, apareciósele segado el campo, la cosecha recogida sin esperanza de otra, todo ello hecho por esta mujer que se le escapaba...

Hubiera debido decirte esto antes, pero no me atrevía, viéndote tan animado, tan resuelto. Tu exaltación me contagiaba; y además, la vanidad de la mujer, el orgullo muy natural de haberte reconquistado después de la ruptura. Sólo allá en lo íntimo de mi ser sentía yo que nada quedaba ya, que todo había concluido, que se había desmoronado. ¿Qué quieres?... después de tantas sacudidas... Y no te figures que sea por culpa de ese desdichado Flamant. Para él, como para ti y para los demás, esto se acabó, mi corazón ha muerto, pero queda ese niño, del cual no puedo desprenderme, y que me vuelve a llevar junto al padre, pobre hombre que se perdió por amor y vuelve a mí desde Mazas, tan ferviente y tierno como en nuestra primera entrevista. Figúrate que cuando nos volvimos a ver, pasó toda la noche llorando sobre mi hombro; ya ves que no tenías motivos para exaltarte...

Ya te lo he dicho, mi querido niño; he amado demasiado; estoy quebrantada. Ahora, a mi vez, necesito que me amen, me mimen, me admiren y me mezcan. Aquél estará de rodillas, no me verá nunca arrugas ni canas; y si se casa conmigo, como es su intento, yo seré la que le haré un favor. Compara... Sobre todo, nada de locuras. He tomado mis precauciones para que no puedas volverme a encontrar. Desde el cafetín de la estación donde te escribo, veo por entre los árboles la casa en que hemos pasado tan buenos y tan crueles ratos, y la tablilla que se balancea en el portal, esperando nuevos huéspedes... Ya eres libre; nunca oirás

hablar de mí... Adiós; un beso, el último, en el cuello... dueño mío...

FIN

# Notas

[1] Palabra inglesa que conservo como está escrita en el original francés; con ella se significa el cariño a la casa de la familia que cada cual se crea. (*N. del t.*) <<



[2] Hace referencia el autor a un cuento de hadas de Perrault. (*N. del t.*) <<

[3] *Emperador*: imita el autor con esta ortografía la mala pronunciación francesa de los argelinos. (*Nota del traductor.*) <<

[4] La *mi-carême*, o sea el jueves de la tercera semana de Cuaresma, es en Francia época del Carnaval. (*N. del t.*) <<

[5] El Hospital general. <<

[6] Llámase *bañaperros* entre los cazadores del Mediodía de Francia la parte donde los ríos, haciendo un recodo en su cauce, forman un remanso de agua profunda y poco corriente, donde por lo general se refugian las gallinetas y ánades entre las plantas acuáticas, por lo cual tienen que echar los perros al agua para que levanten la caza. (N. del t.) <<

[7] *Chinge*, en vez de *singe*, mono. <<

[8] *Grande cocotte*, buscona de lujo. <<

[9] En español en el original francés. <<



[10] En español en el original francés. <<

[11] Es imposible traducir de otro modo que el de un galicismo, la palabra *guerlaude*, indudablemente propia de un dialecto, como el mismo Daudet declara, y que, por lo tanto, no tiene versión francesa ni castellana. (N. del t.) <<